



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Facultad de Filosofía y Letras
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Instituto de Investigaciones Económicas

EL REGRESO DEL POPULISMO UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS DE LA ACTUAL REALIDAD ECONÓMICO-POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
PRESENTA: OLAF PINEDA NÚÑEZ

TUTORA: MTRA. BERENICE P. RAMÍREZ LÓPEZ

MÉXICO, D.F. MARZO DE 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL REGRESO DEL POPULISMO

UNA PROPUESTA PARA EL ANÁLISIS DE LA ACTUAL
REALIDAD ECONÓMICO-POLÍTICA EN AMÉRICA
LATINA

Al noble pueblo latinoamericano
Al que llevo en el corazón.

A la memoria de Hugo Chávez
Quien nos devolvió la esperanza.

A los que vienen
Para que nunca dejen de luchar.

AGRADECIMIENTOS

Mtra. Berenice P. Ramírez López, por haberme tenido paciencia y confianza durante el transcurso de la maestría.

Dr. José Vargas Mendoza, por sus valiosas aportaciones y consejos.

Dr. Marcelo Dias Carcanholo, por el apoyo académico en mi estancia en Brasil.

Dr. Rodolfo Magallanes, por el apoyo académico en mi estancia en esas tierras bolivarianas de Venezuela.

Nícida Maldonado, porque sin ti no sé qué habría sido de mi en Venezuela.

Alesandra Tovar y Josselyn Correia, porque sin ustedes mi estancia en Venezuela no habría sido tan amena.

Jennifer Solís, por revisar este trabajo y ayudarme con las correcciones.

ÍNDICE

Introducción	Pág. 5
Marco teórico	Pág. 8
Marco histórico	Pág. 13
Capítulo 1. La crisis económico-política del neoliberalismo en América Latina	Pág. 17
1.1. El desempeño económico de América Latina	Pág. 18
1.2. La concentración del ingreso	Pág. 22
1.3 Evolución de la pobreza	Pág. 24
Capítulo 2. Populismo. Alianza interclase y potencial periodo revolucionario	Pág. 29
2.1. Populismo desde la perspectiva convencional	Pág. 30
2.2. Perspectiva marxista	Pág. 36
2.2.1. Bonapartismo y cesarismo	Pág. 37
2.2.2. Octavio Ianni y el populismo	Pág. 41
2.2.3. La alianza implícita	Pág. 50
2.2.4. La toma del poder	Pág. 51
2.2.5. La ruptura del pacto populista	Pág. 53
2.2.6. El líder populista	Pág. 59
2.2.7. El líder en la toma del poder	Pág. 60
2.2.8. El líder durante el pacto	Pág. 64
2.2.9. El líder en la ruptura del pacto	Pág. 66
2.3. Aproximación al populismo de derecha	Pág. 69
Capítulo 3. La alianza populista en Brasil y Venezuela	Pág. 74
3.1. Lula y el populismo brasileño	Pág. 75
3.1.1. La macroeconomía del gobierno de Lula	Pág. 82
3.1.2. La política social del gobierno de Lula	Pág. 86
3.1.2.1. La distribución del ingreso con Lula	Pág. 86
3.1.2.2. Evolución de la pobreza en el periodo de Lula	Pág. 88
3.2. El caso de Venezuela. Del populismo al socialismo.	Pág. 95
3.2.1. Hugo Chávez populista	Pág. 96
3.2.2. Hugo Chávez socialista	Pág. 102
Conclusiones	Pág. 108
Bibliografía	Pág. 112

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es un esfuerzo por entender desde una perspectiva económico-política la realidad actual de América Latina. El objetivo original de esta investigación era entender por qué en algunos países de la región habían ocurrido cambios de gobierno donde los presidentes que asumían el poder eran contrarios a la hegemonía neoliberal, mientras en otros casos el neoliberalismo se profundizó, sin embargo, el desarrollo de la investigación reveló la necesidad de encontrar una nueva base para el entendimiento de estos fenómenos.

En un principio parecía fácil descifrar que tales cambios de gobierno habían ocurrido sobre todo por el profundo deterioro de las condiciones sociales y económicas de la mayoría de la población en América Latina –en algunos países más que en otros–, y sin embargo, eso no explicaba porqué las izquierdas, en sus diversas expresiones, habían avanzado en algunos países mientras en otros habían experimentado nuevos fracasos.

El desafío entonces consistía en poder integrar los aspectos económicos con los políticos, encontrar un canal que los articulara, para poder entonces entender por qué las respuestas en las diversas naciones habían sido tan diametralmente distintas para situaciones similares.

Después de explorar diversas posibilidades y hacer profundas reflexiones, encontramos que la respuesta podría ser hallada en un fenómeno político que inicialmente descartamos: el populismo. En primera instancia lo descartamos porque la posición convencionalmente aceptada entendía al populismo como un fenómeno político donde un líder carismático lograba articular fuerzas políticas para tomar el poder, de manera que se entendía que la única razón por la cual en algunos países las izquierdas no habían logrado tomar el poder era por la falta de ingenio electoral de sus líderes, lo cual nos parecía una posición bastante simplista.

Sin embargo, encontramos posteriormente que había otra posibilidad de análisis del populismo, a través del estudio de la lucha de clases y, más específicamente, la

lucha de clases expresada en alianzas interclase¹. La línea de análisis más importante en este sentido la encontramos en Octavio Ianni, que había logrado avanzar en el análisis del populismo a través de entender las relaciones y alianzas de clases que se llevaban a cabo, sobre todo, en los gobiernos de Perón y Getulio Vargas. Desafortunadamente esta línea de análisis fue prácticamente abandonada, y con el tiempo el término fue perdiendo su sentido original hasta vulgarizarse como simple sinónimo de demagogia. En los últimos años algunos autores como Ernesto Laclau intentaron rescatar el término, pero lo han abordado desde una perspectiva en que la especificidad del populismo corresponde más a una razón de antagonismos creados a partir de ciertas circunstancias en las que el discurso juega un papel central, sin identificar la lucha de clases que se esconde tras el populismo, de manera que la utilidad del término desde la perspectiva de Laclau poco aporta para entender los fenómenos económicos y políticos actuales.

Por tales motivos, decidimos abordar el estudio del populismo para actualizar la discusión sobre el término y poder generar una nueva base metodológica para entender la realidad actual de América Latina.

Para lograr este objetivo, en el capítulo 1 de este trabajo se describe la situación económica, social y política de América Latina durante el periodo que consideramos rigió el neoliberalismo como proyecto económico-político hegemónico en la región, prácticamente sin oposición. Abordamos el panorama de América Latina como región, así como los casos particulares de Brasil y Venezuela que nos servirán de modelos para aterrizar a la realidad concreta el populismo como fenómeno económico-político. Damos cuenta en este capítulo de la profundización de la pobreza y desigualdad, así como del pésimo dinamismo económico en la región, que consideramos construyeron el terreno necesario para que propuestas antagónicas al modelo neoliberal tuvieran resonancia.

¹ En este trabajo entendemos como alianza interclase a la articulación política que ocurre entre clases distintas, específicamente entre un sector de la burguesía y la clase trabajadora. Partimos del hecho que la burguesía no es homogénea, pues sus intereses económicos son distintos dependiendo del centro de reproducción de su capital.

En el segundo capítulo abordamos de lleno el concepto de populismo para poder ligarlo a los factores económicos y sociales que describimos en el capítulo primero. Comenzamos por separar en dos vertientes al análisis del populismo; a la primera de ellas la llamamos posición convencional, por ser la más divulgada y aceptada, en la que el análisis se aborda desde la capacidad de un líder para generar consenso en torno a una problemática general e identificar un enemigo común de la sociedad. En esta posición lo específico es la ausencia del análisis desde la lucha de clases y donde el líder político es el centro del análisis de este fenómeno. La segunda de estas posiciones es el análisis desde el marxismo, no sólo por ser abordado originalmente por Marx, Engels y autores marxistas, sino porque el centro del análisis es la lucha de clases, y más específicamente, la lucha de clases expresada en alianzas interclases. Una vez abordado el desarrollo histórico del estudio de este fenómeno, nos apoyamos en Ianni para describir las características que determinan al populismo como alianza interclase, señalando sus alcances y limitaciones. Por último, desarrollamos el concepto de populismo llevándolo más lejos que Ianni, corrigiendo algunos de los errores y describiendo cada una de sus posibilidades de existencia.

Para terminar el trabajo, en el tercer capítulo aplicamos el concepto de populismo como base metodológica para entender los acontecimientos económico-políticos que llevaron a Lula y Hugo Chávez al poder en Brasil y Venezuela respectivamente. Aquí incorporamos además el análisis del ejercicio de un gobierno populista, en el que señalamos que más allá de las simples decisiones de los líderes políticos, lo que rige es la correlación de fuerzas entre el pacto populista y la oligarquía en primer plano, y la correlación de fuerzas al interior del pacto en segundo plano.

Esto es en términos generales lo que a continuación expondremos en este trabajo, esperando que lo aportado sirva para ampliar la base metodológica desde la cual se aborde el análisis de la realidad económico-política de América Latina en la actualidad.

MARCO TEÓRICO

Para poder entender los aspectos teóricos desde los cuales se abordará el presente trabajo, es necesario aclarar de manera general –sin pretender mostrar todas y cada una de sus características– los conceptos desde los cuales se entiende al capitalismo y su funcionamiento, así como la forma que éste toma en el contexto histórico mundial y más específicamente latinoamericano de nuestros días. Por ello, en este marco teórico explicamos los conceptos que nos ayudarán a entender cómo es que el capitalismo genera de manera cíclica las condiciones económicas y sociales que permiten la articulación de alianzas interclase, así como el desarrollo natural de monopolios y oligopolios que se agrupan políticamente en función de sus intereses como sector dominante de la clase dominante y que conforman lo que aquí llamamos oligarquía.

Debemos primeramente comenzar por entender al Estado capitalista, el cual es una formación históricamente determinada en una sociedad dividida en clases. A grandes rasgos el Estado moderno capitalista está compuesto por diversas instituciones cuya principal función es garantizar la reproducción del capital a través de la explotación del trabajo asalariado. Típicamente en el mundo occidental y latinoamericano el Estado se expresa a través de diversas instituciones como los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, de los cuales se derivan los instrumentos de neutralización de lucha de clases, tales como las instituciones electorales y de derechos humanos, así como los mecanismos de represión como la policía y el ejército. Todas estas instituciones son los mecanismos de los cuales echa mano la burguesía a través del Estado capitalista para garantizar la propiedad privada de los medios de producción, la explotación de la clase trabajadora y, por tanto, la reproducción del capital.

Por otro lado, debemos entender que en ningún país la burguesía es homogénea, sino que existen diversos sectores de la burguesía con actividades, intereses y proyectos nacionales diferentes que se contraponen pero que siempre convergen en la necesidad de garantizar la reproducción del capital. Es a partir de entender la heterogeneidad de la burguesía desde donde puede comprenderse que

puedan existir diversas configuraciones del capitalismo y proyectos de Estado-nación. Es pues, el sector dominante de la clase dominante quien lleva siempre la dirección del Estado e impone su proyecto económico a través de este último, afectando para ello no sólo el campo de la dirección económica sino la forma en que se ejerce la política, trastocando la ideología, el consumo, la cultura, etcétera. Poulantzas nos dice:

“Toda medida económica del Estado tiene así un contenido político, no sólo en el sentido general de una contribución a la acumulación del capital y a la explotación, sino en el sentido también de una necesaria adaptación a la estrategia política de la fracción hegemónica. No sólo las funciones político-ideológicas del Estado están subordinadas ahora a su papel económico, sino que las funciones económicas están ya directamente encargadas de la reproducción de la ideología dominante.” (Poulantzas; 1980: 204)

Puede entenderse entonces que el Estado es un instrumento de dominación de clase, y en ese sentido el Estado capitalista es el instrumento de dominación de la clase burguesa sobre la clase trabajadora, y su función principal es garantizar la reproducción del capital cualquiera que sea la configuración que tome el Estado. Para ello, el Estado burgués echa mano -como hemos mencionado-, no sólo de instrumentos de coerción como la policía, el ejército y las cárceles; sino de instrumentos de consenso como la democracia representativa, la mejor de todas, pues le permite legitimarse ante la apariencia de que efectivamente los *ciudadanos* eligen a sus representantes; mientras por otra parte, genera consenso en el orden social de explotación mediante instrumentos ideológicos en los aparatos institucionales de educación y cultura, así como su reproducción a través de la familia. La hegemonía de la burguesía se logra justo en el momento en que la clase oprimida está política y culturalmente de acuerdo en su posición de explotado, resignando sus demandas única y exclusivamente a mejoras en el proceso de explotación que reconoce como justo, más no a dejar de ser explotado. He aquí cuando el capitalismo es completamente hegemónico.

En este trabajo también se aborda de manera general la especificidad del Estado moderno capitalista en su forma neoliberal. No es nuestra intención abordar la discusión en torno a las razones que posibilitaron su aparición, sino entender

únicamente sus características para sostener posteriormente que el consenso neoliberal en América Latina se encuentra en crisis.

El llamado neoliberalismo es la configuración que, desde sus primeras apariciones en la década de los 70's del siglo pasado en América Latina, toma el Estado moderno capitalista hasta convertirse en hegemónico en la siguiente década; suplantando además al modelo de Estado keynesiano dominante desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En términos generales, el Estado neoliberal es la configuración del Estado capitalista que, sustentado en la escuela económica neoclásica, promueve la liberalización del comercio y la privatización de los bienes estatales (ajustes de primera generación); así como diversas reformas en el sistema tributario, laboral y de política económica y social (ajustes de segunda generación) que intentan dinamizar la reproducción del capital al derrumbar las barreras a su libre circulación y distribución. Asimismo, la escuela neoclásica sostiene que el Estado debe reservarse a garantizar el marco legal y la infraestructura necesaria que permita la libre concurrencia de las fuerzas del mercado con lo cual se alcanzará el máximo beneficio para todos los agentes económicos. Por tanto, el llamado Estado interventor en realidad no desaparece, sino que reorienta sus intervenciones.

Es así como debe entenderse en este trabajo al Estado capitalista y su configuración neoliberal, pues es sobre esta base teórica como argumentaremos su decadencia en América Latina a inicios del siglo XXI y su crisis en los últimos años de la primera década del mismo siglo.

También es menester entender otro aspecto del desarrollo del capitalismo, la *Ley General de la Acumulación Capitalista*, pues es así como se explica la tendencia natural del capitalismo a la conformación de monopolios y oligopolios. En términos generales Marx explica en *El Capital* que conforme la base social productiva específicamente capitalista va aumentando, es decir, en la medida en que se incrementa la concentración del capital global, la composición orgánica del capital tiende a incrementarse en términos relativos en favor del capital constante y en detrimento del capital variable; pero también es cierto que a mayores montos de capital, mayor es el peso relativo del capital constante y por tanto, mayor la

productividad de ciertos capitales individuales. Esto mismo tiene como efecto paralelo la centralización de capital, en la cual, a diferencia de la concentración de capital, no se incrementa el monto global del capital social sino que una mayor parte de éste va a parar de manera desigual entre los capitales, en favor de los más grandes.

La lucha de la competencia se libra mediante el abaratamiento de las mercancías. La baratura de éstas depende, ceteris paribus, de la productividad del trabajo, pero ésta, a su vez, de la escala de la producción. De ahí que los capitales mayores se impongan a los menores. Se recordará, además, que con el desarrollo del modo capitalista de producción aumenta el volumen mínimo del capital individual que se requiere para explotar un negocio bajo las condiciones normales imperantes en el ramo. Los capitales menores, pues, se vuelcan a las esferas de la producción de las que la gran industria únicamente se ha apoderado de manera esporádica o imperfecta. La competencia prolifera aquí en razón directa al número y razón inversa a la magnitud de los capitales rivales. Finaliza siempre con la ruina de muchos capitalistas pequeños y con el paso de sus capitales a manos del vencedor. (Marx; 2003b: 778-779)

Lo que nos interesa para este trabajo es la centralización de capital, es decir, ese proceso en que las disputas intercapitalistas por el monto global de riqueza decide cómo se reparte esa riqueza entre los capitales; pues como hemos dicho, los capitales más grandes terminan por eliminar o absorber a sus competidores más pequeños, generándose una tendencia al monopolio en las ramas más rentables, o bien, oligopolios en las diversas ramas de la economía. La llamada *Ley General de la Acumulación Capitalista* expuesta por Marx es el fundamento de este proceso.

Por último, vale la pena señalar que la misma *Ley General de la Acumulación Capitalista* es también el fundamento de la llamada *caída tendencial de la tasa de ganancia* que a su vez explica la tendencia del capitalismo a las crisis, tal y como lo explica Marx:

"[...] entonces este paulatino acrecentamiento del capital constante en relación con el variable debe tener necesariamente por resultado una baja gradual en la tasa general de ganancia, si se mantienen constantes la tasa de plusvalor o el grado de explotación del trabajo por parte del capital variable. Pero se ha revelado como una ley del modo capitalista de producción que, con su desarrollo, se opera una disminución relativa del capital variable en relación con el capital constante, y de ese modo en relación con el capital global puesto en

movimiento. [...] La tendencia progresiva de la tasa general de ganancia a la baja sólo es, por tanto, una expresión, peculiar al modo capitalista de producción, al desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo.” (Marx; 2005; 2070-271)

A su vez, la tendencia del capitalismo a la crisis genera *mecanismos contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia*, entre las cuales nos interesan aquéllos que corresponden a la explotación directa del trabajo. Marx menciona en primer lugar la *elevación del grado de explotación del trabajo* a través de la intensificación y la prolongación de la jornada laboral. En segundo lugar, la *reducción del salario por debajo de su valor*, lo cual corresponde a la apropiación por parte del patrón de una parte del valor necesario para la reproducción material del trabajador, es decir, pagando menos que el valor necesario para la propia reproducción física del obrero. En tercer lugar, *la sobrepoblación relativa* que funciona como mecanismo de contención de salarios ante la gran disponibilidad de fuerza de trabajo, así como la resistencia de algunos capitalistas a la utilización de maquinaria ante la baratura del salario. Entonces, ante la caída tendencial de la tasa de ganancia, el capitalismo responde con diversos mecanismos para prolongar el estallido de la crisis, entre los que se encuentra un mayor grado de explotación del trabajo.

De lo anterior podemos afirmar entonces que, es naturaleza del capitalismo el desarrollo de las fuerzas productivas y la tecnificación del proceso de trabajo, al mismo tiempo que la formación de monopolios y oligopolios. La caída global de la tasa de ganancia es consecuencia de lo anterior, por tanto la crisis, y ante estas circunstancias, la tendencia a una mayor explotación del trabajo tanto antes como al momento de la crisis.

Hasta aquí hemos explicado los aspectos teóricos que consideramos necesarios para abordar desde nuestra perspectiva el entendimiento del fenómeno político al que llamaremos populismo. Como sugerimos más adelante, los cambios de gobierno ocurridos a principios de este nuevo siglo en América Latina se explican no sólo a partir del agotamiento económico y político del neoliberalismo, sino a partir del surgimiento del populismo que sostenemos funge como corrector de la dinámica del capital.

MARCO HISTÓRICO

El periodo histórico en el que se inscribe la presente investigación, se ubica ante todo en la transición del siglo XX al XXI, pero no como acontecimiento cronológico sino como acontecimiento histórico-político en América Latina. Tales acontecimientos se ubican en lo que podríamos llamar un punto de inflexión de la hegemonía neoliberal en la región, que va a comenzar en 1999 cuando Hugo Chávez asume como presidente de Venezuela seguido de otros presidentes como Néstor Kirchner en Argentina y Lula da Silva en Brasil, ambos en 2003; justo después de una década de completa e incuestionable hegemonía neoliberal durante los años noventa. Es en este marco en el que se inserta nuestra investigación y que explicamos a continuación de manera general.

Las transiciones de los gobiernos desarrollistas y nacionalistas –en todas sus vertientes– a los gobiernos de corte neoliberal se ubican para América Latina en distintas fechas, algunos muy temprano como Chile (1973) y otros tardíamente como Brasil (1990), sin embargo, fue prácticamente la totalidad de la región latinoamericana la que se insertó en esta dinámica.

Es cierto que el periodo que va de 1973 a 1990 no estuvo exento de levantamientos populares liderados por guerrillas y movimientos anticapitalistas, como la revolución sandinista en Nicaragua, el fortalecimiento de las FARC en Colombia, las guerrillas en Guatemala y El Salvador, y el surgimiento del Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) en Brasil. Aun así, la tendencia hacia el neoliberalismo tuvo poca resistencia efectiva hasta su absoluta consolidación en la década de los noventa.

Mientras en el mundo capitalista el paradigma keynesiano de intervención del Estado se agotó durante los setenta, y más claramente en los ochenta, el neoliberalismo apareció como la única respuesta a la crisis de la rentabilidad del capital y su expresión como crisis de la deuda externa en los países de América

Latina². Al mismo tiempo, el referente socialista personificado en la URSS entró en recesión durante los ochenta y anunció su derrumbe con la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Así, al iniciar la década de los noventa el capitalismo y su configuración neoliberal no tuvo más oposición política importante e inauguró en América Latina una década que sería de profundas reformas privatizadoras, donde incluso gobiernos emanados de partidos tradicionalmente nacionalistas entraron a la fiesta de las privatizaciones.

“En 1989, el mismo año de la caída del Muro de Berlín, tres acontecimientos decisivos indicaron que en América Latina comenzaba a generalizarse la adopción del modelo neoliberal: las victorias electorales de Carlos Menem en la Argentina, Fernando Collor de Mello en Brasil y Carlos Andrés Pérez en Venezuela. Los inesperados cambios políticos e ideológicos en el peronismo y la Acción Democrática representaban la adhesión de las corrientes nacionalistas –como ya había ocurrido con el PRI mexicano– y socialdemócratas al nuevo modelo. De esta manera quedaba conformado un cuadro de cohesión continental neoliberal.” (Sader; 2009: 47)

La década de los noventa sería entonces, una década donde las oligarquías nacionales, ligadas directamente a intereses transnacionales, dictarían la política económica a través del Estado neoliberal en prácticamente toda América Latina.

“En la década de 1990 el neoliberalismo se había propagado por el continente como en ninguna otra región del mundo. Nacido en la extrema derecha del Chile de Pinochet, encontró otros adeptos de derecha como Alberto Fujimori en Perú, pero también conquistó fuerzas históricamente identificadas con el nacionalismo, como el PRI mexicano, el peronismo argentino –durante las dos presidencias de Carlos Menem– y el MNR en Bolivia. A partir de entonces alcanzó a la socialdemocracia, con el Partido Socialista de Chile, Acción Democrática de Venezuela y el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB). Ocupó prácticamente todo el espectro político del continente, de derecha a izquierda, y se convirtió en un modelo hegemónico en toda América Latina.” (Sader; 2009: 56)

Al extenderse y profundizarse las contradicciones de clase casi sin oposición, la pobreza también se extendió por la región. Según la CEPAL, en 1980 el 40.5% de los latinoamericanos eran pobres, mientras que para 1999 lo eran el 43.8%, un aumento

² Un buen resumen sobre la crisis de la deuda latinoamericana en los años ochenta puede encontrarse en Bulmer-Thomas, Victor (2010) “La historia económica de América Latina desde la independencia”, Cap. XI. La deuda, el ajuste y el cambio de paradigma. Fondo de Cultura Económica, 2da edición. México.

de apenas 3%, pero si se ve en términos absolutos en 1980 había 136 millones de pobres, mientras que en 1999 ya lo eran 215 millones, es decir, 79 millones de nuevos pobres en apenas dos décadas.³ Por otro lado, en países como México, Argentina y Brasil que habían alcanzado cierto grado de industrialización, las grandes empresas nacionales se aliaron a los capitales transnacionales mientras las pequeñas y medianas empresas eran absorbidas o marginadas a un papel de subsistencia. En el resto de las economías latinoamericanas las transnacionales siguieron teniendo papel protagónico en las ramas más rentables de la economía como las extractivas, la agroindustria y el sistema financiero, sin que hubiera posibilidad de formar una verdadera burguesía nacional con capacidad directiva.

Estos aspectos se combinaron para generar una profunda crisis social en la región, que junto al final del ciclo expansivo del capitalismo mundial, que había iniciado desde los años ochenta, puso en cuestionamiento al neoliberalismo como proyecto económico-político capaz de garantizar la reproducción del capital. Es así como se llega al final del siglo XX y principios del siglo XXI.

Por último, mientras la primera década del siglo XXI avanzó, se hizo cada vez más claro el agotamiento de la última fase expansiva del capitalismo y su configuración neoliberal. Según Arizmendi, de la crisis mundial contemporánea se pueden reconocer tres tipos de crisis disímiles pero unificadas y que considera conforman la crisis de mayores alcances y riesgos de la historia social moderna.

“Estas tres crisis son: 1) la crisis que corresponde a lo que cabe llamar el colapso o el agotamiento de la configuración neoliberal de la mundialización capitalista; 2) la cuarta gran crisis de la historia del capitalismo moderno, que explotó casi a la par que la anterior instalando una situación de una especial complejidad puesto que ya no únicamente una forma de capitalismo se desestabiliza sino también la economía mundial, y 3) la crisis ambiental mundializada, una crisis que se yuxtapone con las demás pero las desborda puesto que con ella precisamente podría ponerse en jaque el futuro de la civilización.”
(Arizmendi; 2010: 88)

De los tres tipos de crisis que componen la actual crisis mundial contemporánea según Arizmendi, es sobre todo la primera, la crisis del agotamiento de la

³ Véase el informe del Panorama Social de América Latina 2011, pág. 45.

configuración neoliberal del capitalismo, la que nos sirve para entender las razones por las cuales en América Latina se posibilitó, al inicio del Siglo XXI, que surgieran cambios en la dirección política y económica de los países a estudiar.

Coincidimos con Arizmendi en las características descritas, entendiendo las crisis capitalistas como agotamientos en el patrón de acumulación que abren paso necesariamente a nuevos patrones de acumulación de capital. Podemos terminar por afirmar que la actual crisis del neoliberalismo no ha puesto hasta ahora en riesgo la vigencia del capitalismo como modo de producción hegemónico en el mundo, en vista de su capacidad para transformar sus características, reformar su funcionamiento y seguir así garantizando su reproducción.

Hasta aquí, hemos explicado ya el contexto histórico en el que se inserta el presente trabajo, que como podrá verse no carece de complejidad por tratarse de un contexto de cambios. Dichos cambios ciertamente son menos profundos de lo que cualquier socialista revolucionario de antaño quisiera ver, pero la primera década del presente siglo muestra que al menos en América Latina hay algo nuevo bajo el sol y es necesaria su comprensión.

CAPÍTULO 1

LA CRISIS ECONÓMICO-POLÍTICA DEL NEOLIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA

En este capítulo abordaremos los factores económicos y sociales que a finales de la década de los ochenta y toda la década de los noventa mostraron el agotamiento del neoliberalismo como proyecto económico-político. El objetivo central es poner en evidencia que las consecuencias de dos décadas de neoliberalismo en América Latina generaron las condiciones adecuadas para que un sector de la burguesía buscara un proyecto económico distinto al neoliberal, mientras la clase trabajadora había llegado a un punto extremo de sobre-explotación de su fuerza de trabajo que hizo posible la canalización del descontento social a través de proyectos económicos y políticos distintos.

A finales de la década de los noventa, el capitalismo mundial en su configuración neoliberal entró en una fase de agotamiento de lo que había sido toda una década de intensa acumulación de capital, que aunque desigual entre la burguesía, logró imponerse como proyecto económico-político sin oposición alguna desde la caída del Muro de Berlín en 1989.

En América Latina el neoliberalismo se instaló en prácticamente todos los espacios de la región, permitiendo además que las grandes empresas tanto nacionales como extranjeras acumularan grandes riquezas a expensas de la creciente explotación del trabajo y de aprovecharse parasitariamente de la pequeña y mediana burguesía nacional. Esto puede verse a simple vista en los promedios de crecimiento del PIB de la región, donde a pesar de las cada vez más cuantiosas fortunas de las grandes empresas, las economías en su conjunto crecieron a promedios muy por debajo de lo que fue la época de la segunda posguerra.

Además del bajo desempeño del crecimiento del PIB, también el PIB per cápita tuvo por demás un pésimo desempeño, prácticamente permaneciendo constante durante toda la década de los noventa. Lo mismo podemos decir de la distribución de

la riqueza, que en promedio para la región siguió siendo muy desigual, trayendo como consecuencia un incremento absoluto del número de pobres.

Este es el panorama que abordaremos en este capítulo, que sin intención de hacer profundos análisis economicistas, muestra sintéticamente que en efecto lo que a principios de la década de los noventa era el “fin de la historia”⁴, diez años después el panorama para América Latina era bastante gris y más bien se abría la posibilidad de que otra historia comenzara.

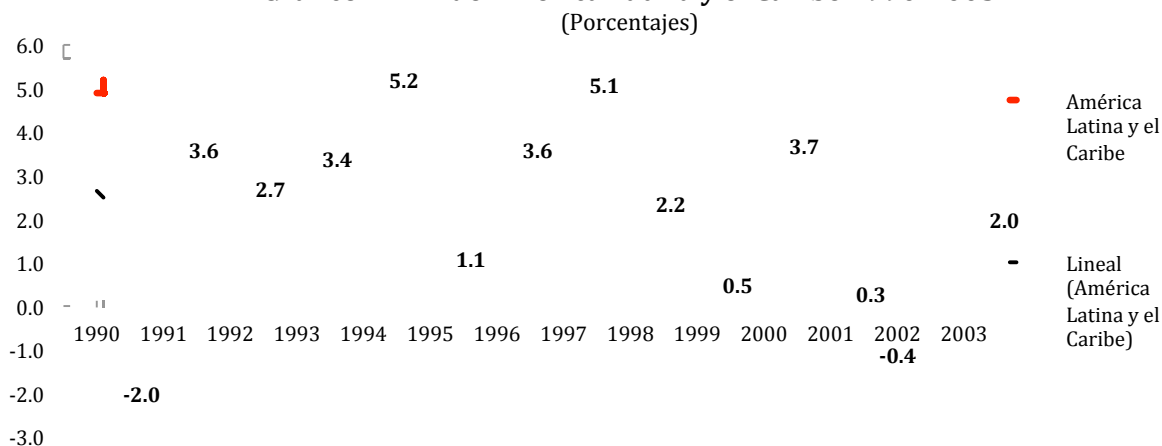
1.1. El desempeño económico de América Latina.

Una vez que América Latina se insertó de lleno en la dinámica del capitalismo neoliberal, el consenso en torno a las virtudes de las fuerzas del mercado se volvió casi un dogma, inaugurando así una ola de *Tratados del Libre Comercio* con la esperanza de engancharse a las grandes potencias económicas y lograr así salir del atraso que había dejado por lo menos una década de estancamiento económico y crecientes deudas externas durante los años ochenta. Bajo esta lógica, a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta, los latinoamericanos fuimos testigos de los ajustes económicos que se llevaron a cabo como consecuencia de la adopción del modelo neoliberal. Privatización del aparato estatal, liberalización del comercio, reformas fiscales, política monetaria restrictiva, etc., fueron muestra de este adoctrinamiento.

Al contrario de lo que anunciaban los defensores del neoliberalismo, la dinámica económica de América Latina distó mucho de los resultados esperados como puede observarse en el Gráfico 1, pues desde 1990 el desempeño de las economías de América Latina y el Caribe fueron inestables, pasando de desempeños que van desde -2% hasta crecimientos de poco más de 5%. Sin embargo, basta una regresión lineal simple para mostrar que la dinámica de crecimiento del PIB fue tendencialmente a la baja, mientras el promedio de crecimiento de la década osciló alrededor de 2.5% anual.

⁴ Véase Fukuyama, Francis, (1992) *The End of History and the Last Man*. Free Press, New York.

Gráfico 1. PIB de América Latina y el Caribe 1990-2003



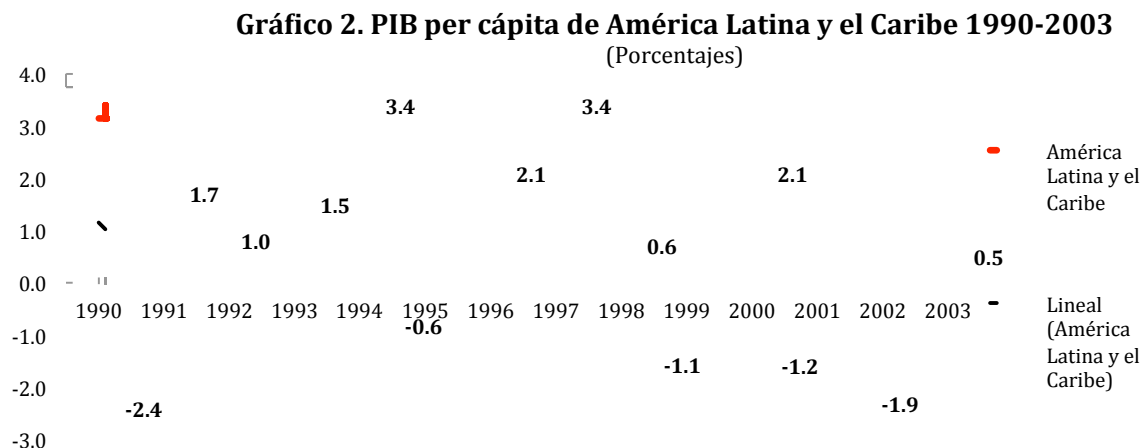
FUENTE: CEPAL, Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, varios años.

El desempeño del PIB latinoamericano como el que se muestra en este gráfico, es muy limitado considerando el enorme potencial en recursos naturales y las tasas de crecimiento de la población que hasta estos años –aunque no tan pronunciados como los años de la segunda posguerra– siguieron siendo elevados. El pobre crecimiento promedio anual del PIB latinoamericano se vio reflejado en una todavía más baja tasa de crecimiento del PIB per cápita que tampoco distó mucho de los desempeños de la década anterior.

Si bien el PIB muestra el desempeño económico de los países en lo general, dista mucho de mostrar los verdaderos beneficios que puede tener para la población, al menos potencialmente. En cambio, cuando se muestra el desempeño del PIB per cápita ya puede observarse los potenciales beneficios del desempeño económico. Sin embargo, el PIB per cápita debe tomarse con reserva pues se trata de una simple operación aritmética, y aun cuando la riqueza producida por habitante sea mayor, puede incluso suceder que con eventuales concentraciones del ingreso la situación para la población sea peor.

Advertido lo anterior, podemos observar en el Gráfico 2 que el crecimiento de la población latinoamericana amortiguó los posibles beneficios de un de por sí bajo crecimiento económico, pues el crecimiento del PIB per cápita también inestable osciló en caídas de -2.4% a incrementos que no superaron el 3.4%. También se observa una tendencia a la baja en el crecimiento del PIB per cápita durante toda la

década y al mismo tiempo un muy bajo promedio de crecimiento, el cual, aún incluyendo los años 2000-2003 no alcanza a sostenerse por arriba del 1% promedio anual.



FUENTE: CEPAL, Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, varios años.

Con lo expuesto hasta ahora ya alcanza a observarse que el paradigma neoliberal distó mucho de cumplir las promesas de crecimiento económico en el marco del libre mercado, pues aun cuando en muchos casos se superó el fantasma de las pesadas deudas externas e internas que aquejaba a las economías latinoamericanas durante los años ochenta, así como el fenómeno de la inflación, se hizo a costa de un ambiente general de estancamiento económico.

Por supuesto, no pretendemos homogenizar los resultados de todas las economías, pues el desempeño no fue igual para todas, pero sí pretendemos mostrar lo que fue el ambiente general, más pesado para unos que para otros, que llevó a principios de la primera década del siglo XXI a cuestionar la vigencia del neoliberalismo como proyecto económico-político en América Latina, dado el estancamiento económico al que sometió a los países y el creciente nivel de pobreza que produjo la instrumentación de esta orientación de política-económica.

Si observemos el desempeño económico de los países que tomamos como referencia en este trabajo, podemos darnos cuenta que se encontraban en la misma sintonía de la generalidad de América Latina. El Cuadro 1 muestra que desde la

década de los ochenta el promedio de crecimiento del PIB era bastante precario tanto en Brasil como en Venezuela, mientras en la década de los noventa la situación tampoco mejoró sustancialmente, pues las tasas de crecimiento en la primera mitad de esa década fueron relativamente bajas e incluso negativas para Venezuela en la segunda mitad.

CUADRO 1. TASA DE CRECIMIENTO DEL PIB 1980-2003
(porcentajes)

Países y Región	1980-1985	1985-1990	1990-1994	1995-2003
América Latina y el Caribe	0.6	1.7	2.6	2.0
Brasil	1.3	1.9	1.4	2.1
Venezuela	-4.0	2.6	3.8	-0.5

FUENTE: Elaboración propia con datos de la CEPAL, Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe, varios años.

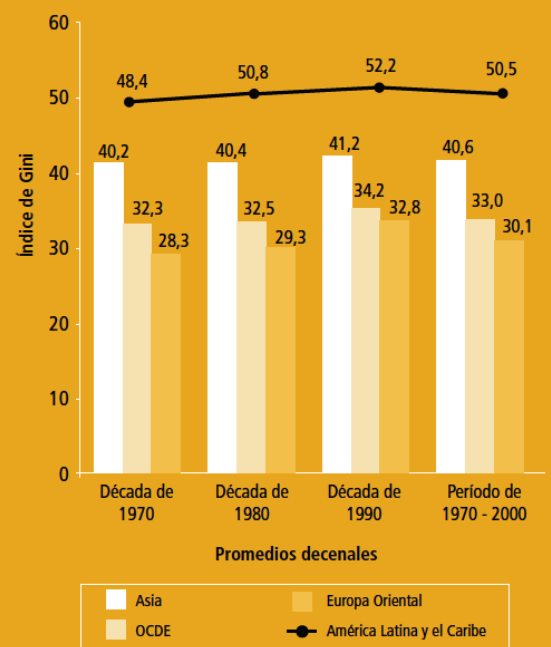
En la misma lógica que hemos seguido, podemos observar en el Cuadro 2 que el desempeño del PIB per cápita fue mucho peor y más ilustrativo de la situación. En el periodo que va de 1980 hasta los primeros años del 2000 el desempeño promedio del PIB por habitante fue prácticamente negativo para Brasil y Venezuela, y si lo combinamos con la profunda concentración del ingreso que se muestra en el gráfico 3 podemos calificar la situación como crítica.

CUADRO 2. TASA DE CRECIMIENTO DEL PIB PER CÁPITA 1980-2003
(porcentajes)

Países y Región	1980-1985	1985-1990	1990-1995	1995-2003
América Latina y el Caribe	-1.5	-0.2	1.0	0.4
Brasil	-0.8	0.0	-0.2	0.7
Venezuela	-6.4	0.0	1.3	-2.5

FUENTE: Elaboración propia con datos de la CEPAL, Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe, varios años.

Gráfico 3. Índice de Gini por regiones, 1970-2000



FUENTE: Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe 2010.

Como hemos dicho anteriormente, el desempeño del PIB y PIB per cápita son apenas una fotografía de las potencialidades de una economía para mejorar o empeorar las condiciones de vida de la población, pero son herramientas que combinado con otros indicadores como el índice de Gini nos pueden aproximar a generar una evaluación más precisa de lo sucedido durante estos años. En el siguiente apartado abordamos entonces este indicador.

1.2. La concentración del ingreso.

Como hemos visto hasta ahora, el desempeño económico distó mucho de ser dinámico en América Latina durante toda la década de los noventa, justo cuando el neoliberalismo se generalizó por toda la región y algunos países como Argentina, fueron considerados como modelo de aplicación por parte del Banco Mundial. Otro factor de vital importancia a considerar es la concentración del ingreso, que ha sido una de las razones por las cuales la pobreza ha imperado en la región desde la colonia. De hecho América Latina no es precisamente la región más pobre del mundo, pero sí la más desigual.

Según los cálculos del Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe de 2010, y contrario a lo que podría pensarse, la concentración del ingreso durante la década de los noventa en América Latina medido por el índice de Gini⁵ no se acrecentó drásticamente, aunque sí ocurrió una mayor concentración del ingreso. Hay que aclarar sin embargo, que el índice de Gini es un indicador que mide la forma en que se distribuye el ingreso entre la población

⁵ El índice de Gini se expresa en una escala del 0 al 1 y en ocasiones del 0 al 100 como en este trabajo, donde el cero expresa la distribución perfecta del ingreso y el 1 o el 100 dependiendo la escala expresa una concentración perfecta del ingreso.

de un país, pero no muestra directamente un nivel de bienestar como lo hacen otros indicadores que no abordaremos aquí, sino únicamente los niveles de concentración de la riqueza. Aun así, es un buen indicador pues la experiencia muestra que a menor concentración del ingreso mayor bienestar y viceversa.

La gran concentración del ingreso en América Latina no es propio del neoliberalismo ni un problema nuevo. Desde los años que se tiene registro América Latina es una región con una profunda concentración del ingreso como lo muestra el Gráfico 3, donde ya se observa en la década de los setenta una concentración muy superior al de los países de Europa Oriental o al promedio de los países de la OCDE, 71% y 49% superior respectivamente.

Durante la década de los ochenta el índice de Gini aumentó para América Latina en más de dos puntos y casi otros dos para la década de los noventa, mientras que en el resto de las regiones el índice prácticamente no se movió durante los ochenta y lo hizo casi en la misma medida que América Latina durante los noventa.

Como puede observarse el problema de la concentración del ingreso no es propio del neoliberalismo pero sí tuvo durante la década de los noventa un efecto más profundo en la concentración de la riqueza. Hay que tomar en cuenta además que a cierto nivel de concentración del ingreso ya es muy difícil elevarlo en mayor medida, pues eso implicaría que el grueso de la población tenga prácticamente nada y un pequeño sector concentre casi todo. Aun así, la concentración del ingreso aumentó hasta alcanzar límites promedio que no permiten un mejoramiento significativo en el bienestar de la población de un país aun cuando hubiese crecimiento del PIB.

Ahora, para el caso de los países que estudiamos en este trabajo puede observarse en el Cuadro 3 que al inicio de los años ochenta Brasil y Venezuela tenían una mayor concentración del ingreso que el promedio de la región. Durante esta misma década la situación mejoró para ambos –aunque la concentración siguió siendo muy elevada– pero al finalizar la década de los noventa sólo Venezuela consiguió una mejor distribución del ingreso que veinte años atrás. Aun así en ninguno de los países se observaron cambios que puedan significar mejoras

importantes, por lo que en este periodo de veinte años la concentración del ingreso siguió siendo significativamente alta en los dos países.

Cuadro 3. Índice de Gini
Brasil y Venezuela 1981-2002

Año	Brasil	Venezuela
1981	57.9	55.6
1992	54.0	42.1
1998	60.4	48.1
2002	59.4	49.0

FUENTE: Elaboración propia con datos del Informe de Desarrollo Humano del PNUD 2010.

Explicar las razones por las que evolucionó así el índice de Gini en América Latina durante los ochenta y noventa escapa de los propósitos de este trabajo; lo que nos interesa mostrar hasta aquí es que las dos décadas que marcan el desarrollo más intenso del neoliberalismo en la región distó mucho de generar crecimiento económico

sostenido y mejorar las condiciones sociales. Por el contrario, la experiencia fue un lento crecimiento económico para la mayoría de los países y una concentración de la riqueza que o bien empeoró o mejoró de manera insignificante.

Hemos mostrado que los indicadores que tienen que ver con el crecimiento de las economías y la distribución de la riqueza tuvieron un pobre desempeño durante las dos décadas anteriores a los cambios de gobierno que ocurrieran entre el fin del siglo XX y los primeros años del siglo XXI. En este contexto, la falta de dinamismo económico en América Latina y el Caribe terminó por agotar al proyecto neoliberal a principios del nuevo siglo. Ahora hace falta por último abordar el otro indicador que consideramos determinante para mostrar la inviabilidad y el agotamiento del neoliberalismo: la pobreza.

1.3. Evolución de la pobreza

Durante la década de los noventa la pobreza en América Latina se redujo en términos relativos en casi toda la región, sin embargo, el descontento social siguió creciendo, pues en términos absolutos al terminar la década había más pobres que cuando inició.

Resulta interesante leer los informes del Panorama Social de América Latina de los años 1999-2000 para ilustrar la percepción social que sobre la economía y las expectativas de vida se tenían:

“[...]hacia fines de los años noventa las encuestas de opinión muestran que porcentajes crecientes de la población declaran sentirse sometidas a condiciones de riesgo, inseguridad e indefensión. Ello encuentra sustento en la evolución del mercado de trabajo, el repliegue de la acción del Estado, las nuevas formas institucionales para el acceso a los servicios sociales, el deterioro experimentado por las expresiones tradicionales de organización social, y las dificultades de la micro y pequeña empresa para lograr un funcionamiento que las proyecte económica y socialmente.”(CEPAL; 1999-2000: 16)

Los indicadores económicos no mostraban un panorama positivo para la región en estos años y la percepción general de la población latinoamericana era de “inseguridad e indefensión”. Los estratos más afectados como siempre fueron los de ingresos más bajos, pero tampoco fue excluyente de la clase media, pues precisamente los servicios públicos y de protección social conformaban una parte del salario implícito que permitía a un sector de la población mantenerse en estatus de clase media aun con salarios nominales bajos.

“Las políticas públicas de focalización del gasto social han reducido, en diversos casos y países, la carga que para el presupuesto público representaba el financiamiento de las prestaciones para los estratos altos y parte de los estratos medios. Pero al mismo tiempo han implicado que muchos hogares de sectores medios y medio-bajos, que han debido enfrentar el rigor de la crisis ocupacional y la caída de sus ingresos, se estén viendo forzados a sufragar en forma directa —total o parcialmente— el costo de esos servicios. Paralelamente, y en concordancia con su capacidad de pago, en ocasiones esos sectores han sido además afectados por la disminución de la cobertura y calidad de las atenciones, exponiéndose incluso a ser privados de ellas en la medida en que sufren pérdidas de ingresos derivadas del mal desempeño de las economías, con el consiguiente agudizamiento de la sensación de inseguridad e indefensión.” (CEPAL; 1999-2000: 16)

Por último, la precarización del trabajo y el salario también fueron otros de los factores que influyeron en la mala percepción de las expectativas latinoamericanas en el ámbito económico y social. La tendencia general en toda la región apuntó a la sobreexplotación del trabajo mediante la pérdida del poder adquisitivo del salario y de los derechos laborales. Una de las salidas que la población encontró antes de la

migración fue el trabajo informal con las consecuentes pérdidas de la protección social que esto implicaba.

“En el mercado de trabajo se ha acentuado la precariedad del empleo, ilustrada en este estudio a través del crecimiento experimentado por la proporción de asalariados en empleos no permanentes, sin contrato de trabajo y sin seguridad social. A la vez, esta tendencia se produce en el marco de un aumento durante los años noventa de la proporción de personas ocupadas en los sectores informales o de baja productividad, que alcanzó en 1999 a alrededor del 50% de la fuerza de trabajo en las zonas urbanas y porcentajes aún más elevados en las zonas rurales.” (CEPAL; 1999-2000:16)

Como hemos visto, el ambiente general apuntaba a un creciente descontento de una gran parte de la población en prácticamente la totalidad de los países latinoamericanos. Aunque existieron mejoras en algunos países en términos relativos –lo que resulta engañoso como veremos más adelante– los saldos alcanzados al final de la década de los noventa no podían resultar en otra cosa que el hartazgo de la población incluyendo los estratos medios y algunos sectores de la burguesía. Pasemos pues a observar de manera general la evolución de la pobreza para estos años.

En el Cuadro 4.1 puede observarse que en el decenio 1980-1990 la pobreza y la indigencia crecieron significativamente en el promedio de América Latina, que pasaron de 40.5% a 48.4% y de 18.6% a 22.6% respectivamente; mientras que en el periodo 1990-1999 la pobreza e indigencia se redujeron significativamente en términos relativos para ubicarse en una situación similar a la de 1980.

Para América Latina en su conjunto y Brasil en específico, podemos verificar en el transcurso de los noventa una mejora relativa en la proporción de pobres e indigentes, mientras que para Venezuela ocurre todo lo contrario. Visto así, pareciera que no se justifica la sensación de inseguridad que sienten las familias latinoamericanas de esos años, pues la situación aparentó ir mejorando. Pero si observamos el Cuadro 4.2 el panorama ya no se ve igual.

**CUADRO 4.1 POBREZA E INDIGENCIA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
1980-1999.**

(porcentajes)

Años	América Latina*			Brasil		Venezuela	
	1980	1990	1999	1990	2003	1990	1999
Pobreza	40.5	48.4	43.5	48	38.7	39.8	49.4
Indigencia	18.6	22.6	18.6	23.4	13.9	14.4	22.2

FUENTE: Elaboración propia con datos de Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe, CEPAL, varios años; y Panorama Social de América Latina, varios años.

*Estimación Correspondiente a 18 países de la región más Haití.

**CUADRO 4.2 POBREZA E INDIGENCIA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
1980-1999.**

(millones de personas)

Años	América Latina			Brasil		Venezuela	
	1980	1990	1999	1990	2003	1990	1999
Pobreza	146.0	225.6	235.4	71.9	70.6	7.9	11.7
Indigencia	67.1	105.4	100.7	35.0	25.4	2.8	5.3

FUENTE: Elaboración propia con datos de Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe, CEPAL, varios años; y Panorama Social de América Latina, varios años.

*Estimación Correspondiente a 18 países de la región más Haití.

En las dos décadas que van de 1980 hasta 1999 en América Latina el número de pobres creció en casi 80 millones, de los cuales poco más de 30 millones lo hicieron en grado de indigentes. El periodo 1980-1990 es el de mayor crecimiento de pobreza mientras que el periodo 1990-1999, y a pesar de una disminución relativa en la proporción de pobreza, el número absoluto de pobres siguió aumentando. En el caso de Brasil, con una disminución relativa en la incidencia de pobres se mantuvo prácticamente igual en términos absolutos, mientras que Venezuela experimentó un fuerte incremento tanto relativo como absoluto de la pobreza.

Toda la década de los noventa es un periodo donde las economías latinoamericanas prácticamente no crecieron, empeoró la distribución del ingreso y la pobreza siguió aumentando o bien se estancó, siendo casos excepcionales donde se produjo una tendencia contraria. Al mismo tiempo, el ambiente que sentían las familias latinoamericanas era de pesimismo generalizado, de "inseguridad e indefensión". Podemos afirmar entonces que el paradigma neoliberal, aun cuando

hegemónico durante los noventa, a finales de la misma década comenzó a expresar sus límites y vigencia, siendo Venezuela el eslabón más débil por donde comenzarán a surgir los nuevos gobiernos anti-neoliberales y anti-imperialistas.

Consideramos que los elementos expuestos hasta ahora –la incapacidad del neoliberalismo para dinamizar las economías nacionales y la creciente pobreza– son los factores económicos determinantes que combinados generaron el ambiente necesario para que nuevas propuestas políticas contrarias al neoliberalismo fueran atractivas para algunos sectores de la población, como la clase trabajadora y la burguesía nacional que conformaban las pequeñas y medianas empresas.

Pero aun con estos factores, los cambios en la dirección política y económica en algunos países de América Latina no se dieron en automático por los factores que hemos descrito, sino que se combinaron con el fenómeno económico-político al que llamaremos populismo, y que sostenemos es parte de la misma dinámica del capitalismo para restaurar los procesos de acumulación de capital, pero que también abre posibilidades de nuevos escenarios de lucha para la clase trabajadora. Es precisamente el populismo nuestro tema central de análisis en este trabajo y que abordamos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO 2

POPULISMO. ALIANZA INTERCLASE Y POTENCIAL PERIODO REVOLUCIONARIO

En este segundo capítulo abordaremos de lleno la explicación de lo que entendemos por populismo, con la intención de generar una base metodológica para el análisis de la realidad actual de América Latina. Haremos un recorrido por las diferentes conceptualizaciones hasta ahora sugeridas por distintos autores, para al final desarrollar nuestra propuesta.

Los años que van de 1999 en adelante han sido años de cambios de gobierno que van más allá de simples transiciones de un partido político a otro o simples cambios en las figuras políticas. Estos fueron años que comenzaron a marcar la orientación política de los nuevos gobiernos latinoamericanos explícitamente opuestos al neoliberalismo y de diversos alcances. Comenzó en Venezuela con la figura de Hugo Chávez en 1999, con un programa anti-neoliberal y que después se convirtió en propuesta de construcción del socialismo. Posteriormente en el año 2003 Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina implementaron programas de gobierno heterodoxos que se contraponen –al menos parcial pero significativamente– al dogma neoliberal, el cual se venía profundizando en sus respectivos países. A partir de los siguientes años se integraron otros países con programas heterodoxos (Uruguay y Paraguay) y algunos de corte similar pero que según sus representantes pretenden construir el socialismo (Bolivia, Ecuador y Nicaragua). Al mismo tiempo, en algunos otros países los signos de agotamiento del neoliberalismo no necesariamente trajo consigo el derrumbe del paradigma, sino que intentando forzar su continuidad logró radicalizarse como en México desde Vicente Fox o en Colombia con Álvaro Uribe.

El escenario cambió mucho desde 1999 en América Latina y sin embargo, aun cuando se ha ganado terreno en la oposición al neoliberalismo, persisten espacios importantes que presionan por mantener esa orientación. Por ese mismo motivo, es

importante entender por qué en algunos países con similares condiciones económicas y sociales, los cambios en la orientación política fueron tan diferentes, como por ejemplo México-Venezuela e incluso Brasil-Venezuela.

Pensamos que la clave para entender estas diferencias se encuentra en las alianzas interclase que se generaron ante la situación de adversidad de estos años, lo cual ha modificado la correlación de fuerzas entre la clase trabajadora y un sector de la burguesía frente a las oligarquías nacionales, a lo cual llamaremos populismo. Pasemos pues a explicar su especificidad.

El primer problema al que nos enfrentamos cuando se intenta abordar el tema del populismo es la falta de consenso en torno al término, pues existe un amplio catálogo de conceptualizaciones de distintos autores que abordan el tema desde distintas perspectivas, por lo que para evitar equívocos interpretativos que puedan tergiversar profundamente los argumentos de nuestra investigación procederemos en este capítulo a explicar lo que entendemos por populismo. Entonces, en el presente capítulo haremos un recorrido por las diferentes interpretaciones en torno al populismo para posteriormente presentar una posición que permita establecer una base sólida sobre el término.

Siendo que son muy diversas las definiciones sobre el populismo, sería ocioso intentar abordar cada una de ellas, por lo que las hemos clasificado en dos grandes vertientes: la convencional y la marxista. Advertimos que ambas tienen elementos comunes, pero consideramos que entre ellas existen diferentes bases teóricas que permiten clasificarlas en esas dos grandes vertientes.

2.1. Populismo desde la perspectiva convencional.

Llamaremos perspectiva convencional a la posición que entiende al populismo a partir del uso de la retórica que hace un sujeto con características de líder, quien dice representar al pueblo e implementa políticas públicas de corte asistencialista en lo social y nacionalista en lo económico, y que por ser la posición más aceptada y difundida puede llamarse convencional. Dentro de esta vertiente se pueden encontrar

diversas posiciones que van desde las más simplistas hasta elaboraciones teóricas más complejas, sin embargo todas ellas parten de estudiar a un líder político con determinadas características para intentar entender las relaciones sociales al interior de un país. Para ello, se enmarcan en el uso que hace del lenguaje un sujeto que apela al pueblo como un “nosotros” y genera un enemigo interno o externo al que caracteriza como “ellos”, derivando de ahí las políticas públicas que asume un gobierno representado en la figura de una persona o partido político. Pasemos pues a abordar algunas de estas perspectivas.

Podemos apoyarnos en Francisco Panizza para mostrar algunos de los enfoques más simplistas sobre el populismo; el primero de ellos es el enfoque empirista que según nos dice,

“analiza supuestos casos de populismo intentando extraer una serie de características definitorias positivas que podrían ofrecer un grupo distintivo de atributos para caracterizar el fenómeno. Uno de los primeros ejemplos de este enfoque es la definición que hace Peter Wiles⁶ del populismo, que incluye 24 características diferentes, que, a menos que se nos explique cuál es su relación mutua, deja sin sentido la categorización”. (Panizza, 2009:10)

Dicho enfoque intenta atribuir al populismo un listado de características que según quienes las sostienen serían los elementos sintomáticos del populismo, entre ellas el nacionalismo, el líder carismático, la demagogia y un número considerable de atributos que confirmarían la existencia de un gobierno populista.

En este enfoque podríamos agregar a Enrique Krauze, quien acuña el término “redentor”⁷ para referirse genéricamente al líder populista, el cual según su definición tendría que cumplir dos características: un apego dogmático al marxismo y la encarnación de esa doctrina en un personaje, al cual califica como “caudillo”. La convergencia de estas dos características sumado al culto a la personalidad de ese caudillo mesiánico por parte de las masas darían origen a lo que llama redentor. Siendo que la definición de Krauze no tiene ni el más mínimo rigor teórico, pues en sus ejemplos caben personajes que van desde el “Che” Guevara, Eva Perón,

⁶ Peter Wiles, “A Syndrome, Not a Doctrine: Some Elementary Theses on Populism” en Ghiata Ionescu y Ernest Gellner (eds), *Populism: Its meaning and National Characteristics*, Londres, 1969, pp. 166-179.

⁷ Véase Krauze, Enrique; “Redentores. Ideas y poder en América Latina”; Editorial Debate; México, 2011.

Subcomandante Marcos, Octavio Paz, Hugo Chávez, Andrés Manuel López Obrador, etc., el autor intenta sortear las deficiencias de su definición argumentando que un personaje puede ser más redentor que otro, pero al fin redentor. Otro ejemplo es la definición de Michael Conniff cuando afirma que

“el populismo fue un estilo expansivo de realizar campañas electorales por parte de políticos pintorescos y carismáticos, que podían atraer masas de nuevos votantes a sus movimientos y mantener indefinidamente su lealtad, aun después de muertos. Inspiraban en sus seguidores un sentimiento de nacionalismo y orgullo cultural, y prometían también darles una vida mejor” (Conniff, 1999. Citado por Panizza; 2009: 10)

La definición de Michael Conniff resume precisamente el carácter empirista de este enfoque en la experiencia latinoamericana del siglo XX, destacándose además, la ausencia del análisis desde la lucha de clases y donde el pueblo es simplemente un grupo de población sin capacidad de decisión propia, es decir, una masa, que es fácilmente influenciable según los intereses de un líder carismático y mesiánico.

El segundo enfoque que expone Panizza es el de carácter historicista, el cual restringe el término a la llamada época del populismo que va desde la década de 1930 hasta el agotamiento del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) a finales de la década de 1960. Este enfoque encabezado por autores como Paul Drake, tiene la limitación, como bien señala Panizza, de no poder justificar sus límites geográficos y temporales, puesto que excluye casos anteriores y la posibilidad de casos posteriores. También Gino Germani cabe en esta clasificación, pues para él, populismo es aquel fenómeno surgido de las contradicciones de la transición de la sociedad rural-tradicional a la sociedad urbano-industrial, siendo además, una sociedad *sui generis* donde conviven lo arcaico y lo moderno. Para Germani, el populismo en la sociedad latinoamericana es la expresión de una sociedad contradictoria que se encuentra en el camino intermedio hacia una sociedad urbano-industrial, moderna, racional y democrática.

En esta misma categoría podemos incluir las posiciones que sobre el populismo tienen aquellos autores quienes lo ubican a partir de la política económica que implementan. Es común que la política económica del populismo tenga

características desarrollistas, con fuerte nacionalismo económico, impulso a la industria nacional, proteccionismo, construcción de infraestructura, etc.; sin embargo la política económica no basta para calificar a un gobierno populista, pues en la misma época de la segunda posguerra muchos países entraron en procesos desarrollistas sin que necesariamente existiera una participación activa de la clase trabajadora; un caso emblemático es el desarrollo económico acelerado de Corea del Sur⁸, o sin irnos muy lejos, los años de la dictadura en Brasil⁹.

Un tercer enfoque es el de una lectura *sintomática* del populismo que incorpora elementos de los dos enfoques anteriores pero sobre la base de otro elemento central: la constitución del pueblo como actor político. Esta forma de entender al populismo toma como fundamento el discurso anti *status quo* de los movimientos y líderes populistas mediante la división simbólica de la sociedad entre “el pueblo” y su “otro” antagónico, normalmente la oligarquía para la izquierda o bien grupos étnicos o extranjeros para quienes justifican la existencia del populismo de derecha. En este enfoque podemos encontrar a autores como Margaret Canovan, Peter Worsley y Ernesto Laclau; siendo la de este último la elaboración teórica más desarrollada y que incluso nos ayudará a entender ciertas expresiones que puede tomar el populismo según sus circunstancias.

En la posición de Ernesto Laclau la precondition para el surgimiento del populismo es un momento en que diversas demandas sociales se agrupan sobre la base de que todas permanecen insatisfechas. Es un momento de crisis del orden económico y político dominante, y esta agrupación de demandas insatisfechas y heterogéneas tienden a identificarse para generar una cadena de equivalencias que a su vez serán condensadas mediante lo que Laclau llama “significante vacío”. Argumenta que como las demandas pueden ser muy heterogéneas es necesaria la

⁸ Ha-joon Chang en su libro “Bad Samaritans. The myth of free trade and the secret history of capitalism” además de desmitificar las políticas de libre mercado para impulsar el desarrollo económico en los países subdesarrollados, describe también la intensa explotación a la que se vio sometida la clase trabajadora coreana durante los años de crecimiento económico acelerado de su país.

⁹ La dictadura militar brasileña (1964-1985) se caracterizó por permitir el ingreso de transnacionales al mismo tiempo que se impulsó la industria nacional. Sin embargo, a pesar del notable crecimiento económico, los salarios reales se vieron reducidos sistemáticamente mientras las libertades políticas y sociales fueron fuertemente reprimidas.

creación de un significante común tendencialmente vacío de contenido en la que puedan caber todas las demandas o por lo menos la mayoría de ellas. Pone como ejemplo la alusión a la pobreza, donde diversas demandas pueden ser agrupadas y dice que en su expresión más extrema, este proceso de homogeneización de demandas en un significante vacío puede llegar a agruparse en un nombre propio: el nombre del líder, es decir, el líder populista.

Otro elemento central en Laclau para la constitución del populismo es la construcción discursiva del enemigo: el *ancien régime*, la oligarquía, el *establishment*, etc., es decir, “el ellos”; y donde el líder populista que encarna el significante vacío de contenido y agrupa las demandas insatisfechas representa al pueblo, es decir, “el nosotros”. Estos dos elementos, el antagonismo discursivo y el significante común son los elementos que para Laclau constituyen el populismo. La posición de Laclau se resume en la siguiente cita:

“Sólo hay populismo si existe un conjunto de prácticas político-discursivas que construyen un sujeto popular, y la precondition para el surgimiento de tal sujeto es, como hemos visto, la construcción de una frontera interna que divide el espacio social en dos campos”. (Laclau en Panizza, 2009: 64)

El problema con la concepción teórica de Laclau es que ningún grupo o líder político que pretenda obtener apoyo popular puede dejar de centrar su discurso en los diversos problemas que demanda una sociedad, y tampoco puede dejar de condensarlos -ya sea para facilitar su mensaje o por simple demagogia- en un significante común que articule esas demandas. Por otro lado, en la medida en que un líder o movimiento político tiene como oposición a otro grupo político con quien disputa el poder, tiene que construir un discurso que le permita generar la identificación de una población con el movimiento o líder político. Es decir, no puede existir un líder o movimiento que pretenda disputar un poder político sin construir un discurso en el cual se dice representar los intereses del pueblo, la nación o las mayorías en oposición a los otros, ya sea el *establishment*, la oligarquía, o cualquier supuesta minoría. Son precisamente estas condiciones las que le permiten a un líder,

grupo o movimiento disputar un poder político con apoyo popular independientemente de la orientación política o grupo social a quien verdaderamente representen¹⁰.

En el fondo Laclau reconoce que la base teórica sobre la cual sustenta el concepto de populismo es tan general que casi cualquier expresión política tendría que ser populista. Argumenta que es incorrecto preguntarse si un movimiento es o no populista, sino más bien hasta qué punto lo es. A pesar de la extensa elaboración teórica de Laclau, al final termina en el mismo punto que por un camino más corto llegó Krauze, al decir que un movimiento puede ser más o menos populista. Según Laclau,

“Un movimiento o una ideología –o, si ponemos ambos bajo su género común, un discurso– va a ser más o menos populista dependiendo del grado en que sus contenidos son articulados por lógicas equivalenciales. Esto significa que ningún movimiento político va a estar completamente exento de populismo, porque ninguno va a dejar de interpelar hasta cierto punto al pueblo contra un enemigo, mediante la construcción de una frontera social. Es por esto que sus referencias populistas van a mostrarse de una manera particularmente clara en momentos de transición política, cuando el futuro de la comunidad está en juego. El grado de populismo, en ese sentido, dependerá de la profundidad del abismo que separa las alternativas políticas.” (Citado por Panizza, 2009: 68)

Pero Laclau termina llegando incluso más lejos, evidenciando la inutilidad del término a partir de su perspectiva cuando continuando la cita dice:

“Si el populismo consiste en la postulación de una alternativa radical dentro del espacio comunitario, una elección en la encrucijada de la cual depende el futuro de una determinada sociedad, ¿no se convierte el populismo en sinónimo de política? La respuesta sólo puede ser afirmativa. Populismo significa cuestionar el orden institucional mediante la construcción de un pueblo como agente histórico –es decir, un agente que es otro en relación al orden vigente–.” (Citado por Panizza, 2009: 68-69)

Para Laclau populismo es sinónimo de política, lo cual es una obviedad, pero reducir el populismo a una simple expresión política en la que se cuestiona el orden

¹⁰ En el año 2000 en México, Vicente Fox en su campaña presidencial logró condensar las fuerzas sociales en términos electorales para “sacar a patadas al PRI de Los Pinos”. En su retórica el PRI era el enemigo del pueblo, la razón de todos los males, ocultando de esta manera la verdadera representación detrás de su candidatura. Fox, perteneciente al PAN (partido conservador de derecha) en realidad era el candidato de la oligarquía que desde 1982 se hacía representar en el PRI, partido que para ese año se encontraba políticamente agotado.

institucional a partir del llamado al pueblo, significaría que cualquier expresión política que se autocalifique como representante de los intereses del pueblo tendría que ser populista. Aquí repetimos la misma pregunta que ya habíamos hecho, ¿y qué expresión política que pretenda hacerse del poder político mediante apoyo popular – proceso democrático- no dice representar los intereses del pueblo o la mayoría? y por tanto, ¿cuál es la especificidad del populismo? Por supuesto, la vertiente convencional sobre el populismo no puede resolver estas preguntas.

Hasta aquí, hemos presentado algunas posiciones teóricas que intentan explicar el populismo, pero que como hemos visto, no logran mostrar la diferencia entre política, demagogia y populismo. Tampoco dejan bases teóricas suficientes para poder mostrar experiencias empíricas, pues hasta en la más elaborada de todas, la respuesta termina siendo un sujeto o movimiento que puede ser más o menos populista.

En el siguiente apartado, abordaremos la perspectiva marxista sobre el populismo, que nos permitirá una mejor aproximación al término para al final poder construir una propuesta alternativa de esta conceptualización.

2.2. Perspectiva marxista.

La perspectiva marxista que abordaremos sobre el populismo, no sólo radica en el hecho de haber sido abordado tanto por Marx como por autores considerados marxistas, sino que toma en cuenta la cuestión central de la lucha de clases para estudiar dicho fenómeno.

Desde Marx hasta los autores clásicos del marxismo, como Lenin, Gramsci y Trotsky pueden encontrarse los primeros vestigios del estudio de este fenómeno que se presentó entonces como bonapartismo o cesarismo. Décadas más tarde y ante la presencia de fenómenos políticos de masas como el peronismo, varguismo o cardenismo, entre otros, se volvió a abordar el tema desde diversas perspectivas, pero la que nos interesa destacar es precisamente la del populismo desde la perspectiva del marxismo. El más destacado de sus exponentes consideramos fue

Octavio Ianni, en quien nos apoyaremos para encontrar la especificidad del fenómeno llamado populismo.

2.2.1. Bonapartismo y cesarismo.

El término bonapartismo se remite al estudio que hizo Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* sobre el golpe de Estado en Francia encabezado por Luis Bonaparte y los acontecimientos posteriores al 2 de diciembre de 1851. Aunque Marx no da una definición exacta del término, sino que se limita a describir y analizar los acontecimientos, dicho estudio dio pie para acuñar posteriormente el término bonapartismo, refiriéndose en general a un régimen político-autoritario en el cual los poderes quedan delegados a una figura capaz de neutralizar las clases en lucha. El bonapartismo surgiría sobre todo en un momento de crisis económica y social que derivaría en crisis política del régimen vigente. La lucha de clases se activaría a tal grado que las clases en disputa estarían en riesgo de destruirse entre sí, o por lo menos el costo para cada una de ellas sería tan grande que la lucha se volvería insostenible. Es aquí donde un régimen de Estado encabezado por un gobierno bonapartista, de carácter autoritario y que se elevaría aparentemente por encima de las clases se vuelve necesario. Pero la característica esencial es que esa apariencia del bonapartismo de colocarse fuera de la lucha de clases, esa aparente neutralidad, es en realidad el mecanismo por el cual se modifica superficialmente las condiciones de explotación de una clase sobre otra para mantenerla vigente.

Marx describe la situación de Francia en el gobierno de Luis Bonaparte en el año de 1852 de la siguiente manera:

“En el parlamento, la nación elevaba su voluntad general a la ley, es decir, elevaba la ley de la clase dominante a su voluntad general. Ante el poder ejecutivo, abdica de toda voluntad propia y se somete a los dictados de un poder extraño, de la autoridad. El poder ejecutivo, por oposición al legislativo, expresa la heteronomía de la nación por oposición a su autonomía. Por tanto, Francia sólo parece escapar al despotismo de una clase para reincidir bajo el despotismo de un individuo, y concretamente bajo la autoridad de un individuo sin autoridad. Y la lucha parece haber terminado en que todas las clases se postraron en hinojos, con igual impotencia y con igual mutismo, ante la culata del fusil.” (Marx; 2003a: 104)

Esta descripción refleja la situación de Francia en la que en apariencia las clases parecen subordinadas al poder del ejecutivo, sin embargo, el poder económico de la burguesía francesa no dejaría de cesar, mientras las clases revolucionarias como los obreros y algunos campesinos revolucionarios fueron marginados.

Por su parte, en un panfleto de 1865 llamado *La cuestión militar prusiana y el partido obrero alemán*, Engels describe al bonapartismo en el mismo sentido de la neutralización de la lucha de clases.

“La característica del bonapartismo, tanto respecto de los obreros como de los capitalistas, es que les impide batirse entre ellos. Dicho de otra manera, defiende a la burguesía contra los ataques violentos de los obreros, favorece las pequeñas escaramuzas pacíficas entre las dos clases, quitando tanto a unos como a otros toda especie de poder político” (Engels, 1865: SP)

Puede entenderse entonces que el término bonapartismo fue acuñado para describir aquella particular situación en que las clases quedan aparentemente desposeídas de poder político, para que este sea asumido por un poder ejecutivo que se impone al legislativo por medio de la fuerza, apoyado en el ejército y con una base social que le permite legitimarse, como Luis Bonaparte con los campesinos parcelarios; pero la aparente neutralización de la lucha de clases no cancela la lucha, sino que evita temporalmente los enfrentamientos directos entre las clases.

En lo que respecta a Gramsci, también abordó el tema del bonapartismo llamándolo genéricamente cesarismo, al cual se refirió de la siguiente manera:

“Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la cual las fuerzas en lucha se equilibran de una manera catastrófica, o sea de una manera tal que la continuación de la lucha no puede menos que concluir con la destrucción recíproca. Cuando la fuerza progresiva A lucha con la fuerza progresiva B, puede ocurrir no sólo que A venza a B o viceversa, puede ocurrir también que no venzan ninguna de las dos, que se debiliten recíprocamente y que una tercera fuerza C intervenga desde el exterior dominando a lo que resta de A y de B”. (Gramsci, 1977:369)

Resalta el hecho que Gramsci aborda lo que llama cesarismo de la misma manera en que Marx y Engels abordaron al bonapartismo; en realidad se trata de la misma cuestión pero con ejemplos históricos diferentes: Marx desde Luis Bonaparte y

Gramsci desde Julio Cesar. Pero aquí surge una cuestión esencial a la que Marx hizo referencia en el prólogo a la segunda edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* en el año de 1869, pues éste ya había cuestionado el uso del término cesarismo por sus limitaciones históricas:

“Confío en que mi obra contribuirá a eliminar ese tópico del llamado cesarismo, tan corriente, sobre todo actualmente, en Alemania. En esta superficial analogía histórica se olvida lo principal: en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal pasivo para aquellos luchadores. Se olvida la importante sentencia de Sismondi: el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado” (Marx, 2003a: 7)

La cuestión del uso inadecuado del término cesarismo como lo plantea Marx no es de importancia menor, pues precisamente los términos que son usados como calificativos pierden con el tiempo su vigencia cuando la realidad histórica ha cambiado sus fundamentos, tal y como lo plantea Marx para el caso del cesarismo. Es precisamente esta cuestión la que nos ayuda a fundamentar que el bonapartismo no es un término adecuado para la realidad histórica del siglo XX y sobre todo para el siglo XXI.

Por último, León Trotsky también abordó el término bonapartismo sin perder de vista la cuestión fundamental de la lucha de clases:

El concepto de bonapartismo, por ser demasiado amplio, exige que se lo concrete. Estos últimos años aplicamos este término a los gobiernos capitalistas que, explotando los antagonismos entre el campo proletario y el campo fascista y apoyándose directamente en el aparato militar-policia, se elevan por encima del Parlamento y la democracia como los salvadores de la "unidad nacional". Siempre hemos diferenciado estrictamente este bonapartismo de la decadencia del joven y pujante bonapartismo, que además de sepulturero de los principios políticos de la revolución burguesa fue el defensor de sus conquistas sociales (Trotsky, 1935: SP)

Pero como puede observarse, el terreno histórico sobre el cual Trotsky habla de bonapartismo ha cambiado, pues la cita anterior se refiere sobre todo a los acontecimientos en la URSS y en Europa alrededor de la década de 1930. Lo mismo sucederá durante su exilio en México al referirse al gobierno de Cárdenas, donde

destaca el importante papel de la clase obrera y la debilidad de la pequeña burguesía nacional frente a los grandes capitales internacionales.

“En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El gobierno gira entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política [del gobierno mexicano] se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras” (Trotsky, 1946: SP)

Así, se nos enfrenta la realidad histórica a los conceptos utilizados para situaciones con estructuras económicas y sociales diferentes, para los cuales algunos conceptos como el bonapartismo tienen que ser matizados como “formas particulares de bonapartismo” o como *bonapartismo sui generis*. El desarrollo de esa forma particular de alianza interclase materializada en experiencias históricas de América Latina como las de Lázaro Cárdenas, Juan Domingo Perón y Getulio Vargas, entre otros, dieron posteriormente un cambio de denominación al término que pasaría a conocerse como populismo, sin que por cierto se haya logrado un consenso hasta nuestros días sobre el término, y que por el contrario, una vez interrumpidos esos procesos, se haya vulgarizado.

Hasta aquí hemos abordado el surgimiento del populismo a partir del llamado bonapartismo como su antecedente histórico. En la siguiente parte de este capítulo abordaremos el populismo basándonos en el estudio que Octavio Ianni hizo sobre el tema, y en el cual nos apoyaremos para hacer nuestras aportaciones.

2.2.2. Octavio Ianni y el populismo

Podríamos indagar en diversos autores para ser citados y abordar el populismo desde el marxismo, sin embargo, el que nos parece más apropiado, el que consideramos llegó más lejos en su análisis fue el sociólogo brasileño Octavio Ianni. Su obra *La formación del Estado Populista en América Latina* publicado en 1975 ofrece un vasto análisis sobre el tema que merece ser actualizado y ampliado. Esta obra es la que nos servirá de base para hacer nuestras aportaciones sin dejar de hacer algunas críticas que nos parecen pertinentes. Advertimos que este capítulo no pretende presentar las discusiones que desde el marxismo se dan sobre el populismo, sino abordar de un vez el tema para definirlo desde nuestra perspectiva y dejar una base teórica para el siguiente capítulo y estudios posteriores.

Habíamos mencionado anteriormente que algunos conceptos pierden su vigencia al intentar explicar la realidad actual a partir de contextos históricos pasados. No significa esto que los conceptos tengan caducidad, sino que usualmente aquellos conceptos que son construidos a partir de explicar realidades concretas, pasadas algunas décadas o incluso siglos dependiendo de la velocidad de las transformaciones sociales, pierden su capacidad de explicar la realidad concreta actual. Y ahí radica precisamente el problema, en que algunos fenómenos son asumidos como conceptos, como el bonapartismo, que no es otra cosa que la descripción de una realidad histórica concreta, y que posteriormente fue utilizado como concepto para describir situaciones similares en contextos históricos, económicos, sociales y culturales diferentes. Ianni encuentra similitudes entre lo que llama populismo y lo que se entendió como bonapartismo, sin embargo, reconoce que si bien esas similitudes se mantienen en América Latina, las experiencias concretas difieren sustancialmente.

“En el bonapartismo, [...], lo que parece ser esencial es una situación de antagonismo de clases en la cual la propia contradicción y la impotencia relativa de las clases las obligan a acomodarse entre sí. En ese caso el control del poder surge como un producto político paradójico de las contradicciones de las clases; paradójico porque expresa una paz de antagónicos, establecida por la imposibilidad de continuar la lucha.

No fue esa la situación en el peronismo, ni en el varguismo. En ambos casos, las contradicciones principales eran las contradicciones entre la propia coalición y las estructuras oligárquicas e imperialistas que se encontraban fuera del poder. Esto no significa que los antagonismos internos, en ambos casos, no fueran un elemento dinámico importante. Pero eran secundarios en la definición del régimen” (Ianni, 1975: 58-59)

Ya hemos explicado en los apartados anteriores que el bonapartismo, más que describir una categoría política describe una situación política concreta, una lucha de clases que es subordinada por un tercero pero que garantiza la continuación de la dominación de una de las clases sobre la otra. Pero a pesar de que el bonapartismo describa una situación, también es susceptible de definírsele para ser identificado. Lo mismo acontece con lo que llamaremos populismo, que sirve para identificar una situación política concreta en el que la lucha de clases toma una configuración diferente al enfrentamiento directo entre capital/trabajo y que por su complejidad y las diversas configuraciones en las que puede expresarse es fácilmente confundible, tal y como vimos en la perspectiva convencional sobre el populismo.

Desde nuestra perspectiva planteamos que el fundamento que explica al populismo es una alianza interclase, implícita mas no explícita; pero al plantearlo así, puede confundirse la especificidad de dicha alianza, pues no se trata de una alianza en la que las clases tengan plena conciencia de su condición de clase, o bien, del proyecto económico-político que les corresponde como clase, su papel en la historia, sino que conforman una clase de manera inconsciente aunque de forma concreta de acuerdo a su posición en la relación social de producción en la que se encuentren. Casi siempre su condición de clase se esconde en clasificaciones sociales como pobreza o clase media, y recordemos que las clases tampoco son homogéneas, ni en el caso de la burguesía ni en el proletariado. Ianni también acertó en identificar esta cuestión.

“En primer lugar, las clases asalariadas del populismo, inclusive el proletariado, no participan en la coalición en cuanto clases autónomas, organizadas y políticamente conscientes de su situación de clase. Por el contrario, éstas son clases sociales en formación, cuando sus luchas están motivadas mucho más por razones económicas inmediatas que por cuestiones políticas de clase o de sociedad. Ese es, probablemente, un motivo real para que en el populismo las fronteras de clase aparezcan desdibujadas. [...] En segundo lugar, la

burguesía nacional que participa en la coalición populista es también una clase social en formación. Era subalterna durante la vigencia del poder oligárquico. Continúa siendo subalterna en la vigencia del populismo, debido a las negociaciones posibles con el capital y la tecnología extranjeros [sic]. Y aún más, a la burguesía no le interesa llevar el nacionalismo demasiado lejos, ya que cualquier lucha abierta contra el imperialismo puede hacer que los trabajadores descubran perspectivas políticas que ella no podría controlar” (Ianni, 1975: 64-65)

Cabe aclarar que cuando se habla de clases sociales en formación, no significa que se esté hablando, por ejemplo, de un semiproletariado o de una semiburguesía, pues ambas clases en realidad pueden estar plenamente formadas de acuerdo al grado de desarrollo del capitalismo y sin embargo, su conciencia de clase estar en la infancia. Esto se nota en el grado de organización de las clases, el proletariado en sindicatos y organizaciones obreras diversas y la burguesía en coordinadoras empresariales. Cuando el grado de desarrollo del capitalismo se profundiza, cuando la concentración y centralización del capital se ha llevado a su máxima expresión, es precisamente cuando la diferenciación de clases se vuelve más evidente, pero al mismo tiempo, las diferencias internas entre las clases, su heterogeneidad, también lo es.

Pasemos a describir entonces las condiciones en las que se desarrolla un grado de conciencia entre las clases y las condiciones objetivas sobre las cuales se gesta el populismo.

Al describir el régimen oligárquico de principios del siglo XX en América Latina, Ianni recuerda el carácter dominante de las actividades primarias, donde perdura esencialmente la herencia colonial.

“En el régimen oligárquico, el poder político es controlado, o ampliamente monopolizado, por las burguesías ligadas a la agricultura, a la ganadería o a la minería. Naturalmente las burguesías financiera e importadora también se encuentran dentro del sistema político-económico del poder. [...] Combinados o no, según el país y la época, estos sectores funcionan como enclaves, o segmentos de la economía del país dominante [...]. El enclave es la base económica del poder político del gobierno oligárquico.” (Ianni, 1975: 72)

Hasta aquí Ianni tiene razón en la caracterización de las oligarquías en la mayoría de los países latinoamericanos, si no es que en todos; pero resulta interesante la afirmación que más adelante hace sobre tales oligarquías al elevar sus características a regla general, con lo cual se hace imposible transpolar su concepción de populismo a la actualidad.

“En la época en que predominan gobernantes oligarcas, [...], la vida económica del país dependiente está organizada principalmente según estímulos y decisiones externas. Por eso mismo, el poder político está más comprometido con la preservación de los patrones de apropiación económica determinados por la comercialización del producto del trabajo social, bajo el control de empresas extranjeras. Ocurre que las oligarquías extraen sus lucros y rentas de las actividades económicas ordenadas por los intereses del imperialismo. En la mayoría de los casos, son las mediadoras entre el imperialismo y los grupos y clases sociales nacionales.” (Ianni, 1975: 78)

Surgen pues dos cuestiones fundamentales. Primero, Ianni se refiere a una “época en que dominan los gobernantes oligarcas”, pero en este caso, época hace alusión al tiempo pasado, a un periodo que no se repite, mientras sabemos que por ley general el capitalismo tiende a la concentración y centralización de capital, lo cual hace que después de un periodo de crisis histórica del sistema, la oligarquía se recupere o sea sustituida por otra, pero es por ley general que el capitalismo tiende a formar oligarquías de manera cíclica, conforme se agota cada etapa histórica del sistema y surge una nueva. Por tal motivo, entendido como lo hace Ianni, el populismo sería propio de una época del desarrollo del capitalismo, irrepetible, lo cual sabemos por la experiencia de los populismos recientes del siglo XXI no es así. En segundo lugar, Ianni reduce las oligarquías a una posición de subordinación frente a los capitales exteriores, su prosperidad, su poder económico y de dominación interna dependería entonces de su relación con los capitales extranjeros. Esto es verdad para principios del siglo XX en América Latina, sin embargo, en la actualidad la situación es un poco más compleja pues las oligarquías nacionales, sus grandes empresas, no juegan el mismo papel de completa subordinación a los capitales del exterior. Grandes empresas brasileñas y mexicanas dominan importantes tajadas del mercado latinoamericano y algunos espacios del mercado mundial en sus ramas, por

ejemplo, Petrobras, Odebrech, JBS Friboi de Brasil y Pemex, América Móvil, Cemex y Gruma en México, por mencionar sólo algunos. No puede negarse que las grandes empresas latinoamericanas disputan muy poco del sector tecnológico de punta en el mercado mundial, sin embargo, eso no las hace jugar un papel de completa subordinación frente al capital exterior como a principios y mediados del siglo XX, sino recibir una menor tajada derivada de su participación en la división internacional, así como de la masa de ganancia por explotación del trabajo. No estamos diciendo con esto que la teoría de la dependencia quede cancelada, al contrario, pues los grandes capitales extranjeros siguen transfiriendo ganancias extraordinarias de sus empresas en el tercer mundo a sus centros matrices, pero aun así, en lo que respecta a las oligarquías latinoamericanas, sobre todo de los países más grandes, la dirección política y económica de los países a los que pertenecen no siempre depende en su mayor parte de las decisiones extranjeras, sino de los intereses oligarcas nacionales como sector dominante de la clase hegemónica. Las oligarquías nacionales pueden tolerar y hasta favorecer a los capitales extranjeros porque esa situación también les favorece, les permite la apertura comercial de economías centrales en las que sólo ellos como oligarquía pueden competir, no les interesa la economía nacional como su conjunto, sino sus intereses como sector dominante. Entonces, desde la perspectiva de Ianni en este segundo aspecto, no podrían explicarse los populismos de principios del siglo XXI en América Latina, ni mucho menos el surgimiento de populismos ahí donde no es tercer mundo, es decir, ahí donde las oligarquías juegan un papel de dominación de sus economías nacionales y de preponderancia en el mercado mundial. Esta posibilidad, de populismos en el primer mundo parece ser muy remota, probablemente hasta hoy no hayamos experimentado dicho fenómeno, pero conforme a la base teórica que estamos construyendo, el populismo en el primer mundo podría ser una posibilidad.

El estudio de Ianni por supuesto tiene que entenderse en su contexto histórico, es posible que de haber vivido más tiempo habría comprendido que las oligarquías se forman recurrentemente, sobre todo después de cada revolución tecnológica. En el caso de la primera mitad del siglo XX, Ianni explica una relativa debilidad de las

oligarquías latinoamericanas a partir de la urbanización y el ascenso de la industria. Es así como las oligarquías que siempre estuvieron ligadas a las zonas rurales, los terratenientes, fueron perdiendo parte del poder económico mientras la naciente industria urbana ganaba poder económico y consecuentemente mejoraba su posición para la disputa del poder político.

Ianni caracteriza el surgimiento de los populismos del siglo XX en América Latina a partir de la pérdida relativa de poder económico y social por parte de la oligarquía rural-terrateniente frente a los nacientes centros urbanos-industriales-administrativos. Para él, el factor que abre la posibilidad del surgimiento del populismo radica en esta correlación de fuerzas económico-sociales entre lo urbano y lo rural, propia de América Latina en la primera mitad del siglo XX.

“Al surgir las nuevas fuerzas sociales y políticas generadas con la urbanización, la industrialización y el crecimiento del sector terciario, se destruyen algunas de las bases más importantes del poder oligárquico y se crean las condiciones para nuevas formas de organización del poder.

En esa ocasión, la ciudad adquiere hegemonía sobre el campo. Esto es, las clases sociales urbanas, descontentas con el monopolio del poder político-económico de la oligarquía, proponen nuevas estructuras de poder. A partir de la economía y de la cultura de ciudad, la burguesía industrial, la clase media y el proletariado, además de militares, intelectuales y estudiantes universitarios, se movilizan y organizan contra el poder oligárquico [...].

Pero sólo aparentemente es paradójico que la hegemonía de la ciudad sobre el campo señale la crisis final del poder oligárquico. Lo que sucede es que la ciudad que vence a la oligarquía y va servir de base al populismo ya no es aquella en el que el poder oligárquico había centrado su mando. Esta ciudad es un ambiente sociocultural, político y económico que ya no acepta a la oligarquía como forma de organización del poder. Así, las clases sociales emergentes no se encuadran en el mando oligárquico, ni lo aceptan” (Ianni, 1975: 96-97).

Ciertamente estas fueron las circunstancias en las que se cimentó objetivamente el terreno de las disputas políticas por el poder, pero de nueva cuenta se nos presenta la problemática de las circunstancias históricas, pues en la actualidad las disputas políticas por el poder ya no se nos presentan como la

correlación entre lo urbano-rural, sino mayormente entre lo urbano-urbano.¹¹ Las actuales estructuras de poder oligárquico, sobre todo a partir del dominio neoliberal, se concentran sobre todo en lo urbano como espacio ligado a la dimensión internacional, a lo supranacional, ya no sólo al espacio nacional, en las estructuras industriales y financieras.¹² Por supuesto, todavía existen importantes sectores agroindustriales con un nivel relativamente alto de poder económico y político en países con cierto desarrollo industrial como Argentina y Brasil, sin embargo, el predominio económico y la dirección política de la oligarquía se centra en los sectores antes mencionados.

Con lo anterior, queremos señalar que la esencia de la disputa por el poder político entre las fracciones de la burguesía sigue vigente, pero que esa disputa ha cambiado el terreno de lo rural-urbano a lo urbano-urbano sin cancelar la esencia de los factores que permiten el surgimiento del populismo: la disputa intra e interclase por el poder político.

Otra situación que se nos presenta diferenciado en la actualidad respecto a los populismos del siglo XX es el desarrollo de los factores económicos que dieron pie a tales populismos. En el siglo pasado fue el desarrollo de las ciudades, la creciente urbanización y el emergente poder económico de la industria, lo que le permitió a esos centros urbanos la disputa del poder político a los centros rurales, es decir, fue la pérdida relativa de poder económico de los centros rurales frente a los urbanos lo que cargó la balanza hacia estos últimos. Al mismo tiempo, la crisis del régimen liberal y del modelo económico primario exportador impulsaron la necesidad de un cambio de régimen económico con vistas a lo que se llamó Industrialización por

¹¹ En algunos países como Argentina y Brasil la agroindustria sigue jugando un papel económico-político muy importante, sin embargo, los espacios de disputa ya no se lleva acabo espacialmente entre lo urbano y lo rural, sino que los centros administrativos de lo rural se encuentran también en lo urbano, reduciéndose la lucha de los capitalistas agroindustriales al bloqueo de reformas agrarias, mas no a la toma del poder para llevar la dirección política del país y establecer el viejo orden como el de principios del siglo XX.

¹² A pesar del proceso de reprimerización de las economías, en países con oligarquías tradicionalmente agroindustriales como Argentina, el sector primario participa con apenas el 10% del PIB, mientras en Brasil lo hace con poco menos del 6%. En ambos países ese sector ha crecido en términos absolutos, pero en términos relativos ha perdido la importancia de los años del populismo del siglo XX. No descartamos la importancia de este sector de la producción que participa del poder oligárquico, pero el poder de sometimiento del sector financiero es actualmente mucho mayor.

Sustitución de Importaciones (ISI), esto favoreció profundamente el cambio del centro del poder político y dirección económica de lo rural a lo urbano.

Pero la situación de América Latina en el siglo XXI se nos presenta de otra manera, pues las disputas intra e interclase ocurren sobre todo en los centros urbanos en su relación con el espacio mundial. El poder oligárquico ha atravesado en casi un siglo por los terratenientes rurales, pasando por el poder industrial, hacia los sectores financieros y de telecomunicaciones. Algunas estructuras coloniales siguen permaneciendo, sobre todo en la minería y la reactivación de la agroindustria con monocultivos orientados a la exportación; estos grupos forman parte del poder oligárquico actual, pero no son preponderantes como el poder político y económico de los centros urbanos. Así, el surgimiento del populismo ya no puede explicarse por la transferencia del poder económico y político del campo a la ciudad, sino a través de las consecuencias económico-sociales al interior de los centros urbanos, donde predomina el poder económico del actual patrón de acumulación impulsado por las tecnologías de la información y las telecomunicaciones, que tienen su base en el desarrollo de la industria electrónica, así como de todos los dispositivos fijos y móviles que se mueven con el soporte del software y dan origen a sofisticados servicios como la ingeniería financiera, entre otros.

Ya hemos descrito en la primera parte de este trabajo el desarrollo y consecuencias del periodo neoliberal a finales del siglo XX, donde hemos mostrado las consecuencias económicas y sociales al interior de los centros urbanos tanto para un sector de la burguesía como para la clase trabajadora. Es natural entonces que la disputa por el poder político ocurra precisamente en los centros urbanos, entre la pequeña burguesía comercial, de servicios y pequeños y medianos industriales, frente a la burguesía financiera, monopólica y oligopólica industrial vinculada al mercado mundial, así como los nuevos sectores de esta burguesía insertos en las industrias de la computación y de telecomunicaciones, aliada a algunos sectores agroindustriales, mineros y petroleros. Las transnacionales también juegan un papel importante en estas disputas, pues precisamente esos sectores oligárquicos, consolidados en el periodo neoliberal, tienen sus mayores mercados en el exterior. La

apertura comercial, la sobrevalorización cambiaria y la creciente financiarización de la economía, permitieron a las transnacionales extranjeras beneficiarse de la política económica al interior de los países frente a las empresas nacionales creadas durante el periodo de la ISI, al mismo tiempo que las grandes empresas nacionales de carácter transnacional se insertaron en mercados externos a costa de situaciones similares en otros países. Hemos de señalar que por supuesto, las transnacionales del tercer mundo se han insertado en los mercados del primer mundo de manera desigual debido al gran diferencial tecnológico y los sectores de la economía que abarcan, jugando el papel de surtidores de materias primas o de productos de bajo contenido tecnológico, o bien como subsidiarias de grandes empresas extranjeras en el interior de las economías nacionales.

Así pues, el desplazamiento y subordinación de un sector de la burguesía y la sobreexplotación de la clase trabajadora al interior de los países de América Latina es la característica que se nos presenta al inicio del siglo XXI. Pero habíamos dicho, de acuerdo a Ianni, que en el siglo XX fue el ascenso del sector industrial y las masas trabajadoras urbanas las que abrieron la disputa, es decir, fue el ascenso económico de esos sectores lo que permitió la disputa política al sector rural; mientras en el siglo XXI es la decadencia de los mismos sectores urbanos –sin dejar de incluir a algunos sectores rurales en decadencia, pero con menor poder político– lo que impulsa la lucha política por la dirección económica. Para decirlo en otras palabras, en el siglo XX los sectores que intentan arrebatarse el poder político son los sectores en ascenso, mientras en el siglo XXI los sectores que intentan tomar el poder político son los sectores en decadencia, y en ambas situaciones el portador del poder es la oligarquía.

Como hemos visto, poco importa la situación económica en la que se encuentran los sectores que buscan tomar el poder, tampoco si provienen del ámbito rural o urbano, sino que la especificidad de la lucha política en la que surge el populismo radica en la lucha interclase que, en una alianza implícita mas no explicita de un sector de la burguesía y la clase trabajadora, se lleva a cabo en contra de la oligarquía, como se pasará a plantear en seguida.

2.2.3. La alianza implícita

Hemos señalado recurrentemente que la alianza interclase que expresa el populismo es una alianza implícita más no explícita, es decir, es una alianza que se da de manera más o menos inconsciente dependiendo del grado de desarrollo y organización de las clases y de su conciencia de clase. En ese sentido, la alianza no puede darse a partir de acuerdos de proyectos políticos antagónicos, sino a partir de intereses comunes entre las clases que para unos significan avances económicos y sociales sustanciales y para otros no modifican las relaciones de producción que le permiten seguir existiendo como clase al mismo tiempo que le permite tomar la dirección política y económica del país. En el terreno de la alianza política concreta esto se expresa en llamados a la unidad nacional, pactos para el desarrollo, pactos sociales, pactos nacionales, etc., que esconden el carácter de clase de la dirección política pero que logran condensar el interés de las diferentes fuerzas sociales. Pero además de condensar las fuerzas sociales para enfrentar la lucha interna contra la oligarquía nacional, también se presenta la lucha frente a las empresas transnacionales con intereses en la mayoría de los casos en sectores de la economía fundamentales para la autodeterminación económica, o bien, en sectores donde se encuentran las mayores tasas de ganancia. Es precisamente por esta razón que el populismo no sólo expresa siempre un carácter antioligarca, sino también antiimperialista.

“Para unos, está en juego el ascenso económico y social; para otros la posibilidad de un capitalismo nacional, o más autónomo; para unos y otros, en escala variable, se trata de emancipar al país del latifundio y del imperialismo. Con todo, para la gran mayoría la alianza táctica entre las clases sociales es una realidad tan marcada que encubre razones estratégicas subyacentes. Tanto a nivel ideológico como en el de la práctica política cotidiana, el desarrollismo nacionalista adquiere el carácter de una estrategia posible, primordial y urgente de progreso” (Ianni, 1975: 122).

2.2.4. La toma del poder

La lucha por la toma del poder es generalmente violenta dependiendo de quiénes son los agentes que lo disputan; cuando el poder lo disputan fracciones de la misma clase la lucha tiende a ser menos violenta, mientras que cuando se disputa entre clases distintas la lucha será siempre con un alto grado de violencia. Este esquema básico representa las luchas más comunes entre capital/capital y capital/trabajo; sin embargo la dificultad que se nos presenta con el populismo es la de representar la lucha capital-trabajo/capital.

Al ser el populismo una expresión de alianza política interclase comandada por la burguesía, la lucha política tenderá a ser menos violenta que la lucha capital/trabajo pero generalmente con un mayor grado de violencia que las disputas capital/capital. Pero esto es sólo una posibilidad, una tendencia, pues los populismos clásicos del siglo XX asumieron el poder tanto por la vía democrática como por golpes de Estado. Aclaremos que en ningún momento las disputas del poder pueden ser pacíficas, pues en el poder político radica la capacidad de dirección económica para una clase, y sobre todo para un sector de la clase en el poder. Algunos ejemplos son señalados por Ianni.

“En América latina, los gobiernos populistas se han instalado por diversos medios. Lázaro Cárdenas, en 1934, y Juan Domingo Perón, en 1946 y 1951, asumen el poder por la vía electoral, en los cuadros institucionales de la democracia representativa. Getulio Vargas, por su parte, asumió el poder en 1937 por medio del golpe de Estado y en 1951 por medio de las elecciones, según las normas de la democracia representativa. [...] En 1952, en Bolivia, Víctor Paz Estenssoro alcanza el poder por la vía de la revolución organizada y dirigida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Velasco Ibarra, en las cinco veces que gobernó, entre 1934 y 1972, tanto venció en elecciones democráticas como dio golpes de Estado. Así, no hay un modo característico de conquista del poder por parte de las fuerzas populistas” (Ianni, 1975: 134)

Y efectivamente, hemos señalado que la especificidad del populismo radica en la alianza interclase que representa, que esta alianza puede tomar diversas formas dependiendo de la correlación de fuerzas entre las clases que la representan, así como de las convicciones de quienes encabezan y representan dicha alianza. La

forma en que se conforma la alianza populista depende del contexto histórico, económico, político y cultural de cada sociedad, y por tanto, la forma en que dicha alianza toma el poder dependerá de los mismos factores. Lo que queremos señalar es precisamente esto, que la forma en que un grupo político toma el poder no lo hace conformar un gobierno capitalista-neoliberal, socialista o populista, pues en cualquiera de los tres casos la experiencia histórica ha mostrado que pueden conformarse mediante procesos electorales o golpes de Estado. Lo mismo podemos decir de la forma que asume el gobierno en cuanto a la participación política de la sociedad. El régimen populista puede ser democrático o autoritario, siempre que se garantice su permanencia en el poder. Un populismo con amplia participación y respaldo social, así como una dominante representación en la asamblea no necesitará ser autoritario, mientras que una situación en que el régimen populista se encuentre en constante peligro de perder el poder necesitará reducir las libertades de participación política para garantizar su permanencia.

“[...] la dictadura populista no implica una dictadura de la burguesía o de los asalariados, y mucho menos de la clase obrera. Mantiene el carácter policlasista, aunque no en todos los niveles de poder. El Estado es presentado por las fuerzas que se hallan en el poder como si representase, al mismo tiempo, a todas las clases y grupos sociales, pero vistos como pueblo, como una colectividad para la cual el nacionalismo desarrollista pacífica y armoniza los intereses y los ideales. El Estado es propuesto e impuesto a la sociedad como si fuera su mejor y único intérprete, sin la mediación de los partidos.” (Ianni, 1975: 141)

“La democracia populista tiene la singularidad de excluir, en forma clara, a las fuerzas no populistas. Esto es, esa democracia no ofrece a todas las clases y grupos de la sociedad nacional las mismas oportunidades de acceso al poder. Tiende a excluir a las otras fuerzas políticas, o las acepta solamente mediante la adhesión completa. Si los partidos de coalición populista poseen mayoría en el Legislativo, las oposiciones quedan reducidas al derecho de palabra. Cuando las oposiciones consiguen mayoría en el Legislativo, el Ejecutivo puede dejar de lado sus decisiones o aplicarlas mal. [...] En la democracia populista, de modo semejante a lo que ocurre en la dictadura populista, el gobierno y el jefe tratan de identificarse principalmente con las masas, esto es, las clases asalariadas consideradas como pueblo.” (Ianni, 1975:143)

Entonces, el populismo como expresión de una alianza interclase tomará el poder político en las condiciones que su contexto histórico, político, económico y el

desarrollo democrático se lo permitan, mientras que la forma democrática o autoritaria que tome dependerá de la correlación de fuerzas con aquellos grupos que quedan fuera de la alianza, del grado de riesgo que tenga de perder el poder.

2.2.5. La ruptura del pacto populista

Al igual que la toma del poder y permanencia del pacto populista, la ruptura también presenta diversos caminos, pues al constituirse a partir de una alianza interclase, donde los agentes que la conforman tienen necesariamente proyectos políticos y económicos antagónicos, dicha alianza no puede ser estable permanentemente. Y de hecho la alianza nunca es estable, pues al interior de ella no deja de verificarse la lucha de clases. Cada conquista de la clase trabajadora significa una reducción del margen de ganancia por explotación del trabajo; cada ganancia de la burguesía populista¹³ puede significar un mayor grado de explotación del trabajo, extensión de los espacios capitalistas o la apropiación de una parte del valor que antes correspondía a la oligarquía. Generalmente en el caso de la burguesía populista suceden las últimas dos situaciones sin que necesariamente deje de ocurrir la primera y, sin embargo, siempre ocurre que en el aumento del valor global generado en una economía bajo un gobierno populista con correlación de fuerzas favorable, la mayor parte del valor generado va a parar a la burguesía que conforma la alianza populista, apropiándose de una parte de lo que antes le correspondía a la oligarquía, y la menor parte al proletariado. Aun así, en general siempre se observa un aumento tendiente de la participación del trabajo en la renta nacional, que aunque menor que el de la burguesía populista, es constante y condición necesaria para la permanencia del pacto.

Como vemos, en este contexto propio del populismo, la lucha de clases no deja de verificarse, y en la medida en que se prolonga el pacto populista las clases que la conforman van tomando experiencia y conciencia de su condición de clase. Esto

¹³ Aquí para mayor comodidad llamamos “burguesía populista” a ese sector de la burguesía nacional que se encuentra aliada a la clase trabajadora, es decir, que conforma la alianza interclase a la que hemos llamado populismo.

ocurre en mayor grado para la clase trabajadora, que comenzando con conquistas básicas como aumentos de salarios, reducción de la jornada laboral, vacaciones, aguinaldos, seguridad social, etc., va aumentando sus perspectivas de conquistas económicas y sociales. Entre ellas, surgen naturalmente liderazgos, sindicatos y en general una mayor organización de sus luchas como clase. En estas condiciones, en la que las conquistas de la clase trabajadora van en aumento, puede suceder por una parte que la organización obrera se paralice o aumente sus perspectivas; si ocurriera lo último, las perspectivas pueden pasar de las conquistas básicas que se reducen a lo económico a intentos por aumentar su participación política en la dirección económica, es decir, puede aumentar sus perspectivas a una progresiva toma del poder de manera autónoma. Pero como hemos señalado, cada conquista de los trabajadores significa una menor tasa de ganancia para los capitalistas, y es precisamente esta situación una de las dos principales razones que ponen en peligro al pacto populista. Esta situación ya había sido señalada por Ianni:

“En cuanto la burguesía y la clase media aumentan su participación en la renta nacional, el proletariado urbano perfecciona sus organizaciones de clase o aumenta su experiencia política. La politización intensiva y extensiva de las masas populares, en especial en ocasiones de crisis político-económicas, ha sido una de las principales razones para el abandono del pacto populista por parte de la burguesía y la clase media.” (Ianni, 1975: 52-53)

Pero el pacto populista también puede romperse desde el lado de la burguesía que conforma dicho pacto. Recordemos que la agrupación de la burguesía nacional que lo conforma es parte de la clase dominante pero no el sector dominante de esa clase, es en realidad subalterna frente a la oligarquía. La burguesía no oligarca también es explotada, transfiere recursos producto de la explotación del trabajador hacia las grandes empresas por medio de diferenciales de precios, intercambios inequivalentes, transferencia de recursos por financiamiento, etc., y para poder sobrevivir como clase necesita de una intensa explotación del trabajo, sólo así puede mantener tasas de ganancias suficientes para transferir recursos y mantener un monto de ganancias propio. Pero durante el pacto populista logra reducir –si no es que invertir– las transferencias hacia la oligarquía, aumenta su participación en la renta nacional, aumenta los espacios de reproducción de capital y dirige la política

económica que lo dota de infraestructura y financiamiento de acuerdo a sus necesidades como sector de la clase dominante. Esto lo posibilita a su vez de poder aumentar salarios y prestaciones a la clase trabajadora, conquistadas en sus propias luchas, por lo que aun cuando los trabajadores aumentan su participación en la renta nacional, la burguesía populista puede seguir creciendo y desarrollándose como clase.

Mientras esta situación va evolucionando, en cuanto la burguesía que conforma el pacto se siente más autónoma frente a los antiguos poderes oligárquicos, al mismo tiempo que los trabajadores avanzan en sus conquistas, el pacto populista comienza a debilitarse. La burguesía populista puede comenzar a prescindir de los trabajadores organizados, al mismo tiempo que le significan un obstáculo. Es aquí donde, desde la burguesía, el pacto ha llegado al fin de su necesidad de existencia. Ya no necesita más el pacto populista para vencer políticamente a los antiguos oligarcas y el avance de la clase obrera organizada le significa un obstáculo para continuar la acumulación de capital. Aquí se rompe el pacto y la burguesía que antes lo conformaba puede dirigir la política nacional, está lista para constituir, con el tiempo y con el desarrollo de la concentración y centralización de capital, lo que será la nueva oligarquía.

Estas dos situaciones que describimos es la forma esquemática en que idealmente se rompe el pacto populista. Afirmamos que dicho pacto es fatalmente temporal, no así su destino. Dependiendo de la correlación de fuerzas. Primero, del populismo contra la oligarquía, y segundo, de las contradicciones internas entre las clases de dicho pacto –influenciadas profundamente por la experiencia histórica, económica, política, social y cultural de la sociedad-, el destino del populismo se inclinará a favor de alguna de las clases.

Estamos revelando entonces que, contrario a las posiciones fatalistas en torno al populismo, casi siempre dirigido políticamente por el sector burgués, existe la posibilidad, sólo la posibilidad, pero efectiva, de que con suficiente conciencia de clase, con la debida organización y liderazgo político, la clase trabajadora pueda tomar el poder, es decir, constituir un gobierno socialista. El populismo es pues, un periodo de oportunidad, porque dentro de éste puede gestarse la organización y

fuerza necesaria de la clase trabajadora que derive en la toma del poder. El populismo es entonces un potencial periodo revolucionario, porque permite los espacios necesarios para la organización obrera que gesta la cultura socialista por parte de un sector importante de la clase trabajadora, para sostener las nuevas condiciones de la producción y organización de la sociedad. Pero al mismo tiempo, como ya hemos mencionado, la burguesía también puede romper el pacto al inclinarse la correlación a su favor. Veamos ahora algunas de las posibilidades que siguiendo los caminos de la ruptura que hemos planteado pueden suceder para ambos casos.

En el primero de los casos, suponemos que la clase trabajadora que conforma el pacto populista va logrando consolidar conquistas económicas y sociales, su grado de organización aumenta al consolidar diversas organizaciones obreras y por tanto, su poder político comienza a rebasar el de la burguesía. En la medida en que toma conciencia de clase y aumenta sus perspectivas políticas comienza a amenazar la reproducción de capital, pero no sólo eso, sino la misma existencia de la burguesía. Es aquí el punto en que el pacto populista ya no tiene vigencia y la clase trabajadora no necesita más de él en la medida en que su objetivo es la toma del poder.

Ante esta situación, para la burguesía, la amenaza de su existencia la hace también romper el pacto y responder únicamente a sus propios intereses. Así, la burguesía necesita aliarse al otro sector de la burguesía que era su enemiga durante el pacto populista para derrotar a la clase obrera organizada. En esta nueva alianza la ahora ex-burguesía populista puede desempeñar el papel de vanguardia o de subordinación dependiendo de la correlación de fuerzas vigente. Generalmente, cuando la situación que describimos ocurre, donde la clase trabajadora se desarrolló hasta aspirar a la toma del poder, la ex-burguesía populista jugará un papel de subordinación ante la oligarquía, pues seguramente no fue capaz de desarrollarse debido a la correlación desfavorable con la clase trabajadora. Ianni hizo alusión a esta situación:

“En todas las situaciones realmente críticas, la burguesía nacional rompe los compromisos tácticos con el proletariado y algunos otros sectores del populismo, en beneficio de sus

razones estratégicas, dadas por el orden capitalista. En una aparente paradoja, para sobrevivir, esa burguesía nacional abandona la política de hegemonía implícita en el populismo y adopta su condición subalterna, rehaciendo y fortaleciendo los lazos con sus enemigos de ayer.” (Ianni, 1975: 156)

Pero debemos aclarar que la posición subalterna de la burguesía que rompe el pacto frente a la oligarquía no es una situación automática, sino producto de la correlación de fuerzas, depende de su desarrollo como sector de la burguesía. Si la oligarquía durante y después del pacto populista no fue suficientemente debilitada entonces ésta tomará la vanguardia, pero si fue reducida a actividades tradicionales con menor peso relativo que el de la ex-burguesía populista, entonces la vieja oligarquía será la subordinada. En cualquiera de los casos, ambas actuarán en favor de sus intereses comunes para derrotar a la clase obrera organizada, y en una situación crítica, con la clase obrera organizada y con perspectivas de toma del poder, la respuesta de la burguesía no puede ser otra que la violencia. Esta parece ser, cómo veremos en el tercer capítulo de este trabajo, la situación por la que atraviesa actualmente Venezuela.

“El pacto populista siempre se rompe cuando la burguesía se siente suficientemente fuerte y ya no quiere seguir dividiendo o negociando las decisiones; o cuando los trabajadores llevan sus reivindicaciones políticas o económicas más allá de las conveniencias del Estado capitalista. En estas ocasiones, la burguesía se une y, cuando es necesario, apela a las fuerzas armadas para, con su ayuda, imponer el orden o la paz a las clases asalariadas, particularmente al proletariado.” (Ianni, 1975: 54)

Un pacto populista puede tener su desenlace por diversas razones dependiendo de su contexto nacional e incluso de factores internacionales, pero en el fondo del desarrollo del populismo y su desenlace, por debajo de cualquier expresión política superficial, incluso por encima del líder, siempre se encuentra necesariamente en primer lugar, la correlación de fuerzas entre el pacto populista y la oligarquía, y en segundo, las contradicciones al interior del pacto, ambas desarrollándose siempre al mismo tiempo.

Cuando la burguesía populista es la que se ha desarrollado hasta alcanzar el punto en que supera económica y políticamente a la vieja oligarquía, nos

encontramos ante otro factor por el cual el pacto populista ya no es necesario. Al romperse el pacto, la clase trabajadora que se sentía representada de manera efectiva ya sea en las instituciones o a través del líder, intentará mantener su cuota de poder. Ya hemos señalado el caso de una posible fortaleza de la organización obrera, pero en el caso de un débil desarrollo de su conciencia de clase y de sus organizaciones, los trabajadores verán desvanecidas rápidamente su participación en el poder. Es posible que sectores de vanguardia de esta clase intenten resistir, pero sin suficiente organización de clase las luchas políticas serán muy focalizadas y poco efectivas. El sector de la burguesía que rompe el pacto, fortalecida durante el populismo dirigirá ahora la política económica y social de acuerdo a sus intereses, es posible que en un principio las cosas no cambien mucho, la transición será relativamente pacífica, pues los avances de la clase obrera no se revierten tan fácilmente, pero lo fundamental será que las conquistas de la clase trabajadora serán interrumpidas, o por lo menos ya no avanzarán a la misma velocidad. La política económica seguirá manteniendo una orientación similar a la del populismo, algo parecido a la socialdemocracia. El capitalismo, entonces, vuelve a su dinámica normal.¹⁴

Durante el desarrollo del periodo postpopulista derivado del fortalecimiento del sector de la burguesía que lo conformó, el desarrollo del capitalismo parecerá desarrollarse con soltura, la concentración y centralización de capital volverán a su dinámica normal, una nueva oligarquía se conformará y mirará con nuevos ojos el mercado internacional y los capitales transnacionales; el ciclo entonces tarde o temprano volverá a repetirse. Por lo tanto, el populismo es propio del desarrollo cíclico del capitalismo, es un fenómeno intrínseco a la dinámica del capitalismo, que está precedido de crisis históricas y estructurales de largo plazo del sistema, que encuentra distintas vías de desarrollo, conforme la correlación política en cada nación.

¹⁴ Aquí ya podemos adelantar que el populismo no expresa una forma de hacer política, ni una ideología, es decir, no se puede identificar al populismo a partir de formas de democracia o de políticas económicas como la socialdemocracia, fascismo, desarrollismo o neoliberalismo; se trata de hecho de otro nivel de análisis. Esas formas de hacer política o de proyectos económicos son expresión de la correlación de fuerzas que estamos explicando en este trabajo, no al revés.

Hasta aquí hemos explicado al populismo como un pacto interclase, conformado siempre por la clase trabajadora y un sector de la burguesía en contra de la oligarquía. En el nivel de las relaciones de clase, estos factores que hemos mencionado –la correlación de fuerzas entre el pacto populista y la oligarquía en primer plano, y la correlación al interior del pacto en segundo– son los que determinan la dinámica del populismo y su desarrollo. Sin embargo, hemos planteado que existen diversas posibilidades del desarrollo del pacto populista determinadas por su contexto histórico, político, social y cultural, pero aun así sería determinista decir que eso basta para explicar su rumbo. Aquí debemos incorporar un elemento fundamental, que sin él, no puede explicarse el desarrollo del populismo: el líder populista.

2.2.6 El líder populista

Cuando desde la posición convencional se caracteriza al líder populista, siempre se le asocia inmediatamente con la demagogia. Se nublan al sólo ver la superficialidad del populismo sin advertir lo que está detrás, es decir lo que hemos explicado hasta ahora en relación a la lucha de clases. Le otorgan también al líder la absoluta responsabilidad de la dinámica populista, para ellos, el populismo es en realidad el líder, su fundamento, y al intentar explicar teóricamente al populismo parten de explicar al líder. Nosotros partimos en sentido inverso, para explicar al populismo hemos identificado la lucha de clases que se encuentra en el fondo de lo que hemos llamado populismo. Para nosotros el populismo es una alianza interclase que se opone a un sector oligárquico, es una lucha de poder económico y político, un juego de alianzas implícitas mas no explícitas que se esconde detrás de lo que Laclau llama “significantes vacíos”. Tales significantes vacíos como la “democracia”, “justicia social”, etc., logran condensar las demandas sociales comunes al sector subalterno de la burguesía y la clase trabajadora. Pero tal alianza no puede darse en automático, los factores económicos y sociales para la alianza generalmente están dados, pero debido a la relativa débil existencia de organizaciones obreras y burguesas no oligarcas, ninguna de ellas puede tomar la lucha por separado. Es aquí donde un líder político, ya sea emanado de las organizaciones obreras o burguesas no

oligarcas juega el papel que sella la alianza. Un líder político con innegable capacidad de retórica, visión estratégica y carisma electoral, generalmente apoyado por estructuras partidarias burguesas y organizaciones obreras que le permiten disputar electoralmente el poder a la oligarquía. Un líder que no surge por generación espontánea, siempre en las organizaciones obreras o partidos políticos los hay, el liderazgo es una capacidad humana que no es de la mayoría pero tampoco es de pocos. Esta es precisamente la función del líder: sellar la alianza interclase a partir de condensar los significantes vacíos (demandas comunes) que permiten sumar la fuerza de dos clases antagónicas en contra del sector dominante de la clase dominante. Es decir, la alianza de clases es el fundamento del populismo, el líder es su expresión y forma de articulación.

Entonces, aclaramos que las condiciones económicas y sociales que abren la posibilidad de la alianza interclase no son suficientes por sí mismas para generar el pacto populista, esa es la función del líder; pero al mismo tiempo, el líder sólo tiene vigencia cuando dichas condiciones están dadas, de lo contrario estaríamos diciendo que la simple existencia de un líder puede generar por sí solo el pacto populista – posición que por deducción sostienen los teóricos convencionales del populismo– lo cual sería completamente falso.

Ahora pasamos a describir la función del líder populista de acuerdo a las diferentes situaciones que se presentan en la correlación de fuerzas entre el pacto populista contra la oligarquía, así como las contradicciones internas del pacto.

2.2.7. El líder en la toma del poder

Cuando las condiciones económicas y sociales necesarias para el populismo se han desarrollado es cuando el líder populista tiene vigencia y puede tomar el poder bajo esta particular alianza interclase. Para entonces, entendemos que la oligarquía habría llegado a un grado de explotación del trabajo socialmente inaceptable, reflejado en diversas formas de parálisis o retroceso social; mientras que para la burguesía

subalterna, ya sea por un asenso en su poder económico o por su decadencia, busca necesariamente el poder político para tomar la dirección económica del país.

Un líder político populista, ya sea emanado de las bases obreras, de la burguesía no oligarca o bien de las clases medias intelectuales –generalmente también clase obrera de acuerdo a su posición en las relaciones sociales productivas dentro del capitalismo–, es aquel que ante una situación como la antes descrita, tiene la capacidad de condensar las más diversas demandas sociales y económicas de ambas clases en un discurso, o lo que Laclau llama *significante vacío*, ahí donde caben todas o por lo menos la mayoría de las demandas. Entonces, un líder como el populista no es un sujeto salido de ninguna parte, siempre tiene experiencia y militancia política, ya sea en organizaciones obreras o en partidos burgueses. Su retórica tampoco es completamente autónoma, siempre tomará en cuenta las circunstancias políticas, la correlación de fuerza entre la posible alianza populista y la oligarquía a vencer.

Aquí podemos hacer un paréntesis para hablar de la demagogia que tanto confunde a quienes estudian al populismo. La demagogia es un discurso basado en las mentiras, en hacer creer a ciertos sectores que se trabajará en su favor, que aunque pueda ser cierto, lo demagógico consiste en la exageración de los objetivos planteados. La estrategia demagógica no tiene otro objetivo que la búsqueda de simpatía y de apoyo popular, pero cualquier sujeto o partido que busque obtener poder político implementará un grado de demagogia. La demagogia es aplicada por diversos políticos de cualquier orientación política y económica, pocos están exentos de ello, así que este no puede ser el fundamento para explicar todo lo que ya hemos planteado en relación a la alianza interclase. Reducir el populismo a la simple demagogia, incluso como una característica necesaria, es no entender lo que se juega realmente en las relaciones capitalistas de producción. En fin, la demagogia no es condición necesaria para la existencia del populismo, su existencia en esta alianza dependerá exclusivamente de las particularidades del líder que asume la dirección populista.

Aquí se plantean algunos ejemplos de correlación de fuerzas entre las clases en la cual se expresa el papel del líder en la conformación de la alianza populista.

Si suponemos una situación en la cual la clase trabajadora y la burguesía populista se han venido fortaleciendo, como en el caso de la primera mitad del siglo XX, mientras la oligarquía que detenta la mayor parte del poder económico y político está paralizada o en retroceso, el carácter del líder populista dependerá de la correlación de fuerzas entre la clase trabajadora y la burguesía populista. Cualquiera que sea la correlación, en este caso el líder populista tendrá la libertad de utilizar un discurso antiimperialista, nacionalista, de avance social y desarrollista; esto, porque tal discurso representa plenamente los intereses de las clases en el pacto mientras afecta directamente los intereses de la oligarquía. Las oligarquías necesariamente están siempre ligadas a intereses internacionales, no porque sean simples lacayos, sino porque una buena parte de su rentabilidad se encuentra en mercados exteriores, lo mismo que sus insumos y hasta los productos que consumen. Entonces, el discurso antiimperialista se expresa con mayor fuerza cuando los intereses extranjeros están muy arraigados en el país y cuanto más obstaculizan la acumulación de capital de la burguesía nacional en el pacto populista. El discurso nacionalista y desarrollista también está ligado a los intereses de la burguesía populista, mientras que los avances sociales abarcan a la clase trabajadora. Por último, mientras más débil sea la oligarquía frente al pacto populista, más antioligarca y más antiimperialista será su discurso.

Ahora, supongamos una situación como la de principios del siglo XXI, donde es la oligarquía la que se encuentra en ascenso económico mientras la burguesía no oligarca y la clase trabajadora se encuentran en decadencia. Las condiciones del pacto populista están determinadas para este caso en una situación de lucha por la recuperación de conquistas sociales arrebatadas durante el periodo neoliberal, con creciente desempleo y precariedad en general. Para la burguesía no oligarca la reproducción de su capital es lenta, en algunos casos nula y en algunos otros son absorbidos mediante el proceso de centralización de capital y arrojados a la clase

trabajadora.¹⁵ Durante la vigencia política del neoliberalismo no sólo el gobierno sino el aparato del Estado fue modificado de acuerdo a las necesidades de la oligarquía, mientras ciertos sectores como el financiero y algunos organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) tomaron tanta fuerza que consolidaron el debilitamiento del Estado para tomar decisiones soberanas. Es decir, las oligarquías no sólo instalaron gobiernos afines, sino que debilitaron el aparato del Estado al grado de someterlo estructuralmente. En estas condiciones, las clases que participan del pacto populista apuestan a través de su líder al discurso nacionalista, desarrollista, de avance social, pero hablan con timidez de antioligarquía y sobre todo antiimperialismo¹⁶. En todo caso, apelan a modificar el *status quo*, al desprestigio de la política económica neoliberal; pero tienen miedo, con razón, de las medidas que pueda tomar la oligarquía en su contra debido al poder económico superior. Es decir, la oligarquía sabe que su desprestigio político es tan grande que le es prácticamente imposible seguir manteniendo apoyo popular, sabe que por el momento no puede mantener la dirección del Estado, pero amenaza con su poder económico para evitar cambios sustanciales en la dirección económica. El líder populista, como veremos en el caso de Lula en Brasil, modera su discurso y su proyecto económico para ir modificando la estructura política y social sin amenazar su permanencia en el poder, pues en situaciones de extremo poder oligarca, es capaz hasta de colapsar una economía en apenas unos días con apoyo de los capitales transnacionales.

Hasta aquí hemos planteado las situaciones concretas en las que se lleva a cabo la alianza a través del líder populista, que como vimos, no está desvinculada en ningún momento de la correlación de fuerzas entre las clases. El líder populista es quien sella el pacto, sólo a través de él, en una aparente representación de la

¹⁵ Algunos micro y pequeños empresarios pueden perder su condición de propietarios privados de medios de producción, de sus empresas, de manera que no les queda más que incorporarse como asalariados. Esto sucede sobre todo con las empresas de baja tecnología, muchas de producción artesanal, que son superadas por el cambio tecnológico.

¹⁶ La timidez del discurso antioligarca y antiimperialista en estas circunstancias no sólo depende de la correlación de fuerzas internas, sino del desgaste ideológico de las izquierdas más radicales del siglo XX, así como de las desfavorables condiciones ideológicas del proyecto socialista después del derrumbe de la URSS.

sociedad en general, pero en el fondo representando a los sectores del pacto populista, es que estos tienen la suficiente fuerza política para asumir el poder.

2.2.8. El líder durante el pacto.

Durante el pacto populista, el líder sigue siendo la expresión del pacto, las medidas tomadas para generar un rumbo económico, político y social diferente son principalmente expresión de la correlación de fuerzas que se dan, en primer lugar, entre el pacto populista y la oligarquía, y en segundo, entre la correlación de fuerzas al interior de la alianza.

Diversas situaciones pueden ocurrir durante el gobierno populista. En la primera situación que planteamos, cuando la oligarquía se encuentra en retroceso mientras el sector no oligarca avanza; en el primer plano de la lucha populista –el pacto en contra de la oligarquía– las fuerzas del pacto vencerán más rápidamente entre más débil sea la oligarquía. En estas circunstancias, el líder tendrá un discurso desarrollista, nacionalista, de avance social, antioligarca y hasta antiimperialista dependiendo de la penetración de los capitales extranjeros. Pero superado el poder económico y político de la oligarquía, sin que deje de existir ni representar un riesgo de retroceso, la correlación de fuerzas y las medidas contradictorias del líder populista serán expresión sobre todo del segundo plano de la lucha populista: sus contradicciones internas. El líder populista no dejará la retórica de significantes vacíos que hemos mencionado, sin embargo la política económica y social será expresión sobre todo de la correlación de fuerzas al interior del pacto.

La permanencia del populismo tiene vigencia en la medida en que sólo mediante él superan políticamente a la oligarquía, pero como ya hemos mencionado, el pacto se irá rompiendo cuando una de las clases ya no necesite a la otra para lograr sus objetivos.

Si suponemos la situación en la cual con el pacto no se tiene la suficiente fuerza para derrotar a la oligarquía, como en el caso de varios países en la América Latina del siglo XXI, y esta tiene suficiente poder económico para contrarrestar las medidas

del pacto populista, el líder mantendrá un discurso tímido ante la oligarquía y el imperialismo. En estas circunstancias el líder populista juega un papel primordial para mantener la alianza y lograr arrancar parte de la renta nacional a la oligarquía. Pero en principio sólo aspira a eso, a ganar espacios, a debilitarla. Entonces en esta situación el primer plano de la lucha –pacto contra la oligarquía– es la que predomina, las medidas que toma el populismo a través del líder en el gobierno buscan negociar, jalonear, ganar espacios. No es radical porque la medida de sus fuerzas no son suficientes y la oligarquía en cualquier momento puede recurrir a la violencia o a medidas económicas para destruir políticamente al líder populista y derrotar al pacto. En estas circunstancias, el sector burgués del pacto populista es tímido en sus proyectos económicos porque teme perder el poder que ha ganado, mientras que la clase trabajadora dependiendo de su organización y conciencia de clase puede ser conservadora y conformarse con lentos avances, también podría presionar al líder para que lleve a cabo lo antes posible sus reivindicaciones o generalmente una combinación de ambas. En caso de lo último, pronto podría comenzar la decepción de un sector de los trabajadores, sobre todo de aquellos con mayores expectativas. El líder populista se enfrenta en este sentido a dos frentes políticos, uno contra la oligarquía y el otro contra la retirada de apoyo de un sector del pacto. Este es el momento de mayor debilidad del populismo y es precisamente la situación que encontramos en buena parte de los países latinoamericanos en el momento que redactamos este trabajo, sobre todo en el caso actual de Brasil ante la reelección de Dilma Rousseff, quien a pesar de haber ganado las elecciones no deja de gobernar en medio de una vulnerabilidad creciente.

Cuando abordemos los casos empíricos veremos con mayor claridad esta situación, por ahora esto nos sirve de base teórica para abordar posteriormente el populismo como fenómeno económico-político y expresión de la lucha de clases.

2.2.9. El líder en la ruptura del pacto

Ahora pasamos a abordar el papel del líder en la ruptura del pacto populista que como hemos planteado, sólo puede ser temporal, pero su final puede ocurrir por diversas razones y seguir distintos caminos.

Seguimos sosteniendo que lo fundamental es la correlación de fuerzas entre el pacto contra la oligarquía, y las contradicciones dentro del pacto. El líder expresa esa correlación, pero es especialmente cuando se agudizan las contradicciones en ambos planos que el papel del líder juega su mayor importancia al grado de poder inclinar la balanza hacia cualquiera de los lados en los momentos más cruciales. Sigamos entonces en la misma dinámica de observar el papel del líder según las circunstancias que hemos planteado anteriormente.

Supongamos primero, que es la clase trabajadora la que rompe el pacto populista, pues su organización y su conciencia de clase ha llegado al punto de reconocerse suficientemente fuerte y está dispuesta a llevar sus reivindicaciones de clase más allá del pacto. Esta suposición es radicalmente utópica, es difícil que esto pueda llegar a desarrollarse dentro de la dinámica misma del capital y dentro del pacto, pero algunas experiencias históricas como la de Salvador Allende en Chile y Hugo Chávez en Venezuela muestran que bajo especiales circunstancias esto es posible. En estos dos casos anteriores, fueron precisamente el carácter de líder y las convicciones de ambos presidentes lo que permitió la rápida ruptura del pacto populista y la apropiación del poder político por la clase trabajadora. Y precisamente en ambos casos la burguesía se unió en su contra para derrocar a los gobiernos socialistas emanados de la ruptura del pacto. Recordemos que en el caso de Salvador Allende su gobierno apenas duró 3 años, siendo su apoyo popular, la organización obrera y conciencia de clase de los trabajadores tan débil al grado de no poder defender su propio gobierno. En el caso de Hugo Chávez, que comenzó ejerciendo un gobierno populista, su liderazgo fue impulsando cambios que trastocaban el poder oligárquico aceleradamente. La respuesta oligárquica no pudo ser otra que la violencia reflejada en el golpe de Estado de 2002, así como el posterior golpe petrolero en 2002-2003. La clase media alta y los medianos

empresarios nacionales, débiles económica y políticamente, pronto dieron cuenta que la organización social era peligrosamente creciente, lo mismo que el liderazgo de Chávez quien cada vez se convencía más de la imposibilidad de la vía capitalista-socialdemócrata para transformar el país. Más adelante veremos ampliamente el tema de Venezuela bajo el mando de Hugo Chávez, pero queremos dejar claro que a la hora de la ruptura del pacto por parte de la clase trabajadora, el papel del líder es fundamental para decidir el rumbo que llevará una sociedad.

En segundo lugar, supongamos de nuevo la situación en que la burguesía populista se siente lo suficientemente fuerte económica y políticamente para asumir el gobierno por sí misma. Para entonces ya habrá derrotado –o está por hacerlo– a la vieja oligarquía. Ya no necesita del pacto, el líder populista ha coadyuvado al fortalecimiento de ese sector de la burguesía mientras atendía al mismo tiempo las demandas obreras sin llevarlas más allá de la dinámica del capital. Una débil organización obrera derivará en una transición pacífica del poder político a la nueva burguesía en el poder, implementando sobre todo políticas socialdemócratas y desarrollistas de acuerdo a sus intereses. Esta situación puede observarse en México después del gobierno de Lázaro Cárdenas y la transformación del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) al PRI, pronto el apoyo al campesinado y la clase trabajadora se volvió marginal y de subordinación. Desde el surgimiento del PRI ya no hubo pacto populista, sino la dirección política de un sector de la burguesía que cooptaba a las organizaciones obreras mediante líderes sindicales corruptos. En un escenario de cambio de poder como el que planteamos, el papel del entonces líder populista no es otro que el de mero títere, salva su posición de representación atendiendo los intereses de la nueva clase en el poder, ya no es un líder populista, es un simple presidente burgués. En otro escenario, en el que el líder populista ante la ruptura del pacto se niega a dejar el poder o cambiar la política económica a favor exclusivo del nuevo sector empoderado, la respuesta será siempre la violencia. El papel del líder en ambas circunstancias del escenario planteado no es de trascendencia, carece de base social organizada, se ve superado por los hechos y poco poder de influencia tiene sobre el destino de la ruptura del pacto.

Habiendo planteado dos escenarios de ruptura, una en el fortalecimiento de la clase trabajadora y la otra por parte de la burguesía no oligarca, sólo nos queda explicar el papel del líder en una tercera ruptura: la derrota del pacto.

Como hemos dicho, el pacto populista sólo puede ser temporal y se rompe cuando una de las clases que lo conforman está lo suficientemente fortalecida para asumir el poder político por su propia cuenta, o bien, cuando el pacto ha sido derrotado por la oligarquía. Esta situación no ocurre con poca frecuencia, y sobre todo sucede cuando la oligarquía es capaz de renovar y fortalecer sus bases para vencer al pacto populista. La estrategia de la oligarquía por supuesto no sólo se basa en su fortalecimiento, sino en el debilitamiento y desarticulación de las clases que conforman el pacto. La oligarquía también es capaz de generar su propia base social haciendo concesiones o cooptando a sus trabajadores por medio de líderes obreros y campesinos corruptos. Al mismo tiempo también es capaz de desarticular el pacto haciendo concesiones a sectores de la burguesía que conforman el pacto populista; igual sucede con líderes políticos de organizaciones obreras.

En fin, en este tercer escenario planteamos que el pacto populista y su líder no fueron capaces de vencer a la oligarquía y ésta pretende retomar el poder. El líder populista, ante la incapacidad de generar resistencia social tiene dos opciones: permanecer en el cargo público como presidente atendiendo los proyectos de la oligarquía hasta las próximas elecciones o intentar resistir. En caso de lo último la violencia es inminente.

“La salida de Perón de Argentina, en 1955, al ser depuesto, muy probablemente fue el resultado de un acuerdo de caballeros, todos empeñados en evitar la guerra de clases e identificados en la defensa del orden capitalista. Cuando algunos sectores de vanguardia de las masas peronistas piden armas, para defender la constitución y el gobierno, Perón decide romper el pacto populista. Él reconoce que la lucha armada puede rebasar los límites de su liderazgo y ganar dimensiones revolucionarias. Cuando Goulart dijo que no daría armas a quienes querían defender la constitución y el gobierno, porque ellos no sabrían cómo usarlas, en la misma forma que Perón, estaba rompiendo en la práctica el pacto populista e impidiendo la transformación cualitativa de la lucha por el poder. (Ianni, 175: 161)

En esta situación, en el que la oligarquía derrota al pacto, poco puede hacer el líder para revertir la situación sin la base social de las clases que conforman el pacto populista. Su importancia en el populismo no es menor, pero como hemos venido sosteniendo, su figura no es en sí mismo el populismo, no es su fundamento, sino su expresión y forma de articulación.

Para terminar este capítulo y la base teórica para entender al populismo, abordaremos una última característica: el llamado populismo de derecha.

2.3. Aproximación al populismo de derecha.

Por último abordemos el llamado populismo de derecha, que pensamos debe estudiarse con mucha cautela, pues en la práctica consideramos son nulas las experiencias históricas sobre las cuales puede sustentarse una explicación de este fenómeno. El populismo generalmente está siempre asociado a la izquierda, o más bien, a una forma particular de expresión de ésta. Y es natural que el populismo sea asociado a la izquierda, pues al tratarse de una alianza interclase en la que participa la clase trabajadora de manera activa y protagónica, esta alianza es capaz de alcanzar reivindicaciones sociales y políticas más allá de las que podría alcanzar durante la etapa de gobiernos plenamente burgueses, ya sean nacionalistas u oligarcas. Hemos dicho que la fuerza del populismo depende en primer lugar de la correlación de fuerzas entre quienes integran el pacto y la oligarquía, y en segundo, de la correlación de fuerzas al interior del pacto.

Al tratarse el populismo de una alianza que enfrenta siempre al poder oligárquico, y siendo éste el poder fundamental que obliga a la sobre-explotación del trabajo en las tres formas que vimos en el marco teórico (intensiva/extensiva, salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo y sobrepoblación relativa), toda lucha contra la oligarquía por parte del pacto populista es en cierto grado una lucha de la izquierda, pues todo retroceso de la oligarquía se traduce siempre en beneficio de las clases aliadas. En este sentido, el pacto populista no puede existir sin el enfrentamiento directo entre las clases aliadas y la oligarquía.

La derecha política en el capitalismo encuentra su especificidad sobre todo en las medidas que acrecientan la explotación del trabajo, y siendo la oligarquía quien las impulsa con mayor fuerza, un populismo de derecha supondría la alianza entre la clase trabajadora luchando por sus reivindicaciones de clase y una oligarquía luchando en sentido contrario, lo cual es una absoluta contradicción. La clase trabajadora sólo puede encontrar un aliado en la burguesía no oligarca porque ante el dominio de la oligarquía ambas son explotadas, la clase trabajadora directamente por toda la burguesía, y la burguesía no oligarca por los intercambios inequivalentes debido a los diferenciales de precios que no corresponden al tiempo de trabajo explotado, sino a los precios de mercado en donde la oligarquía siempre tiene ventaja debido a su mayor nivel tecnológico.

El sentido del populismo como hemos mencionado hasta aquí, radica en las disputas por el reparto de la riqueza creado en el mismo proceso de trabajo, que como sabemos, se distribuye en ganancias para las empresas y salarios para los trabajadores; así que la única manera de que tanto la clase trabajadora y la burguesía no oligarca puedan tener la fuerza suficiente para mejorar la correlación de fuerzas frente a la oligarquía y así retener una mayor parte de la riqueza creada en el proceso de trabajo, es mediante el pacto populista, que para la clase trabajadora le significa una mayor retención de la riqueza creada por ellos mismos y a la burguesía en el pacto un mejor equilibrio en los intercambios frente a la oligarquía, o bien, mayores espacios de reproducción que arrebatada a las empresas oligarcas.

Entonces, reafirmamos que una posible alianza entre la clase trabajadora y la oligarquía es una contradicción, en el sentido que es la oligarquía la que impulsa la sobre-explotación del trabajo en las tres formas mencionadas anteriormente, y lo que es más, la oligarquía sólo puede serlo en la medida en que mantiene a su favor ese proceso de sobre-explotación del trabajo. Por tanto, es imposible pensar en una alianza entre la oligarquía y la clase trabajadora, es imposible un populismo de derecha.

Lo que resulta interesante es el intento de algunos autores por caracterizar un supuesto populismo de derecha. Esto ocurre sobre todo por la base teórica de la cual

parten para caracterizar el populismo. Al principio de este capítulo mostramos que la posición convencional sobre el populismo no puede entender de fondo lo que es este fenómeno, pues incluso Ernesto Laclau, quien es uno de sus exponentes más citados, termina por caer en un laberinto sin salida, atrapado en la conclusión de que toda expresión política es más o menos populista.

Lo que explica en realidad la confusión de aquéllos que intentan caracterizar a un supuesto populismo de derecha es que no entienden que todo movimiento político de derecha necesita también una base social que lo respalde, ya sea activa o pasivamente, aun cuando mantenga el proceso de sobre-explotación de la clase trabajadora. Por ejemplo, dictaduras militares como la de Pinochet en Chile no pueden explicarse únicamente por la represión política y social que generó, sino también por el consenso que alcanzó en algunos sectores de la población que aceptaron activa o pasivamente la necesidad de la dictadura frente a la amenaza del enemigo interno –generalmente el comunismo–, la crisis económica o la incapacidad de la democracia para resolver tanto los problemas de la burguesía como de la clase trabajadora. Entonces, la dictadura serviría para resolver con relativa eficiencia estos problemas, haciendo incluso pequeñas concesiones a la clase trabajadora hasta el punto de generar suficiente consenso social, mas no en búsqueda del desarrollo económico y político de esa clase, que además, no lucha activamente por sus reivindicaciones. Si siguiéramos la lógica de la perspectiva convencional sobre el populismo, Pinochet tendría un cierto grado de populista, pues su existencia radicó tanto en la fuerza militar como en el consenso social tanto activo como pasivo, y su discurso estuvo siempre plagado de antagonismos, sobre todo frente a la *amenaza comunista*. Desde la lógica convencional, el populismo de derecha es posible en la medida en que se parte de la identificación de éste con movimientos políticos que generan discursos de antagonismos y son capaces de condensar cierta fuerza social en contra de ese *otro*. Hitler también fue capaz de condensar las fuerzas sociales de la Alemania nazi en contra del enemigo judío; sin el apoyo popular de buena parte de los alemanes no habría sido posible llevar a cabo lo que se hizo antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Lo mismo han hecho otros movimientos políticos, como el

encabezado por Slobodan Milošević en Serbia, quien logró convencer a los serbios del peligro que representaban las minorías albanesas que habitaban la región autónoma de Kosovo, donde eran mayoría. Según Glenn Bowman¹⁷, Milošević representaría un caso típico de populismo de derecha, sin que se haya verificado una alianza interclase frente a una oligarquía identificada, sino más bien frente a un grupo étnico minoritario.

De nueva cuenta hemos mostrado la inutilidad del método convencional para identificar al populismo, pues por ese camino se llega al absurdo de identificar a movimientos fascistas con cierto grado de populismo de derecha; y es que el punto débil de este método consiste en identificar como populismo la participación social provocada por un discurso de antagonismo frente a un enemigo interno o externo, independientemente de su condición de clase. Para decirlo en otras palabras, el método convencional que describe al populismo carece del análisis desde la lucha de clases, por tanto no puede identificar la especificidad del populismo.

En conclusión, el populismo de derecha sólo existe en el error metodológico de quienes intentan caracterizar al populismo desde la posición convencional, pero desde nuestra metodología, que parte de la identificación de la lucha de clases, el populismo de derecha no puede existir porque las disputas entre la clase trabajadora y la oligarquía son absolutamente antagónicas, las reivindicaciones de la clase trabajadora sólo pueden ocurrir en la medida en que se participa de una mayor parte de la riqueza producida en el proceso global de explotación del trabajo; lo mismo ocurre con la oligarquía, que para poder serlo necesita activar el proceso de sobre-explotación cuya carga sólo puede recaer sobre la clase trabajadora. Es por esta razón fundamental, que la alianza entre la clase trabajadora y la oligarquía es imposible, por tanto, ese llamado populismo de derecha es una contradicción. Lo que ocurre en lo que han llegado a llamar populismo de derecha es más bien la simpatía de ciertos sectores de la población hacia un proyecto político que tiende más hacia ciertas formas de autoritarismo y hasta fascismo, que mantiene el poder oligarca o

¹⁷ Véase Browman, Glenn; "Violencia constitutiva e imaginario nacionalista: La construcción del pueblo en Palestina y la ex Yugoslavia"; en Panizza (2009).

que beneficia a otro sector de la burguesía sin necesidad de la participación de la clase trabajadora luchando por sus reivindicaciones de clase, pero eso es un fenómeno absolutamente distinto al populismo.

Terminamos este capítulo ratificando que el populismo es una expresión política de la lucha de clases en un momento en que el capitalismo ha agotado sus mecanismos de explotación del trabajo, así como su control sobre la población, al grado de poner en riesgo la misma reproducción del capital, y por tanto, necesita de un reajuste que le permita reactivar dicha acumulación. La explotación del trabajo que se ha llevado a grados inaceptables para la gran mayoría de la clase trabajadora, así como la explotación parasitaria de la pequeña y mediana burguesía por parte de las grandes empresas oligarcas, terminan por generar las condiciones necesarias para una alianza interclase que contrarreste o suplante el poder oligárquico. Pero aun con esta alianza, en ningún caso deja de verificarse la lucha de clases, pues si bien en primer lugar, la lucha radica entre las clases aliadas frente a la oligarquía, en segundo, sigue vigente la lucha de clases al interior del pacto. Es sobre esta base que debe entenderse el populismo, como lo hemos mostrado a detalle a lo largo de este capítulo.

CAPÍTULO 3

LA ALIANZA POPULISTA EN BRASIL Y VENEZUELA

En este último capítulo abordaremos los casos particulares de Brasil y Venezuela para aplicar el concepto de populismo que hemos sugerido en el capítulo anterior. La intención es mostrar que se puede analizar una sociedad, un gobierno y su política económica desde el análisis de las correlaciones de clases y alianzas interclase. En el caso de Brasil haremos un análisis desde los factores económicos que nos permitan ver esa correlación de fuerzas entre las clases, mientras en el caso de Venezuela lo haremos desde una perspectiva histórico-política pero desde el mismo análisis de correlaciones de clase e interclase.

Las características de los nuevos gobiernos que marcan un punto de inflexión para la hegemonía neoliberal en América Latina distan de ser homogéneos y más bien tienen características plurales y de diversos alcances. Algunos han implementado programas de gobierno explícitamente anti-neoliberales mientras otros parecen haber encontrado una forma mejor de administrar el neoliberalismo como en el caso de Brasil. Por su parte, las reacciones conservadoras han implementado programas para profundizar el neoliberalismo con reformas fiscales, laborales y energéticas en México, e incluso medidas que arriesgan la soberanía de los países que las implementan y se vuelven peligrosas para la región como la autorización de ampliar las bases militares estadounidenses en Colombia. Hemos dicho ya que las condiciones de pobreza y bajo crecimiento económico eran similares para toda la región latinoamericana a finales de los años noventa, pero la respuesta a esta situación ha sido diferente dependiendo de los países. El cabo suelto que podría aclarar por qué algunos países le dieron la espalda al neoliberalismo mientras otros lo reforzaron, consideramos tiene que ver con la especificidad de los nuevos gobiernos que surgen justo en el momento de la crisis política del neoliberalismo en América Latina, para lo cual hemos propuesto hacerlo desde el análisis del populismo.

Hemos mencionado que entendemos al populismo como una alianza interclase implícita entre la clase trabajadora y un sector de la burguesía en contra del sector dominante de la clase dominante: la oligarquía. Alrededor de la mitad del siglo XX muchos países latinoamericanos experimentaron la alianza entre la burguesía nacional y la clase trabajadora, alianza que la oligarquía terminó en casi todos los casos por medio de la violencia. En esta ocasión al parecer algunas oligarquías nacionales aprendieron las lecciones del pasado y lograron articularse para en algunos casos simular procesos de cambio mientras en otros países lograron contrarrestar la alianza populista sometiéndola rápidamente como en el caso de Brasil.

Pasemos pues a analizar separadamente dos situaciones que reflejan dos formas distintas que asumen los nuevos populismo latinoamericanos de acuerdo a lo que hemos planteado en el capítulo 2 de este trabajo.

3.1. Lula y el populismo brasileño.

Hasta la llegada de Lula da Silva a la presidencia, Brasil había pasado por un periodo relativamente corto de hegemonía neoliberal. Es a partir de los gobiernos de Fernando Collor de Mello (1990-1992) e Itamar Franco (1992-1994), y más específicamente en 1993 con el *Plan Real* implementado por el entonces Ministro de Hacienda, Fernando Henrique Cardoso (FHC) que la doctrina neoliberal se asentó en Brasil. A partir de que FHC fue elegido presidente (1995-2003), las recetas neoliberales fueron implementadas con relativa violencia, y en los primeros años el neoliberalismo fue aceptado por los brasileños con cierta simpatía pues las recetas permitieron acabar con la intensa inflación de la última década.

Si observamos la inflación en Brasil desde los años ochenta podemos entender la magnitud del éxito del Plan Real y el gobierno de FHC en este ámbito. En el cuadro 5 podemos observar que desde el principio de los años ochenta la inflación ya alcanzaba un ritmo de tres dígitos, llegando incluso para el año de 1993, mismo año que se implementa el Plan Real, a una tasa de 2,477%.

CUADRO 5. INFLACIÓN POR PERIODO PRESIDENCIAL EN BRASIL 1985-1992.
(porcentajes)

Presidente	Año	Inflación	Presidente	Año	Inflación
	1985	242.2	Itamar Augusto	1993	2,477.1
José Ribamar	1986	79.7	Franco Cautieiro	1994	916.5
Araújo da Costa	1987	363.4			
Sarney	1988	980.2		1995	22.4
	1989	1,972.9		1996	9.6
				1997	5.2
			Fernando	1998	1.7
			Henrique	1999	8.9
Fernando Collor	1990	1,621.0	Cardoso	2000	6.0
de Mello	1991	472.7		2001	7.7
	1992	1,119.1		2002	12.5

FUENTE: Elaboración propia con base en datos del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Sistema Nacional de Índices de Preços ao Consumidor (IBGE/SNIPC).

Aun cuando los indicadores macroeconómicos favoritos de los economistas neoliberales mostraban que el comportamiento de la economía brasileña era aceptable¹⁸, apenas habían pasado menos de 5 años desde la implementación del Plan Real, cuando la crisis de 1998-1999 agravó el problema del bajo crecimiento, y aunque en los años siguientes se logró una leve recuperación, los problemas esenciales que hemos descrito en el capítulo 1 (falta de crecimiento económico dinámico, concentración del ingreso y pobreza) siguieron vigentes.

Aun así, el extenso apoyo popular que obtuvo Lula en su elección, no puede remitirse a los años recientes de 1990, sino a decir de Emir Sader viene de mucho atrás.

“La elección de Lula es resultado, en primer lugar, de la fuerza acumulada a lo largo de la resistencia a la dictadura y, en segundo lugar, de la oposición al neoliberalismo en la etapa de redemocratización, en la década de 1990.” (Sader, 2009: 79)

Las condiciones para una alianza populista estaban dadas: reciente crisis, incapacidad de generar crecimiento económico dinámico y extensa pobreza. Pero además, en Brasil existían diversas organizaciones de lucha social que impulsaron la

¹⁸ A pesar del gran éxito en el combate a la inflación, el crecimiento promedio del PIB real durante el periodo de Fernando Henrique Cardoso fue de apenas 2.3%, el número vigésimo sexto más pobre de los últimos 29 presidentes en Brasil antes de Dilma Rousseff, según Reinaldo Gonçalves (2010).

figura de Lula al mismo tiempo que éste con el paso de los años moderaba su discurso. La figura de Lula y su partido, el Partido de los Trabajadores (PT), venían ya cambiando el discurso después de 3 intentos como candidato a la presidencia de Brasil, con el cual siempre se les había asociado negativamente. De esta manera ganó también simpatía entre algunos sectores de la burguesía nacional e incluso cierta aceptación entre la misma oligarquía beneficiada por las políticas neoliberales.

“[...] el PT incorporó el consenso construido por el gobierno de Fernando Henrique Cardoso en torno a la necesidad de priorizar el combate contra la inflación. Ésta aparecía como riesgo y la imagen de Lula siempre estuvo vinculada a situaciones arriesgadas, a desafíos que generaban incertidumbre en amplios sectores de las clases medias. La preocupación por la inflación, como consecuencia de la instauración de la hegemonía neoliberal, sería uno de los pilares de la transformación ideológica del PT.” (Sader, 2009: 89)

Puede pensarse que para las elecciones de 2002, Brasil se encontraba en condiciones óptimas para que un personaje como Lula, asociado a la tradición de izquierda, pudiera ganar las elecciones e implementar un programa de gobierno diferente al neoliberal con apoyo popular. Lo dicho por Emir Sader reafirma esto que señalamos; por una parte, en Lula convergieron las luchas tradicionales ante la dictadura y la lucha contra el neoliberalismo de los años noventa. Y sin embargo, desde nuestro punto de vista, para el caso de Brasil, lo antes descrito no habría alcanzado para que Lula ganara la elección sin antes haber tranquilizado a la clase media y la oligarquía garantizando cierta continuidad con el gobierno de FHC. La asociación de la figura de Lula a la inestabilidad y la inflación fue resuelto con ese llamado del PT a cierta continuidad en cuanto al combate a la inflación que fue ratificado por Lula en su *Carta ao povo brasileiro* unos meses antes de las elecciones presidenciales de 2002, donde además, señaló que el crecimiento económico basado tanto en las exportaciones como en el mercado interno eran prioridad.

Lula es un caso de populismo en el sentido de que es la expresión de un partido como el PT, nacido a partir de organizaciones y masas obreras, mayormente sin fines de trascender al capitalismo, capaz de generar un programa de gobierno en el que, de fondo, el desarrollo capitalista nacional es su principal fin y, derivado de ello, la corrección de ciertas injusticias sociales propias de la profunda desigualdad social

históricamente arraigada en Brasil. En la elección de Lula como presidente se combinan esas luchas que menciona Sader, las condiciones que hemos planteado, el agotamiento de los partidos políticos tradicionales y la figura de Lula en sí misma, capaz de condensar tanto las demandas históricas de la clase trabajadora como asegurar a la burguesía que no habría modificaciones sustanciales que pudieran poner en riesgo la estabilidad económica y las estructuras de poder al interior de Brasil.

Ciertamente en la elección de Lula se expresa un descontento generalizado en torno a la economía y los partidos tradicionales en Brasil, pero la ausencia o debilidad de movimientos políticos organizados e independientes más allá del PT y de alcance nacional fue uno de los factores de mayor debilidad del gobierno de Lula frente a la oligarquía brasileña. El hecho de que Lula haya contado con el 61.2% de los votos en la segunda vuelta de la elección presidencial de 2003, no necesariamente representó una adhesión política activa al proyecto del Lula y el PT, sino un simple voto de confianza a la espera de que los problemas de Brasil pudieran resolverse con otra figura y otro partido político en el poder.

Y es precisamente la pasividad de la mayoría de la población brasileña, incapaz de articularse mediante movimientos sociales de alcance nacional fuera de los partidos políticos, lo que, combinado con el pragmatismo electoral de Lula y el PT, hizo que el nuevo gobierno naciera con una profunda debilidad ante el poder oligárquico. Ciertamente no podemos ignorar la existencia de organizaciones de lucha importantes como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), entre otros movimientos, como los que se opusieron recientemente a la realización del mundial de fútbol en 2014, pero su carácter tiene apenas impulso regional o temporal, y desafortunadamente no han logrado conectar con la población en general, sino que siguen siendo movimientos políticos de lucha focalizados en objetivos propios;¹⁹ tal y como sucede con el EZLN en México, una organización indígena de

¹⁹ En mi estancia de investigación por Brasil en los meses de agosto-octubre de 2013 la opinión de estudiantes y gente en general era que las recientes protestas contra la Copa del Mundo les habían tomado por sorpresa, pues consideraban que en su país las protestas sociales era algo tradicionalmente inexistente. Sin embargo, pasados los primeros días de las protestas, éstas se fueron debilitando al grado de ser cada

lucha fuerte y numerosa, ubicada en el estado de Chiapas, pero desconectada de la agenda de lucha nacional.

Lo específico de la candidatura de Lula es sin duda la representación explícita de la clase trabajadora, así como su programa de gobierno que pretendía reactivar la economía brasileña en su forma específicamente capitalista, siendo éste el pacto que sella la alianza implícita entre las clases que conforman el populismo y, sin embargo, paradójicamente, este pacto posiblemente no habría sido efectivo sin cierto consentimiento de la oligarquía. No queremos con esto afirmar que la elección de Lula se haya dado con la plena aceptación de la oligarquía, sino que la ausencia de una reacción violenta en contra de Lula se debió, sobre todo, a la debilidad del pacto ante el poder oligárquico que obligó a Lula a garantizar previamente mantener el *status quo* en la estructura socioeconómica de Brasil.

El pacto populista representado en el gobierno de Lula se ha caracterizado, sobre todo, por la vanguardia del sector burgués en el pacto, la debilidad de la clase trabajadora para luchar por sus reivindicaciones de clase, así como la fortaleza de la oligarquía a la que debe enfrentar dicho pacto. En estas condiciones, es previsible que el pacto populista tendrá poca fuerza y muy posiblemente terminará con la victoria del sector burgués en el pacto o con el de la oligarquía, mientras la clase trabajadora logrará algunas conquistas temporales sin trastocar sustancialmente la estructura socioeconómica del país. Salvo que una nueva correlación de fuerzas se presente en Brasil, este parece ser el panorama.

El gobierno de Lula ejerció el poder desde el principio subordinado tanto a los intereses de la burguesía del pacto como por el acoso de la oligarquía. Observemos que la primera preocupación fue mantener la inflación baja, pues aun cuando en el gobierno de FHC se mantuvo estable, para el año 2002 ya se encontraba a la alza como se muestra en el Cuadro 6.

vez menos numerosas. La debilidad del apoyo a las protestas fue sustituida por la creciente violencia de los manifestantes militantes, aumentando así la represión policial y ahuyentando las muestras de apoyo popular de la población en general.

CUADRO 6. INFLACIÓN FHC Y LULA 1999-2006.
(porcentajes)

Presidente	Año	Inflación
Fernando Henrique Cardoso	1999	8.9
	2000	6.0
	2001	7.7
	2002	12.5
Luiz Inacio Lula da Silva	2003	9.3
	2004	7.6
	2005	5.7
	2006	3.1

FUENTE: Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Sistema Nacional de Índices de Preços ao Consumidor (IBGE/SNIPC).

Para lograr el objetivo de una inflación baja se utilizaron los mecanismos ortodoxos característicos del neoliberalismo: superávit fiscal y política monetaria restrictiva, al mismo tiempo que se elevó la tasa de interés que pagaba el Banco Central. También existía el riesgo de una moratoria de pagos pues la deuda total del sector público como porcentaje del PIB había aumentado en los últimos años de FHC pasando de 28% en 1995 a 52% en el año 2003, primer año del gobierno de Lula como se muestra en el Cuadro 7.

CUADRO 7. DEUDA TOTAL DEL SECTOR PÚBLICO 1995-2003.
(% del PIB)

Año	Deuda total
1995	28.0
1996	30.7
1997	31.8
1998	38.9
1999	44.5
2000	45.5
2001	48.4
2002	50.5
2003	52.4

Fuente: Banco Central do Brasil, Boletim, Seção Finanças Públicas (BCB Boletim/F. Públ.) - BM_DTSPY

Para el último año de gobierno de FHC el presupuesto estaba prácticamente comprometido con el pago de intereses y el país en riesgo de moratoria de pagos. Esto obligó al gobierno de FHC y posteriormente al de Lula a garantizar la continuidad de políticas monetarias ortodoxas y firmar un acuerdo con el FMI en 2002, tal y como lo señala Marcelo Dias Carcanholo:

“la economía política del gobierno de Lula se podía anticipar desde la campaña electoral. A mediados de 2002, durante la campaña presidencial, la candidatura de Lula lanzó la Carta al pueblo brasileño en la cual se comprometió a mantener todos los contratos establecidos en la economía, señalando que mantendría la política económica en los mismos moldes. En agosto de 2002, el todavía gobierno de Fernando Henrique Cardoso firmó un acuerdo con el FMI dando garantías de mantener la política económica. Ese acuerdo tuvo una revisión en marzo de 2003, ya en el gobierno de Lula, manteniendo las garantías. La señal dada por la Carta al pueblo brasileño no podía ser más clara: el gobierno de Lula acató y acordó, y todo lo que está implícito en ello, como el mantenimiento de las metas inflacionarias, la política de megasuperávit fiscal primario para pagar el creciente servicio de la deuda pública, el mantenimiento del grado y profundidad de las reformas neoliberales realizadas hasta entonces, así como la implementación de nuevas reformas todavía inconclusas, como la de las jubilaciones, la laboral y la sindical.”²⁰ (Dias, Carcanholo, 2010: 113)

Consideramos que Lula tuvo que realizar todas estas medidas en función de la desproporción del poder oligárquico, sobre todo del sector financiero, que tenía a su merced las finanzas públicas; bastaba con un corto periodo de especulación para terminar con la presidencia de Lula en el primer cuatrienio, incluso antes. Aun cuando Lula fuera un líder sindical que encabezaba la lucha electoral del Partido de los Trabajadores –con sus matices–, poco podía hacerse en la presidencia sin la participación activa de movimientos sociales de alcance nacional que presionaran por la transformación estructural socioeconómica de Brasil. De ahí la insistencia de Lula de “gobernar para todos”, una clara señal de neutralidad frente a la oligarquía, pero señalando que “hay que gobernar como una madre, porque una madre siempre se ocupa del más débil. Los ricos no necesitan al Estado”²¹, señal que abandonando el

²⁰ Traducción propia del portugués.

²¹ En una larga entrevista realizada por Daniel Filmus en 2009, Lula recuerda la influencia de su madre en su vida personal y política. Véase la serie de entrevistas “Presidentes de Latinoamérica”: <http://www.encuentro.gov.ar>

discurso de clase, se refiere a la clase trabajadora como los más necesitados, los pobres.

3.1.1. La macroeconomía del gobierno de Lula.

Pasemos ahora a hacer una breve revisión de algunos de los resultados económicos y sociales del gobierno de Lula que confirmen su carácter populista dirigido por el sector burgués del pacto. No es nuestra intención hacer una revisión detallada, sino una muestra general del panorama socioeconómico de Brasil con Lula en la presidencia.

A pesar de todas las adversidades macroeconómicas como la amenazante inflación, la deuda del sector público y la parálisis reciente de la economía, así como la obligación de mantener un megasuperávit fiscal impuesto por el FMI para pagar las obligaciones de la deuda pública, el gobierno de Lula logró reactivar la economía como se muestra en el Cuadro 8.

CUADRO 8. TASA DE CRECIMIENTO ANUAL DEL PIB 1999-2010.
(porcentajes)

Presidente	Año	Tasa de crecimiento
Fernando Henrique Cardoso	1999	0.25
	2000	4.31
	2001	1.31
	2002	2.66
	2003	1.15
Luiz Inacio Lula da Silva	2004	5.71
	2005	3.16
	2006	3.96
	2007	6.09
	2008	5.17
	2009	-0.33
	2010	7.53

FUENTE: Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Sistema de Contas Nacionais (IBGE/SCN).

Durante los dos periodos presidenciales de Lula, la tasa de crecimiento del PIB alcanzó un promedio anual de 4%, que si bien no es una tasa sorprendente, superó fácilmente la de FHC que apenas alcanzó un promedio de 2.3% anual. En el caso de la inflación hemos visto que se mantuvo relativamente baja, alcanzando un promedio

en los dos periodos presidenciales por debajo de 6%, mientras la deuda pública como porcentaje del PIB se fue reduciendo de manera gradual gracias a la disciplina fiscal y al pago religioso de las obligaciones con sus acreedores, como se muestra en el Cuadro 9. Pero aun cuando la deuda total como porcentaje del PIB se redujo de manera sustancial, ésta seguía siendo relativamente alta, comprometiendo buena parte del presupuesto público en todo el periodo de Lula.

CUADRO 9. DEUDA TOTAL DEL SECTOR PÚBLICO CON LULA 2003-2008.
(% del PIB)

Año	Deuda total
2003	52.4
2004	47.0
2005	46.5
2006	44.0
2007	41.0
2008	34.6

Fuente: Banco Central do Brasil, Boletim, Seção Finanças Públicas (BCB Boletim/F. Públ.).

Gracias a la mejora en el dinamismo económico, las inversiones también fueron fluyendo. El Cuadro 10 muestra que la Formación Bruta de Capital Fijo como porcentaje del PIB que venía disminuyendo en los años anteriores se elevó de 15.3% al inicio del periodo de Lula hasta 19.5% en su último año. Este tipo de inversiones refleja una mayor confianza de las empresas en su conjunto al ampliar la base de capital necesaria para su reproducción, por lo que se entiende que las empresas están encontrando mejores condiciones que las que tenían antes.

CUADRO 10. FORMACIÓN BRUTA DE CAPITAL FIJO 2003-2010.
(% del PIB)

Año	Formación Bruta de Capital Fijo
2003	15.3%
2004	16.1%
2005	15.9%
2006	16.4%
2007	17.4%
2008	19.1%
2009	18.1%
2010	19.5%

FUENTE: Elaboración propia con datos del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística, Sistema de Contas Nacionais.

El relativo buen desempeño de la economía no se debió únicamente al ingenio del gobierno de Lula, sino también a condiciones internacionales favorables que permitió a la economía brasileña contar con una mayor disponibilidad de dólares y aumentar la recaudación fiscal para cumplir con sus obligaciones financieras y aumentar la inversión y el gasto social. Observemos por ejemplo en el Cuadro 11 la mejora sustancial de los términos de intercambio que sin duda favoreció la gestión en el periodo, tal y como lo muestra el Saldo de la Balanza Comercial que fue aumentando positivamente hasta llegar casi al doble entre los años 2003 y 2006, tendencia que se revirtió a partir de que se acercó la crisis internacional de 2008-2009 aun cuando los términos de intercambio siguieron mejorando con excepción del año 2009.

CUADRO 11. TÉRMINOS DE INTERCAMBIO Y BALANZA COMERCIAL EN EL PERIODO DE LULA 2003-2010.

Año	Términos de Intercambio (2006 = 100)	Balanza Comercial (millones de dólares)
2003	93.4	24,878
2004	94.2	33,842
2005	95.0	44,929
2006	100.0	46,465
2007	102.1	40,028
2008	105.9	24,958
2009	103.2	25,272
2010	119.7	20,155

Fuente: Fundação Centro de Estudos do Comércio Exterior (Funcex)

Ya con los datos anteriores podemos afirmar que durante el periodo de gobierno de Lula y el PT, la economía brasileña mejoró en relación al periodo estrictamente neoliberal anterior. Las condiciones de reproducción del capital en su conjunto se dinamizaron y esto no significó un enfrentamiento directo entre los sectores en los que hemos separado a la burguesía para nuestro análisis del populismo. De hecho, el mismo Lula señaló en diversas ocasiones que nunca antes los bancos habían ganado tanto como en su gobierno, y esto no se debió al apoyo directo del gobierno sino a la mejora en las condiciones de la economía brasileña que les permitió ampliar el crédito. Es decir, el gobierno de Lula no se enfrentó a la oligarquía, sino que mejoró

las condiciones de reproducción del capital en general y, por tanto, las más grandes empresas que siempre están en mejores condiciones aprovecharon la situación para intensificar su acumulación.

La ausencia de un enfrentamiento directo de un gobierno emanado de organizaciones obreras se debió, como hemos señalado, en primer lugar, a la debilidad del gobierno frente a la oligarquía nacional, sobre todo reflejado en la debilidad macroeconómica amenazada por el riesgo de la inflación y la abultada deuda pública como porcentaje del PIB y, en segundo, a la ausencia de movimientos obreros de carácter nacional fuera de los partidos políticos que pudieran presionar al gobierno de manera autónoma, o bien, apoyarlo frente a eventuales embestidas de la oligarquía.

Con lo señalado hasta ahora podría pensarse que los efectos sobre la clase obrera tendrían que ser mínimos y sin embargo, sería poco serio negar los avances en esta materia. De hecho, afirmamos que los avances en materia social no sólo se debieron a la mejora en el dinamismo de la economía que permitió ampliar los recursos drenados sobre esta clase, sino que en buena parte las mejoras en las condiciones de vida de la clase obrera se debieron a la voluntad política del gobierno en el poder. Y es precisamente este carácter lo que nos ayuda a afirmar que el gobierno de Lula y el PT son un gobierno populista, en el sentido de que la preocupación por la clase obrera es un tema central, la clase obrera está representada de manera acotada pero efectiva en el gobierno y los avances sociales no son sólo producto del crecimiento económico o concesiones para neutralizar las demandas obreras, típicas de las socialdemocracias dirigidas por las burguesías nacionalistas, sino avances producto de la cuota de participación de los trabajadores en el gobierno; pero como hemos visto, las acciones efectivas se han visto limitadas por la debilidad económica del gobierno frente a la oligarquía.

Pasemos ahora a revisar algunos aspectos sociales en los cuales se tuvieron avances considerables y que nos puedan ayudar a confirmar el carácter populista del gobierno de Lula.

3.1.2. La política social del gobierno de Lula

Una de las características con las que se suele identificar a los populismos es con base en sus programas sociales, pero como hemos visto, se trata de una forma superficial que no permite identificar la especificidad del populismo. Sin embargo, todos los populismos tienden por su carácter interclase a impulsar programas sociales más amplios de lo que los gobiernos específicamente de derecha suelen hacer. Recordemos que la profundidad de las transformaciones en la correlación de fuerzas entre las clases durante el gobierno populista depende, como hemos dicho, del grado de organización y lucha de la clase obrera pero también de la fuerza y resistencia de la oligarquía e incluso de la disposición del sector burgués aliado a los trabajadores, de esas mismas condiciones depende la fuerza de las políticas sociales.

Aun cuando el líder populista tenga disposición para realizar transformaciones profundas, está atado fatalmente a la correlación de fuerzas entre las clases, es decir, el papel del gobierno y líder populista es la expresión de la correlación de fuerzas entre las clases, y su alcance depende en primer lugar de esta correlación de fuerzas y, en segundo lugar, de la posición política del líder populista para realizar transformaciones en las condiciones dadas de lucha entre las clases. Es precisamente en esta clave en que deben entenderse los avances sociales durante el gobierno de Lula.

3.1.2.1. La distribución del ingreso con Lula

En primer lugar, para abordar los efectos sobre la clase trabajadora del gobierno de Lula podemos analizar la evolución de la distribución de la riqueza en esos años. Como sabemos, históricamente la distribución de la riqueza en América Latina es la más desigual del mundo, siendo además la de Brasil, una de las más desiguales de la región. Entre más desigual es un país, más amplia tiende a ser la pobreza y más difícil revertirla. También, por definición, entre más desigual es un país, mayor es la explotación del capital sobre el trabajo, pues precisamente lo que refleja la

desigualdad del ingreso es la forma en que se distribuye la riqueza producida en un país.

En el capítulo 1 pudimos observar que para finales de la década de los noventa, el índice de gini en los países de la OCDE había alcanzando los 31 puntos –en la escala del 1 a 100- mientras América Latina se encontraba muy por encima con un promedio de 52 puntos. Brasil por su parte, para el año 2002 alcanzó 59 puntos, colocándose por encima del promedio latinoamericano y confirmando ser uno de los países más desiguales del mundo.

Durante el gobierno de Lula la situación no mejoró sustancialmente, sino que prácticamente se mantuvo igual como se observa en el Cuadro 12. Si bien en términos nominales la distribución de la riqueza fue mejorando, en realidad en todo el periodo Brasil continuó siendo un país con una distribución peor que la del promedio latinoamericano y de las más desiguales del mundo. Es decir, el mayor dinamismo en el crecimiento del PIB vio frenado los efectos positivos en la clase trabajadora, sobre todo la más pobre, en la medida en que la distribución del ingreso siguió siendo muy desigual.

CUADRO 12. ÍNDICE DE GINI EN EL GOBIERNO DE LULA 2003-2009.
(Escala 0-100)

Año	Gini
2003	57.6
2004	56.6
2005	56.4
2006	55.9
2007	54.8
2008	54.2
2009	53.7

Fuente: Socio-Economic Database for Latin America and the Caribbean (SEDLAC)

Si calculáramos una relación lineal de 4 puntos en la disminución del índice de gini por cada periodo de 8 años, Brasil tardaría 48 años en empatar el promedio del

índice de gini de la OCDE. Por supuesto, una relación lineal es imposible con la actual política del gobierno del PT, pues para altos grados de concentración del ingreso es más fácil disminuir el índice tan sólo aumentando un poco el salario mínimo, pero conforme va disminuyendo el índice de gini, va siendo cada vez más difícil continuar la tendencia si no se complementa con otras medidas como impuestos a las grandes riquezas. Para lograr esto último, la correlación de fuerzas frente a la oligarquía tiene que ser mucho más favorable para los trabajadores y el gobierno de lo que es actualmente en Brasil.

La debilidad del gobierno que hemos señalado frente a la oligarquía es notoria en el sentido de que las cuestiones económicas estructurales prácticamente no se modificaron, o bien, no siguen una tendencia clara hacia una mejora sustancial en la correlación de fuerzas para la clase trabajadora. Sabemos que el índice de gini no muestra directamente los efectos sociales de la política integral de un gobierno como veremos en seguida, pero sí nos da un panorama de la forma en la que se distribuye la riqueza a través del ingreso directo, es decir, la forma en la que se distribuye la riqueza producida por la explotación capitalista.

3.1.2.2. Evolución de la pobreza en el periodo de Lula

La evolución de la pobreza durante el periodo de Lula en Brasil fue uno de los aspectos más destacados de su gobierno, sobre todo, en un país con una amplia e histórica pobreza que pareciera fatalmente permanente. Durante el gobierno de Lula se implementaron diversos programas sociales que en muchos casos fueron redefinición o unificación de programas ya existentes, como Bolsa Familia (*Bolsa-Escola*, *Bolsa-Alimentação*, *Vale-Gás* e *Cartão-Alimentação*) y se implementaron otros programas como Fome Zero que terminó por aglutinar tanto a los nuevos programas como los ya existentes, que entraron en la misma dinámica de paliativos contra la pobreza, típicos del neoliberalismo, y que no la resuelven estructuralmente. No pretendemos discutir los programas sociales, más bien lo que nos interesa es señalar que aun con las reducciones en los indicadores de pobreza, por las características de los programas sociales implementados, no ha habido una

reducción estructural de la pobreza, sino que ha sido efecto en primer lugar, de aumentos en los salarios reales más bajos y en segundo, de tales programas paliativos.

En el capítulo 1 vimos que la pobreza en Brasil durante los años noventa se había reducido del 48 al 38.7%, cifra engañosa si sólo se le observa en términos relativos, pues en términos absolutos se pasó de 71.9 a 70.6 millones de pobres, es decir, el número de pobres en ese país siguió siendo prácticamente el mismo durante la década inmediatamente anterior al gobierno del Lula.

Durante el gobierno del PT encabezado por Lula, la pobreza en Brasil, según datos de la CEPAL, pasó de 38.7% en el año 2003 a 20.9% en el año 2011 –ya con Dilma Rousseff– lo que significó una reducción sustancial de la pobreza tanto en términos relativos como absolutos, pues mientras en el año 2003 había 70.6 millones de pobres, para el año 2011 la pobreza alcanzaba a 41.1 millones de brasileños como se muestra en el Cuadro 13.

CUADRO 13. POBREZA E INDIGENCIA EN BRASIL
2003-2011.

(millones de personas)

Año	Pobreza	Indigencia
2003	70.6	25.4
2005	67.6	19.7
2006	62.7	16.9
2008	49.5	14.0
2009	48.3	13.6
2011	41.1	12.0

FUENTE: Elaboración propia con datos de Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe, CEPAL varios años.

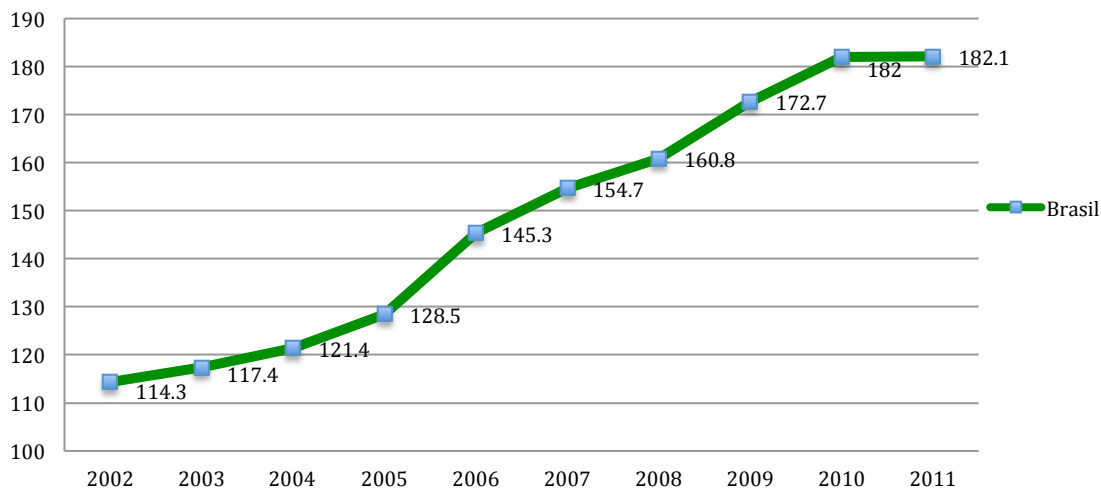
La misma situación se refleja si hablamos de indigencia, pues si bien en la década anterior al periodo de Lula la indigencia pasó de 35 a 25.4 millones de personas entre los años 1990-2003, con Lula y Dilma se redujo todavía más hasta llegar a 12 millones de indigentes en el año 2011.

Como puede observarse, el gobierno de Lula tuvo mayor eficiencia reduciendo la pobreza e indigencia que los gobiernos neoliberales anteriores, y aunque es necesario discutir los criterios sobre los cuales se establece quién es pobre y quién no, lo que nos interesa destacar aquí es que bajo los mismos criterios de evaluación de la pobreza, el gobierno de Lula fue mucho más capaz de atender a ese sector siempre marginado, más por una cuestión política que por una cuestión inmediatamente economicista. Es decir, aun cuando con Lula se continuó con las mismas políticas sociales de atención focalizada, típicas del neoliberalismo, fue una cuestión de voluntad atender a un mayor número de la población pobre para que pudieran salir de cierto nivel de ingresos que estadísticamente los ubica como pobres o indigentes. Esa cuestión de voluntad no es simplemente una pretensión electoral, sino que la figura de Lula y el PT en el poder, un obrero y el partido político que se conformó a partir de organizaciones obreras, tenía ese compromiso directo con los trabajadores y la gente más pobre. Es precisamente por esta cuestión que aun tratándose de un gobierno que garantizó la reproducción del capital, no eludió la responsabilidad política directa que tenía con la clase trabajadora y la población más pobre. Este es su carácter populista, la responsabilidad directa tanto con un sector de la burguesía como con la clase trabajadora. El grado de responsabilidad hacia uno u otro sector asumido por Lula, dependió como hemos dicho, de la correlación de fuerzas existente entre la clase trabajadora y la burguesía, así como de la resistencia de la oligarquía.

Veamos los mecanismos que permitieron al gobierno de Lula reducir tan significativamente la pobreza.

Podemos observar que la tendencia del salario mínimo real pasó de un índice 117 en el año 2003 a 182 para el año 2010, siendo el índice 100 el año 2000 como se muestra en el Gráfico 4.

GRÁFICO 4. SALARIO MÍNIMO REAL EN BRASIL 2002-2011.
(Índice 2000 = 100)



Fuente: OIT, Panorama Laboral de América Latina y el Caribe, 2012.

La tendencia creciente del salario mínimo real fue uno de los factores más importantes que permitió reducir los índices de pobreza e indigencia durante el periodo de Lula; pero al mismo tiempo tuvo un efecto limitado, pues según datos de la OIT el 42.1% de los trabajadores se encontraba en el sector informal en el año 2009, donde no aplica el salario mínimo establecido por la ley. No profundizaremos más en este tema para evitar salirnos de nuestro objetivo en este trabajo, pero vale decir que estos aumentos explicaron buena parte de la reducción de la pobreza medida por el ingreso. Al mismo tiempo, ese incremento real del salario mínimo puede interpretarse como una reducción en la tasa de explotación del capital, incluso más, una reducción en la tasa de sobre-explotación del trabajo en el marco de los mecanismos que utiliza el capital como causas contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia mencionada en el marco teórico de este trabajo.

Por último, hagamos referencia al programa *Bolsa Família* que fue el programa estrella de transferencias condicionadas del gobierno de Lula. Este programa en esencia establece un monto de transferencias en efectivo de acuerdo al ingreso per cápita de una familia y al número de hijos que se tiene. Según datos oficiales, en el año 2013 se estableció una renta mensual básica de R\$ 77 a las familias con ingreso

per cápita menor a los mismos R\$ 77, mientras que aquellos que alcanzaban una renta mensual per cápita entre los R\$ 77.01 y los R\$ 154 se les asignó una renta básica de R\$ 35. Todo lo anterior condicionado a ciertas acciones que tienen que llevar a cabo los beneficiados y al número y edad de los hijos, entre otras condiciones.²²

El mayor impacto estadístico de este programa se da sobre todo en el sector de la población considerada de extrema pobreza, pues al ser beneficiado con el programa Bolsa Familia se logra superar la línea de los R\$ 77 mensuales por cada miembro, ya que cuando no se tiene ingreso familiar alguno antes del beneficio, se otorga un extra con el objetivo de que se supere la línea de pobreza extrema.

Según datos oficiales del programa, Bolsa Familia ha atendido a 50 millones de brasileños desde el año 2003, por lo que la reducción de 13 millones de personas en extrema pobreza desde ese año se debe principalmente a las transferencias condicionadas de los gobiernos de Lula y Dilma. La reducción en el número de pobres convencionales se debe entonces a la combinación tanto de programas sociales como a los incrementos en los salarios reales, sobre todo los mínimos.

Por supuesto, es criticable la clasificación que se hace sobre la pobreza y la pobreza extrema, es posible que con una reclasificación muchos de aquéllos que no se encuentran en el rango de pobreza en realidad lo sean, pero lo que nos interesa es destacar la intencionalidad de atender directamente a estos sectores. Lo que sí podemos mencionar en este sentido, es el grado de atención de este problema, pues si vemos el presupuesto de Bolsa Familia respecto al PIB, podemos observar que la atención ha sido bastante menor de la que merece un problema de esta magnitud.

En el Cuadro 14 se muestra la evolución del presupuesto de Bolsa Familia respecto al PIB, donde se puede observar que mientras por una parte se intenta atender al mayor número de población en condiciones desfavorables, por la otra, el apoyo de acuerdo a la capacidad y necesidades de un país como Brasil, es bastante pobre.

²² Para más detalles del programa Bolsa Familia consúltese: <http://www.mds.gov.br/bolsafamilia>

CUADRO 14. PRESUPUESTO DEL PROGRAMA BOLSA FAMILIA 2003-2010.

Año	Millones de Reales	(% PIB)
2003	0.57	0.03
2004	3.79	0.20
2005	5.69	0.27
2006	7.52	0.32
2007	8.97	0.34
2008	10.61	0.35
2009	12.45	0.38
2010	14.37	0.38

Fuente: Ministério do Desenvolvimento Social e Combate à Fome

Bolsa Familia fue el programa social con más presupuesto de los que conformaron la estrategia Fome Zero del gobierno de Lula. Un presupuesto de apenas 0.38% del PIB en 2010 nos habla de la debilidad del gobierno para atacar con fuerza necesaria el problema de la pobreza, sobre todo cuando se destinan presupuestos mucho más amplios para pagos de servicios financieros y transferencias en general a las grandes empresas oligarcas. Pero insistimos en que esta debilidad se debe a una cuestión estructural: a la correlación de fuerzas entre la oligarquía y la alianza populista, más favorable para la primera. Por nuestra parte, no aceptamos la hipótesis de que Lula regateó el apoyo a la clase trabajadora y los sectores más pobres de la población, sino que con la intención de garantizar la permanencia en el poder, decidió no llevar las reivindicaciones populares más allá del punto en que pudiera incomodar seriamente a la oligarquía hasta que se presente un contexto más favorable. Por supuesto, ese contexto más favorable no dependerá del gobierno del PT en turno, sino de la capacidad de las organizaciones obreras para impulsar nuevas reivindicaciones sobre las cuales se pueda apoyar el gobierno.

Con lo mostrado hasta aquí, ratificamos nuestra posición en torno a que el gobierno del PT encabezado por Lula es un gobierno populista en el sentido de lo que hemos llamado populismo en este trabajo. Aquí ya podemos decir además, que el gobierno de Lula no es un gobierno menos populista que otros como lo plantearían

Krauze o Laclau, sino que es un gobierno efectivamente populista pero que de acuerdo a la correlación de fuerzas entre la alianza populista y la oligarquía, el margen de maniobra del gobierno ha sido muy limitado. Según los datos que hemos mostrado, al final del periodo de Lula, el gobierno ha logrado corregir algunos desequilibrios macroeconómicos que lo ataban de manos frente al poder de la oligarquía, pero aún está muy lejos de generar las condiciones macroeconómicas necesarias para modificar la correlación de fuerzas de manera sustancial. Sin embargo, aun cuando los factores macroeconómicos mejoren en favor del gobierno populista, la mayor parte de la fuerza del gobierno dependerá de la capacidad de los movimientos populares y obreros organizados en masa y a nivel nacional, que por una parte, presionen y por la otra, apoyen al gobierno para tomar medidas que trastocuen el poder de la oligarquía. Sin esto último, la alianza populista en Brasil estará condenada al fracaso en el corto plazo.

La pasada y complicada reelección de Dilma Rousseff mostró que desafortunadamente el pacto populista está cerca de romperse. El impulso inmediato que imprimió el gobierno de Lula en sus primeros años, así como las expectativas que generó, han terminado por desgastar las esperanzas de buena parte de la clase trabajadora –organizada y no organizada– en el largo plazo. Lo mismo con la burguesía nacional mediana y pequeña, que ante la normalización de sus actividades rápidamente olvidan su posición de subalternos ante la oligarquía y se identifican con ella con la falsa esperanza de pertenecer a esa élite. En este punto nosotros señalamos que el pacto populista no ha llegado al fin de su utilidad, sobre todo para los trabajadores, pues la oligarquía sigue siendo la misma y aun falta mucho terreno por ganar, sobre todo en términos de desigualdad. El gobierno de Dilma Rousseff es el mejor terreno posible hasta ahora para profundizar la organización de los trabajadores, generar procesos de transformación y democratización productiva, por supuesto la iniciativa no vendrá del gobierno, pero en caso de perderse el pacto, en caso de que volviera un gobierno funcional a la oligarquía, la oportunidad de ganarle terreno al capital y generar nuevos espacios de lucha se habrá perdido.

3.2. El caso de Venezuela. Del populismo al socialismo.

A finales de los años noventa Venezuela se encontraba en una clara tendencia a la decadencia tanto en los aspectos económicos como sociales, tal y como lo hemos mostrado en el capítulo 1 de este trabajo. La economía se mantuvo estancada durante los años noventa y la pobreza se había incrementado de 39% a 49%, habiendo alcanzado en el año de 1999 a casi 12 millones de venezolanos, de los cuales poco más de 5 millones se encontraban en pobreza extrema, siendo Venezuela un país con apenas 24 millones de habitantes.

Por eso no es casualidad que una figura como Hugo Chávez haya encontrado terreno fértil para lograr la presidencia de Venezuela, aun con la oposición de la oligarquía venezolana, los medios de comunicación masiva, los intereses de Estados Unidos en el petróleo y la hegemonía del pensamiento neoliberal en prácticamente todos los rincones de América Latina. Pero al igual que en el caso de Lula en Brasil, el asenso de Hugo Chávez al poder no se puede explicar únicamente por las condiciones económicas y sociales antes descritas, también la alianza interclase jugó un papel importante.

Podemos remitir la profundización del descontento social en Venezuela a la elección de Carlos Andrés Pérez como presidente a finales de 1988, quien anunció al iniciar su gobierno en 1989 un violento programa neoliberal, el cual generó días después las protestas que terminaron en el llamado “Caracazo” de febrero de 1989.²³ Este hecho, por lo violento de su desenlace aunado a los crecientes problemas económicos y sociales, tuvo su continuidad en 1992 con la insurgencia militar del MBR-200 dirigido por Hugo Chávez, el cual no tuvo éxito en su intento por destituir al entonces presidente Carlos Andrés Pérez. Este acontecimiento, incluso cuando no logró el objetivo principal de derrocar al gobierno y convocar a elecciones, catapultó la figura de Hugo Chávez entre la opinión popular.

²³ Las fuentes oficiales de entonces reportaron que en el llamado *Caracazo* murieron 276 personas y alrededor de 2,000 resultaron heridas. En esa ocasión los militares fueron utilizados para reprimir a la gente, lo que según Chávez aceleró el proceso de rebelión de 1992.

Hugo Chávez tuvo que pasar dos años en la cárcel hasta que recibió el indulto presidencial del entonces presidente Rafael Caldera, y a partir de entonces se dedicó a viajar por el país y organizar el movimiento social que concluyó en la creación del partido político Movimiento Quinta República (MVR), que en alianza con otros partidos de izquierda –de diversas expresiones– lo impulsaron en la campaña presidencial de 1998. En estas condiciones de pésimo desempeño económico y social, de agotamiento de los partidos políticos tradicionales y la creciente popularidad de la figura de Hugo Chávez; un sector de la disminuida clase media se unió electoralmente al grueso de la clase trabajadora empobrecida para llevar a Hugo Chávez a una contundente victoria en las elecciones de 1998.²⁴

3.2.1. Hugo Chávez populista.

En el caso de Venezuela es muy difícil identificar una pequeña y mediana burguesía nacional activa y de significativa fuerza política, en razón de que Venezuela nunca logró consolidar un periodo de industrialización sustitutiva de importaciones, salvo en industrias ligeras que poco pudieron competir con los productos importados. Esto parece paradójico debido a las grandes obras de infraestructura que se realizaron durante la dictadura de Marco Pérez Jiménez y los gobiernos que le siguieron, pero en realidad no lo es tanto pues tales inversiones estuvieron orientadas a la dinámica de vender petróleo para importar los bienes de consumo necesarios, así como al consumo suntuario y la promoción del automóvil entre los sectores acomodados.

Entonces la figura de Hugo Chávez en realidad estuvo impulsada por la gran masa trabajadora empobrecida, esperanzada en el militar del discurso y habla popular, el militar que se rebeló al poder oligárquico en 1992, el del “*por ahora*”²⁵; así

²⁴ Hugo Chávez ganó la elección presidencial de 1998 con el 56.2% de los votos, obteniendo una ventaja de poco más de 16 puntos sobre Henrique Salas Römer, su contrincante más cercano, quien obtuvo el 39.9% de los votos.

²⁵ En un breve discurso televisado en vivo, Chávez hizo un llamado a sus compañeros que todavía se encontraban alzados a deponer las armas, argumentando la imposibilidad de cumplir los objetivos que se habían planteado. En este llamado pronunció el famoso “por ahora”, que en el proceso electoral de 1998 se entendió como la continuación de esa lucha de 1992.

como de una clase media en la que se combinaron pequeños empresarios comerciantes, estudiantes, profesionistas, etc., que actuaron como sector social desfavorecido en los últimos años, más no en razón directa de intereses de clase. Actuaron motivados por el interés de acabar con la hegemonía política del Pacto de Punto Fijo y de cambiar las reglas del juego que sólo favorecían a un sector compacto de empresarios y políticos corruptos, oportunidad ofrecida por Hugo Chávez al proponer una Asamblea Constituyente para cambiar la Constitución. Así mismo, el ejercicio político que significó la promulgación de la nueva Constitución, en la que se convocó a ser parte del proceso a las mayorías siempre excluidas económica, social y políticamente, a quienes les dio nuevas perspectivas de participación y protagonismo político. A ese sector de la población que Eduardo Galeano llamó *Los Nadies* en un famoso poema. Este sector sería clave para que Chávez resistiera a los embates de la burguesía oligarca, sobre todo en los primeros años de mayor debilidad del gobierno.

Si bien el ascenso de Hugo Chávez al poder está marcado en buena medida por el descontento social provocado por el pésimo desempeño económico de las últimas décadas y el agotamiento de los partidos políticos tradicionales, también lo está por la esperanza de que un reciente líder como Hugo Chávez –quién había sido el único capaz de desafiar al poder político y asumir la responsabilidad de sus actos– pudiera cambiar el rumbo del país. Pero dadas las condiciones en las que llegaría Chávez al poder, se sabía perfectamente que ninguna transformación profunda podría llevarse a cabo bajo las leyes constitucionales entonces vigentes y con el poder político cooptado en muchos espacios institucionales por los políticos del Pacto de Punto Fijo. Por eso, era necesario cambiar las reglas del juego, es precisamente esa la razón por la que una de las primeras acciones de Chávez fue convocar a una Asamblea Constituyente para cambiar la Constitución. Pero como bien se sabe, en la Constitución de 1999 se sigue garantizando la reproducción del capital, cambió muchas de las reglas de participación política, pero en ningún caso amenazó a la burguesía como clase. Lo que hizo la nueva constitución fue establecer las bases para un nuevo equilibrio político entre la burguesía, los trabajadores y el Estado.

Pero aun con la nueva constitución, el equilibrio económico siguió siendo de la oligarquía que desde el principio estuvo opuesta a cualquier pérdida de poder económico y político. Es por eso que en diciembre de 2001, habilitado por la Asamblea Nacional, Chávez dictó 49 leyes que afectaron directamente a la oligarquía y fortalecieron al gobierno.²⁶ Este hecho marcó el principio del enfrentamiento directo entre el gobierno de Chávez y la oligarquía, así como el principio del fin del pacto populista con el que había llegado al poder.

Si consideramos que Chávez llegó a la presidencia con el voto popular de la masa trabajadora –ciertamente desorganizada–, algunos sectores de la clase media que venían siendo marginados, entre los que se combinan pequeños empresarios, profesionistas, estudiantes, etc.; sumado a la propuesta de Chávez de cambiar las reglas del poder económico y político a través de una nueva Constitución –claramente burguesa pero antioligarca–, tenemos entonces las características básicas estructurales de una alianza interclase, que con las debilidades que abordaremos en seguida, caracterizan a lo que hemos llamado populismo en nuestra propuesta metodológica.

Habiendo dejado en claro que consideramos los primeros años del gobierno de Chávez como populismo en el sentido que hemos planteado en este trabajo, pasemos ahora a caracterizar algunos de sus aspectos.

Si bien la candidatura de Chávez fue apoyada por una extensa masa de la población, sobre todo de los más marginados, tuvo la debilidad de que ese apoyo no emanaba de luchas históricas ni organizaciones obreras y civiles con experiencia, sino de una masa que en virtud de la oportunidad que ofrecía la figura de Chávez, decidió tanto votar a favor de él como en contra del bipartidismo político de las últimas décadas. Desde el primer día del gobierno de Chávez, la principal debilidad fue la ausencia de movimientos sociales organizados que apoyaran las tareas de transformación nacional, más allá de los aspectos políticos y constitucionales. A decir de Harnecker,

²⁶ Entre las leyes más importantes dictadas en esa ocasión se encuentran la Ley de Tierras, la Ley de Pesca, la Ley de Hidrocarburos, la Ley de Microcréditos y la Ley de Cooperativas.

“El talón de Aquiles del proceso venezolano es que no cuenta con instrumentos políticos adecuados a las trascendentales tareas que se propone realizar. No existe una organización política que sepa comprender las necesidades del momento y que sea un espacio para que las personas que se identifiquen con el procesos puedan discutir para dónde éste debe ir y qué pasos ir dando.” (Harnecker, 2005: 28)

Chávez contó desde el principio con la esperanza de un pueblo que le dio la confianza en masa, es decir, sin organización, al cual correspondió de inmediato llamando a la participación de todos para elaborar la nueva Constitución y convocar a nuevas elecciones. Esto reforzó el apoyo en el presidente y su gobierno, más no generó organización social. Incluso, ante la débil organización del Estado venezolano obligó al gobierno a utilizar la única institución organizada a nivel nacional: el ejército. Según Marta Harnecker,

“Estas enormes limitaciones de las estructuras dentro de las que Chávez debe llevar adelante el proceso, así como la urgente necesidad de satisfacer las expectativas de la gente, hizo que éste tuviese que recurrir a las fuerzas armadas, único aparato presente en el territorio nacional con una estructura central además de la Iglesia. El gobierno central no existe como tal debido al proceso de descentralización que hubo en Venezuela: la salud y la educación están descentralizadas; cada estado es un pequeño feudo que funciona sin coherencia. [...] La ejecución del Plan Bolívar 2000 –consistente en un plan de mantenimiento de las ciudades, de limpieza de calles, escuelas, etcétera, para generar ocupación y organización de la gente–, que debía ser llevado a cabo por los ministerios, terminó siendo entregada a las fuerzas armadas, porque los ministerios no reaccionaron a tiempo.” (Harnecker, 2005 :23-24)

Entonces, el gobierno de Chávez debió sostenerse en los primeros años con el apoyo popular desorganizado, pero efectivo, y teniendo que transformar sobre la marcha la estructura del Estado que se había configurado para servir a los intereses de un pequeño sector de la burguesía y un aparato burocrático tanto central como regional que funcionaba como feudos. Es en estas circunstancias, que el gobierno nacido de una alianza populista debió enfrentar a la oligarquía.

El primer enfrentamiento directo –más allá de simples acusaciones– entre la oligarquía y el gobierno se dio el 10 de diciembre de 2001, cuando a través de la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela

(Fedecámaras) junto a la Central de Trabajadores de Venezuela (CTV) –ligada a Acción Democrática (AD)– y los partidos tradicionales, realizaron un paro patronal de 24 horas en protesta a las 49 leyes que serían dictadas por Chávez al día siguiente. Este fue el ensayo de la oligarquía que desembocaría en el golpe de Estado de abril del 2002.

Como la oligarquía dio cuenta que el proceso iniciado por Chávez en verdad estaba transformando el orden económico y social de Venezuela, así como generando una nueva correlación de fuerzas entre el Estado y la oligarquía, no les quedó más remedio que intentar despojar a Chávez del poder por la fuerza. Así, el 11 de abril de 2002 los diferentes grupos que representaban el anterior orden económico decidieron dar un golpe de Estado en medio de las confusiones generadas por un enfrentamiento entre simpatizantes de la oposición y el chavismo, enfrentamiento que por cierto, era parte del plan para dar el golpe. No es necesario pormenorizar los hechos, tan sólo basta mencionar que entre quienes orquestaron el golpe se encontraban Fedecámaras, la Federación Médica Venezolana (FMV), la CTV, los partidos políticos tradicionales, un pequeño sector del ejército y medios de comunicación como Globovisión y Radio Caracas Televisión (RCTV)²⁷. Ante el golpe y el secuestro de Chávez, Pedro Carmona –presidente de Fedecamaras– asumió la presidencia de facto.

En el otro bando, quien rescató el proceso de transformación de Venezuela fue la masa popular, el mayor soporte político de Chávez, quienes al momento de enterarse que el presidente había sido secuestrado, salieron a las calles rumbo al Palacio de Miraflores para exigir el regreso de Chávez. Al mismo tiempo, el otro sector del ejército leal al presidente actuó de manera oportuna para rescatar a Chávez, retirar a los golpistas y reinstalar en el poder al presidente. Por supuesto, la reacción del ejército leal a Chávez no habría sido la misma sin la masa popular en las calles, a quién se puede atribuir el rescate del proceso.

²⁷ RCTV dejó de transmitir su señal en 2007 debido a que el gobierno le negó la renovación de la concesión para transmitir por televisión abierta.

El golpe orquestado contra Chávez confirmó sobre todo una cosa: el proceso sólo seguiría vivo de la mano de la masa popular, de nadie más. También era necesario cuidar al ejército, aunque éste había demostrado estar más del lado del gobierno que de la oposición. La participación de la pequeña burguesía no registra en este caso mayor protagonismo, pues en realidad no habían mejorado sus condiciones materiales con Chávez; fue más bien la gente pobre que aun sin beneficiarse económicamente de manera sustancial hasta ese entonces, sí comenzaba a sentir que dejaba de ser invisible política y socialmente.

El último intento del año para derrocar al gobierno de Chávez estalló el día 2 de diciembre, con la convocatoria de los mismos participantes que en abril, pero ahora incluidos los altos directivos de Petróleos de Venezuela (PDVSA), quienes paralizaron parcialmente la industria petrolera hasta febrero del año siguiente. Chávez había tomado acciones para lograr que PDVSA aportara más recursos al presupuesto público y transparentar las finanzas de la empresa, así como influir directamente en las decisiones y orientarlas de acuerdo a las necesidades del país y los acuerdos con la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Esto afectaba directamente a la burocracia más acomodada al interior de PDVSA por lo que no dudaron en unirse al nuevo intento de golpe de Estado. La derrota de este golpe se dio de nueva cuenta gracias a la resistencia de la masa popular que aguantó y participó en apoyo al proceso durante esos cruciales dos meses²⁸. Otra vez se había confirmado que el proceso con Chávez sólo podría continuar con el apoyo de la masa popular, siendo poca la influencia que podría tener la pequeña y mediana burguesía. Prácticamente la totalidad de la base de apoyo de Chávez estaba en la clase trabajadora, por lo que una alianza interclase ya no tenía para entonces más sentido.

El siguiente año fue de intensas movilizaciones de ambos bandos políticos, habiéndose para entonces intensificado la vida política del país. Ese año de 2003 la oposición al gobierno dedicó la mayor parte de su esfuerzo en reorganizarse, promocionar y recolectar las firmas necesarias para convocar a un *referéndum*

²⁸ Una descripción detallada del golpe petrolero en Venezuela puede encontrarse en Sánchez Otero, German (2012); La nube negra, golpe petrolero en Venezuela; Vandell Hermanos Editores; Caracas, Venezuela.

revocatorio. Después de intensas disputas entre el gobierno y la oposición para validar la convocatoria al referéndum, éste se llevó a cabo en agosto de 2004. Chávez ganó la consulta con el 59.1% de los votos, mientras la oposición obtuvo el 40.6%. De nueva cuenta Chávez ganó sobre todo con el apoyo de la masa popular más pobre, aun desorganizada pero ya madura en el sentido de identificar quién los representaba y quién no. Al mismo tiempo, las largas disputas que parecían no tener fin habían profundizado la polarización política entre los sectores sociales.

3.2.2. Hugo Chávez socialista.

Todo lo anterior generó también un replanteamiento del camino que debía seguir el gobierno. Es sabido que desde el principio el proyecto de Chávez estuvo guiado por los principios ideológicos y tradiciones nacionales que recaen en tres personajes históricos de Venezuela. El principal de ellos es Simón Bolívar, quien fue capaz de prever el papel de los Estados Unidos en el continente americano, cuando en el siglo XIX señaló que *“Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miseria en nombre de la libertad”*. Por esa misma razón dio cuenta de la necesidad de la integración latinoamericana para fortalecerse y luchar juntos frente al poder de los Estados Unidos y Europa. El segundo de esos personajes es Simón Rodríguez, maestro de Simón Bolívar, que destacó la necesidad de inventar instituciones adecuadas a nuestra realidad y rechazó cualquier intento de trasplantar instituciones de Europa. También señaló el carácter pluriétnico de Latinoamérica y la necesidad de integrar a los pueblos indígenas, así como a los esclavos negros. El tercero de estos personajes es Ezequiel Zamora, de quien se rescata su lucha contra la oligarquía del siglo XIX en busca de tierras para los campesinos. Este es el marco ideológico principal sobre el que Chávez guió desde el principio su gobierno, pero en ningún momento se siguió ni se señaló un camino anticapitalista, sino más bien antioligarca.

Pero después de los acontecimientos que hemos descrito, es claro que Chávez había estado reflexionando sobre la necesidad de replantear los objetivos del gobierno que encabezaba, así como el camino que había de seguirse. Al identificar

que era sobre todo la masa de trabajadores más pobres su principal apoyo político, mientras que la burguesía nacional no oligarca se volteaba en su contra; entonces el único camino viable –que correspondía plenamente al sector de la población que lo apoyaba casi incondicionalmente– parecía ser el socialismo. Chávez ya conocía los planteamientos de Marx, Engels, Lenin y diversos marxistas; él ya era un socialista y sin embargo, no fue hasta el año 2005, en el V Foro Social Mundial que señaló públicamente la necesidad de seguir la vía revolucionaria y socialista para transformar nuestras sociedades. En ese foro señaló:

“Yo soy un revolucionario y cada día soy más revolucionario, porque cada día me convengo más de que el único camino por el cual nosotros podemos romper la hegemonía capitalista, podemos romper la hegemonía de las oligarquías de esta tierra, es por el camino de la revolución, no hay otro camino. [...] Yo, cada día me convengo más, capitalismo y socialismo. No tengo la menor duda, es necesario, decimos, y dicen muchos intelectuales del mundo, trascender al capitalismo. Pero agrego yo: el capitalismo no se va trascender por dentro del mismo capitalismo, no, al capitalismo hay que trascenderlo por la vía del socialismo, por esa vía es que hay que trascender al modelo capitalista, el verdadero socialismo, la igualdad, la justicia. Además, también estoy convencido, [...], que es posible trascender el capitalismo por la vía del socialismo y más allá, en democracia... pero... ¿en qué tipo de democracia?”
(Chávez, 2005)

La negativa de la burguesía para transformar el modelo económico rentista por uno productivo, así como la intransigencia de ese sector al haber realizado varios intentos de golpe de Estado no transformaron ideológicamente a Hugo Chávez, ya tenía una concepción socialista de lo que debía ser el mundo y de la incapacidad del capitalismo para generar bienestar social en sí mismo; sin embargo, en 1998 no había condiciones políticas ni ideológicas en Venezuela ni en América Latina para impulsar un proyecto socialista. Chávez sabía bien que no basta asumir el poder de un gobierno para decidir por propia cuenta un camino alternativo al capitalismo, sino que eso depende de las condiciones sociales, políticas, económicas y hasta culturales de la sociedad que se gobierna. Venezuela no tenía entonces una tradición de lucha anticapitalista, los focos guerrilleros habían desaparecido hacía décadas y los partidos políticos anticapitalistas tenían entonces una fuerza política prácticamente insignificante.

Para los años 2004-2005, al no haber posibilidad de reconciliación con al menos un sector importante de la burguesía, y por tanto, tampoco posibilidad de un gobierno socialdemócrata progresista, aun cuando garantizara la reproducción del capitalismo, al estar decidida la burguesía por derrocar a Chávez y rehusarse por un camino diferente al modelo rentista; el único camino que quedaba para el gobierno que encabezaba Chávez –además de rendirse ante la burguesía– de acuerdo a las condiciones políticas de Venezuela que hemos descrito, era la vía anticapitalista, la vía revolucionaria y socialista. Por supuesto, ese camino no estaba garantizado, ni tampoco eran las masas populares las que impulsaban esa vía, sino que era el sustento político casi incondicional de esa masa la que permitía las condiciones políticas para optar por ese camino. En esas condiciones es que un líder político como Chávez decide renunciar a la vía capitalista con contenido social y optar por la vía revolucionaria y socialista, es decir, se rompe definitivamente el débil pacto populista y comienza el proyecto plenamente socialista.

Por último, sabemos que existen muchas dudas sobre si el gobierno chavista está ejerciendo un gobierno socialista o si Venezuela es un país socialista. Explicar esta situación escapa de los propósitos de nuestro trabajo, pero lo que podemos decir al respecto es que es necesario entender la diferencia entre gobierno y Estado. En la actualidad lo que existe en Venezuela es un gobierno socialista que está transformando las estructuras del Estado dentro de una economía capitalista con estructura rentista. La tarea del gobierno socialista es ir destruyendo la estructura del Estado capitalista para construir un Estado socialista. Esta tarea se ha ido llevando con mucha dificultad, pues como bien señalaron Marx y Engels, ese proceso sólo puede llevarse por medio de la violencia. En ese mismo sentido, también es necesario entender que la violencia no sólo se expresa por medio de la pólvora y la sangre, sino que la violencia que destruye y conforma nuevas estructuras sociales es esencialmente económica, política y cultural. La pólvora y la sangre no construyen socialismo ni destruyen al capitalismo, sólo la violencia económica, política y cultural pueden sentar las bases para una sociedad postcapitalista.

En el actual gobierno del presidente venezolano Nicolás Maduro ya se alcanza a notar la profundización de las contradicciones entre el capitalismo y el proyecto socialista. La oligarquía burguesa venezolana ha llegado al agotamiento político en el sentido de la incapacidad de retomar el poder por medio de las urnas, mientras que ya son muchos años desde que perdieron el control de la renta petrolera ahora en manos del gobierno socialista. Sin embargo, la oligarquía ha logrado mantener de manera indirecta parte de la renta petrolera gracias al control de los canales de comercialización, lo cual les ha permitido imponer precios que llegan a alcanzar más del 1,400% de utilidad, muy por encima de la tasa de ganancia internacional. Por ello, en noviembre de 2013 el gobierno venezolano lanzó una ofensiva para revisar los precios a los que se comercializaban las mercancías importadas con dólares del gobierno, obligando a vender los productos con tasas de ganancias no mayores a 30%. Para diciembre del mismo año se anunció la Ley Orgánica de Precios Justos que entró en vigor el 23 de enero de 2014, con lo cual se establece un tope máximo de ganancia de 30% al comercio.

La medida anterior es de crucial importancia y es quizás el factor principal que desató la respuesta violenta de la oposición venezolana al gobierno, que desembocara en las protestas de los primeros meses del mismo año. Esto en razón de que el poder político de la oposición radica en su poder económico proveniente del control de los canales de comercialización, los cuales les había permitido tener ganancias extraordinarias. Las próximas elecciones presidenciales se realizarán hasta el año 2019, y si la ley se mantiene en vigor, pero sobre todo si se ejerce, el poder económico de esa oligarquía se verá disminuido y lo más seguro es que no podrán recuperar el poder político por medio de elecciones, de ahí el intento de derrocar al gobierno por medio de la violencia.

No deseamos extendernos más en los acontecimientos actuales de Venezuela, pues consideramos ya ha superado la etapa populista, pero culminamos señalando que el futuro del gobierno socialista, ahora sin Hugo Chávez, quien había logrado condensar en su figura a la clase trabajadora, radica sobre todo en la capacidad de transformar el aparato productivo del país, pasando de una economía rentista a una

economía verdaderamente productiva que le haga depender menos del petróleo y de los productos importados. Quizás esta etapa pudo haberse realizado durante un periodo relativamente largo de populismo en el que se impulsara la industria nacional independientemente de que lo encabezara la burguesía no oligarca, ello pudo haber facilitado el proceso que actualmente ejerce el gobierno bolivariano, pero como explicamos en este apartado, el populismo no tuvo un futuro largo pues las condiciones no lo permitieron.

El propósito de este capítulo ha sido identificar dos gobiernos que contienen las características que desde nuestra metodología hemos llamado populismo. Como puede observarse, hemos utilizado dos caminos distintos para identificar un mismo fenómeno; en el caso de Brasil optamos por utilizar un método en el que destacan los factores económico-políticos, mientras en el caso de Venezuela –debido a la dificultad para documentarnos de datos económicos con la misma precisión que en el caso de Brasil– optamos por una descripción mayormente histórico-política. En ambos casos, aun cuando se tratan de dos gobiernos diametralmente distintos, puede identificarse un mismo fenómeno a través de la metodología que hemos planteado, dejando claro además, que la figura del líder no es quien determina al fenómeno que hemos llamado populismo, sino que el líder es la expresión de la correlación de fuerzas al interior de un país y al interior del pacto. Además, hemos mostrado que es de esa misma correlación de fuerzas de donde se determina el rumbo que llevará el pacto populista. En el caso de Brasil mostramos que la debilidad de las fuerzas sociales y la aun importante fortaleza de la oligarquía, han obligado al gobierno populista a mantener cierta discreción; mientras en el caso de Venezuela el apoyo incondicional al gobierno de Chávez por parte de la masa trabajadora le dieron la fortaleza necesaria para mantener el poder y enfrentar directamente a la oligarquía, al mismo tiempo que el débil sector burgués no oligarca se replegaba para romper cualquier posible alianza con el gobierno bolivariano. Al romperse el pacto populista en Venezuela con un importante apoyo de la masa trabajadora, quien sustentó a un líder político con convicciones socialistas, dio inicio un gobierno socialista en las

condiciones menos propicias para la construcción de un Estado socialista, y sin embargo, hasta el momento en que escribimos estas líneas, sustentamos que Venezuela vive un momento auténticamente revolucionario. Sólo la resistencia, organización y desarrollo de la conciencia de clase de esa masa trabajadora podrá llevar a buen puerto esa revolución en curso.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos presentado un tema que nos parece fundamental para entender la realidad actual de nuestra América Latina. Por lo tanto, hemos llegado a las siguientes conclusiones.

En primer lugar, es indudable que desde el inicio del siglo XXI se presentaron cambios políticos importantes que le han dado un nuevo rumbo a la región. Y aun cuando se mantienen ciertas dinámicas con respecto a la década de los noventa, nadie puede negar que la dinámica económico-política ha cambiado sustancialmente en buena parte de los países latinoamericanos, sobre todo en Sudamérica, abriéndose la oportunidad de explorar nuevos horizontes.

Segundo, hemos argumentado que la década de los ochenta y sobre todo la de los noventa, fueron años de un profundo deterioro de las condiciones económicas y sociales de la mayoría de los países latinoamericanos, donde rigió el dogma neoliberal que en realidad representó la dirección económica y política de las oligarquías nacionales. Esta situación llegó a generar un descontento generalizado que no sólo abarcó a los sectores de la población más pobres, sino también a la amenazada clase media y a las pequeñas y medianas empresas que vieron deterioradas tanto su rentabilidad económica como incluso su condición de clase. Fue esta situación la que provocó las condiciones propicias para que nuevos escenarios de lucha política pudieran ser atractivos para los sectores más desfavorecidos incluyendo a la clase media antes políticamente favorable al dogma neoliberal.

Pero a este deterioro generalizado de las condiciones económicas y sociales en América Latina se le han dado respuestas diametralmente distintas, pues mientras en algunos países se le dio abierta oposición al neoliberalismo, en otros el dogma se ha profundizado. Lo que hemos abordado en este trabajo son las razones por las cuales hay países que lograron abrir un camino diferente a la dinámica de los años noventa, al mismo tiempo que hemos explicado porqué en algunos casos la propuesta antineoliberal ha sido frontal y en algunos otros se la ha enfrentado con timidez, al

grado que pareciera permanecer la dinámica de libre mercado combinada con algunos cambios.

En tercer lugar, para entender la nueva situación latinoamericana hemos propuesto hacerlo desde el análisis del populismo, que hemos definido como una alianza interclase implícita, mas no explícita, en la que se agrupan la clase trabajadora y un sector de la burguesía en contra de la burguesía oligarca. En esta alianza se condensan las demandas comunes que paradójicamente sectores antagónicos tienen en contra de un sector de la burguesía, la oligarquía, que en una situación de profunda centralización de capital, amenaza la misma existencia de las clases aliadas. Pero hemos aclarado que no es sólo esta situación la que permite la existencia del populismo expresada como alianza de clases, sino también una situación en que un sector de la burguesía se encuentra en ascenso gracias a cambios tecno-productivos y tienen la posibilidad, junto a una alianza con la clase trabajadora, de tomar la dirección política y económica de un país. Además, estas dos posibilidades de surgimiento del populismo no es una situación espontanea, sino que responde a la misma dinámica del desarrollo de las fuerzas productivas y por tanto del desarrollo del capitalismo. Así, el populismo no es un fenómeno propio de un periodo del desarrollo democrático o económico de un país como sostienen los teóricos convencionales sobre el tema, sino producto de las contradicciones internas del capitalismo que se repiten cíclicamente y, por tanto, el populismo es un fenómeno económico-político que tiende a repetirse en el mismo sentido del desarrollo de dichas contradicciones, expresándose además, según el contexto histórico de la época.

Al abordar lo que hemos llamado *posición convencional sobre el populismo*, hemos señalado las limitaciones de tal posición al dejar fuera la lucha de clases como base metodológica, desmintiendo que el populismo se trate de una simple forma de hacer política a través de discursos que generan consensos artificiales llamados *significantes vacíos* o a través de la generación de *antagonismos políticos*. Lo mismo en el caso de la utilización vulgar del término como sinónimo de demagogia, que ha

desvirtuado y esterilizado al populismo en las últimas décadas para entender la realidad actual de América Latina.

En cuarto lugar, el ejercicio que hicimos en el capítulo 3 al analizar desde el populismo el asenso político de dos casos característicos de este fenómeno, consideramos confirma la utilidad del término cuando se le aborda desde la metodología que hemos planteado. En el caso de Brasil lo hicimos desde una perspectiva económico-política pero teniendo como centro de análisis la lucha intra e interclase que se expresa en el momento populista; mientras en el caso de Venezuela lo abordamos desde una perspectiva histórico-política donde esas luchas intra e interclase son el centro del análisis. En el caso de Brasil pudimos expresar el desarrollo de la alianza populista y su forma de expresión a través del gobierno de Lula y el PT, así como la importancia de la correlación de fuerzas al interior y exterior del pacto. En el caso de Venezuela pudimos confirmar la fatal temporalidad del pacto populista cuando una de las clases que lo conforman ya no necesita a la otra por las diversas razones que expusimos.

Por último, consideramos es necesario incluir el análisis desde el populismo a la realidad actual de la América Latina, pues existen muchos factores económicos y políticos que sólo pueden verse desde esta perspectiva. Por ejemplo entender que es necesario un mayor protagonismo de la clase trabajadora en la correlación de fuerzas al interior del pacto populista en Brasil, pues sin esta participación el momento de oportunidad política para llevar a cabo transformaciones socioeconómicas estructurales puede perderse, ya sea con una eventual ruptura del pacto por la victoria de la oligarquía o porque la burguesía ahora en el pacto ya no necesite más de él. Sin el análisis del populismo lo único que puede verse en Brasil son gobiernos que no asumen enteramente la responsabilidad que significa llevar a cabo transformaciones socioeconómicas estructurales para romper con el vicio del subdesarrollo, al mismo tiempo que las perspectivas políticas de los trabajadores y militantes de la izquierda se van agotando, por tanto renunciando a apoyar al grupo político que asume el poder, y así dejando pasar la oportunidad de luchar en un

terreno mucho más propicio que una simple socialdemocracia dirigida exclusivamente por la burguesía nacionalista o un dominio oligarca.

Esperamos que este trabajo sirva para ampliar la base metodológica desde la cual se aborde el análisis de la realidad económico-política de América Latina, así como recuperar esta perspectiva de análisis que en las últimas décadas se había vuelto tan vulgar, al grado de asociársele simplemente con la demagogia de algunos personajes políticos y convirtiéndolo en un simple descalificativo al servicio de la burguesía, sobre todo la de intereses oligarcas.

El populismo es en realidad, como hemos sostenido en este trabajo, un momento de oportunidad, un potencial momento revolucionario; y el inicio de ese momento revolucionario depende, como vimos, de la capacidad de la clase trabajadora para sostener e impulsar un proyecto político alternativo al capitalismo dentro del terreno que ofrece la alianza interclase que llamamos populismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Neritza, (2005) "Populismo, democracia y política social en Venezuela" en *Revista Fermentum*. Año 15, Número 44. Mérida-Venezuela.
- Arizmendi, Luis, (2010) "La especificidad histórica de la crisis mundial contemporánea" en Boltivnik, Julio, (Coord.) *Para comprender la crisis capitalista mundial actual*. Fundación Heberto Castillo Martínez A. C. México, 2010.
- CEPAL, (1998-2011) *Panorama Social de América Latina*. Santiago de Chile.
- CEPAL, (1999-2011) *Anuario Estadístico para América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.
- Dieterich, Heinz, (2006) *Hugo Chávez. El destino superior de los pueblos latinoamericanos y el gran salto adelante*. Jorale editores. México.
- Engels, Federico, (1865) *The Prussian Military Question and the German Workers' Party*: <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1865/02/12.htm>
- Gramsci, Antonio, (1977) "Escritos Políticos (1917-1933)" en Portantiero, Juan Carlos, *Los Usos de Gramsci*. Ediciones Pasado y Presente. México.
- Ianni, Octavio, (1980) *La formación del estado capitalista en América Latina*. México. Era.
- Krauze, Enrique, (2010) *El poder y el delirio*. Tusquetes editores. México.
- Laclau, Ernesto, (2005) *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Marx, Karl, (2003a) *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Fundación Federico Engels.
- Marx, Karl, (2003b) *El Capital. El proceso de reproducción de capital*, Tomo I, Vol. 3. Ed. Siglo XXI. México.
- Marx, Karl, (2005) *El Capital. El proceso global de la producción capitalista*, Tomo III, Vol. 6. Ed. Siglo XXI. México.

- Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario Alberto, (Cooimp., 2011) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Ed. Eudeba. Universidad de Buenos Aires. 1ª ed. 1ª reimp. Argentina.
- Panizza, Francisco, (Cooimp., 2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Fondo de Cultura Económica. Argentina.
- PNUD, (2010) *Informe regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe 2010*. San José, Costa Rica.
- Poulantzas, Nicos, (1980) *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI editores. México.
- Rostova, Elena, (2012) “A solas con Hugo Chávez”; en *actualidad.rt.com*: <http://actualidad.rt.com/actualidad/view/18330-Exclusiva-de-A-Solas-con-Hugo-Ch%C3%A1vez>
- Sader, Emir, (2009) *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Siglo XXI editores y CLACSO coediciones. Buenos Aires, Argentina.
- Savarino, Franco, (1998) “Populismo: perspectivas europeas y latinoamericanas” en *Espiral* Año 13, num. 3. Sep.-Dic. 2006: 77-93.
- Trotsky, León, (1935) “El estado obrero, Termidor y bonapartismo” publicado en *The New International*. <http://www2.cddc.vt.edu/marxists/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro4/T06V127.htm>
- Trotsky, León, (2000) “La industria nacionalizada y la administración obrera”, en *Escritos Latinoamericanos*, Compilación del CEIP León Trotsky. Argentina.